



O. C. TAVIN

AL BORDE DEL ABISMO



OBRAS PUBLICADAS DE O. C. TAVIN

EN F. B. I.:

- «La redada», núm. 10.
- «¡Traidor!», núm. 17.
- «Persecución», núm. 24.
- «Trampas mortales», núm. 30.
- «Secuestro», núm. 35.
- «A la desesperada», núm. 41.
- «Armcur, expulsado», núm. 47.
- «Misterio en Viena», núm. 54.
- «Pavorosa elección», núm. 57.
- «Killer» a sueldo», núm. 67.
- «Punto final», núm. 70.
- «Entre esas brumas...», núm. 72.
- «¡Terror!», núm. 75.
- «El final de Rocco», núm. 76.
- «Alias "Lugger"», núm. 81.



N BERNARDO, 68 - MADRID

COLECCION F. B. I.

Obras publicadas:

1. ¡Culpable! (6.ª ed.) (1).
2. La hora gris. (4.ª ed.) (1).
3. El Rey del Hampa (4.ª edición.) (2).
4. El cobarde. (3.ª ed.) (1).
5. Luchando en la sombra. (2.ª edición.) (3).
6. Contra Scotland Yard. (3.ª edición.) (1).
7. Su Alteza el Ladrón. (2.ª edición.) (2).
8. La ruta de la locura. (2.ª edición.) (3).
9. A la ofensiva. (2.ª edición.) (4).
10. La redada. (2.ª ed.) (5).
11. Shanghai. (2.ª ed.) (1).
12. Guerra de gangsters. (2.ª edición.) (2).
13. ¡Sangre! (2.ª ed.) (5).
14. La rebelión de los muertos. (2.ª edición.) (6).
15. El Hombre de las Tres Caras. (2.ª edición.) (7).
16. Tánger. (3.ª ed.) (1).
17. ¡Traidor! (2.ª ed.) (5).
18. Tragedia en Berlín. (2.ª edición.) (4).
19. Alta traición. (2.ª edición.) (2).
20. Terror en la Academia de Quantico. (2.ª edición.) (1).
21. El Delator. (6).
22. Armonías de muerte. (3).
23. Destinos cruzados. (1).
24. Persecución. (5).
25. Una ciudad abierta. (4).
26. Horas trágicas. (7).
27. La muerte alada. (3).
28. Doctor X. (1).
29. El coloso de hierro. (8).
30. Trampas mortales. (5).
31. Contrabando funesto. (5).
32. Nueva York-San Francisco. (7).
33. Entre rejas. (1).
34. Muerte en el Caribe. (6).
35. Secuestro. (5).
36. El dueño del mundo. (4).
37. Hermano contra hermano. (7).
38. Filibusteros modernos. (2).
39. Palestina en llamas. (3).
40. La ley del terror. (8).
41. A la desesperada. (5).
42. La promoción de la muerte. (6).
43. Tinieblas. (1).
44. Espías en la noche. (2).
45. Fidelidad. (8).
46. Sin cuartel. (7).
47. Armour, expulsado. (5).
48. La huida de Varka. (3).
49. La Maffia. (1).
50. Alaska, final de ruta. (8).
51. Tras el telón de acero. (6).
52. Gangsters de guante blanco. (3).
53. ¡Acusado! (7).
54. Misterio en Viena. (5).
55. El genio del mal. (8).
56. Hombres armados. (10).
57. Favorosa elección. (5).

58. La bestia escarlata. (3).
 59. Huéllas de ultratumba. (11).
 60. S. O. S. (8).
 61. Billeles malditos. (3).
 62. Camino de perdición. (12).
 63. Camaradas enemigos. (3).
 64. A la deriva. (6).
 65. ¡Odio! (1).
 66. Cita de madrugada. (3).
 67. «Killer» a sueldo. (5).
 68. Muerte en el atardecer. (4).
 69. Loup-Garou. (3).
 70. Punto final. (5).
 71. ¡Mirad a las sombras! (3).
 72. Entre esas brujas... (5).
 73. Tortura. (13).
 74. El confidente. (3).
 75. ¡Terror! (5).
 76. El final de Rocco. (5).
 77. El vengador negro. (1).
 78. ¡Codicila! (3).
 79. Sentenciado. (6).
 80. Secreto de Estado. (4).
 81. Allas «Lugger». (5).
 82. Hora «D». (3).
 83. Carne de horca. (4).
 84. Tráfico mortal. (8).
 85. Jack el invencible. (1).
 86. Rastros perdidos. (8).
 87. Contrato siniestro. (3).
 88. Traición sangrienta. (14).

En preparación:

CRIMEN Y JUSTICIA

AUTORES

- | | | |
|-------------------|---------------------|---------------------|
| (1) Alf Manz. | (6) Alar Benet. | (11) Thomas Settes |
| (2) Fred Baxter. | (7) A. G. Murphy. | (12) John Nebot. |
| (3) Frank McFarr. | (8) Lewis Haroc. | (13) Thomas Wanton. |
| (4) Eddie Thorny. | (9) J. L. Martin. | (14) P. N. Graw. |
| (5) O. C. Tavin. | (10) Jack Brooklyn. | |

A NUESTROS JOVENES LECTORES

Editorial Rollán, atenta siempre a ofrecer a nuestros lectores de la Colección F. B. I. aquellos originales más interesantes, y, al propio tiempo, más en consonancia con las normas estrictas de moralidad, ofrece a sus jóvenes lectores, especialmente, la presente novela, debida a la pluma de O. C. Tavin.

Trata esta novela, con singular destreza, de la vida de un muchacho que, por azares ajenos a él, se desarrolla en los bajos fondos de San Francisco. Aldo Grandi es un ejemplo vivo de muchachos delincuentes, con sus miserias, sus vicios, sus inclinaciones, descendiendo vertiginosamente por la rampa de la criminalidad. Los pequeños hurtos, que se van transformando en robos de importancia; las amistades, que deslumbran las jóvenes inteligencias, pintándoles la transgresión de la Ley como un medio de hacerse con grandes beneficios materiales; el salto a las bandas de «gangsters», última etapa de la delincuencia, con su secuela de crímenes, agresiones a los valedores de la Ley...

Pretendemos con esta novela grabar en la mente de nuestros jóvenes lectores todo lo que supone

odioso y acreedor a fatales consecuencias seguir el camino que Aldo Grandi, el joven «gangster», llevaba, pese a sus condiciones morales, no del todo relajadas. Es como un aviso certero a aquellas inteligencias que fácilmente se deslumbran y están en la creencia de que es posible vivir alejados de la humana convivencia, del respeto al bien común, a las leyes, y, sobre todo, del amor y temor al Hacedor, Juez supremo, a quien no es posible burlar ni despreciar.

LA EDITORIAL

PUBLICACIONES TRIUNFANTES

de

EDITORIAL ROLLAN

¡LA EDITORIAL DE LOS EXITOS!

F. B. I. + EXTRAORDINARIA DEL OESTE

NEVADA + JEQUE BLANCO

AVENTURAS DEL F. B. I.

I



El gigante «cop» le contemplaba con sonrisa desdeñosa mientras se acercaba hasta donde él estaba prestando servicio, en una de las aceras de Pacific Street. Cuando el muchacho estuvo a su lado, extendió una de sus manazas y lo detuvo con un gesto entre amistoso y burlón.

—Bueno, Aldo, tenía ganas de verte —dijo mientras le sujetaba por un brazo, mirándole como si fuese una hormiga—. Anda, vete a aquel portal y espérame —le señaló con un gesto una casa inmediata—. No hagas tonterías...

Aldo Grandi, de mediana estatura, un tipo de muchacho típicamente latino, de cabellera negra rizada, moreno, se desasíó con un brusco movimiento mientras sus ojos brillaban rencorosos. Y con las manos metidas en los bolsillos entró en el portal, haciendo perezosos movimientos de desdén. El agente de la Policía

Metropolitana fué tras él.

—Levanta los brazos, hijo —murmuró el «cop». Y le cacheó rápida y eficazmente—. Ya ves que no he querido hacerlo delante de la gente. Eres tan vergonzoso... —Y fué sacando sus efectos, que luego metía en los bolsillos respectivos. Aldo, con las manos cruzadas sobre la cabeza, le dejaba hacer como si con él no fuera nada.

—Setenta centavos —contó el agente Weston, mirándolos en la palma de su mano—. Pobre estás, Aldo... ¿En qué lo has gastado?

—¿El qué he gastado? —contestó Aldo desdeñosamente.

—Angelito... No sabes nada, ¿verdad? —le contempló de pies a cabeza, haciendo sonar la calderilla en la mano—. Los siete dólares que le robaron a una señora en la parada del tranvía de Portsmouth Square ayer tarde. De un bolso, Aldo. Tu especialidad.

—Yo no quité nada a esa señora. Nunca he quitado nada a nadie —replicó Aldo sin mirar al gigante. Estaba arrinconado contra una de las paredes del portal—. Si no me pueden probar...

—Si no puedo probártelo... —rezongó el agente entregándole el dinero—. Si quisiera, ¡vaya si lo cantabas tú solito, Aldo! ¿Dónde estuviste ayer desde las cinco a las seis de la tarde? ¿Quién puede garantizártelo?

—Estuve en el puerto chino. Y lo puede decir Samy. Pregúnteselo.

—¡Samy! Otro que tal... —rió el agente Weston, apoyadas las manos en las caderas—. Bueno, Aldo, el caso es que estoy harto de verte haraganear por aquí, por todo el Latín Quarter, hecho un vagabundo mirando a las personas decentes como si quisieras asesinarlas para robarlas después. ¿Crees eso que haces, idiota, es vivir? Un día te la vas a encontrar y entonces será tarde.

Aldo, la mirada perdida, metidas las manos en los bolsillos de los pantalones, parecía escucharle con la misma atención que si se tratara de un molesto moscón. Uno de sus zapatos repicaba sobre el suelo, llevando el compás de una imaginaria música de baile.

—Había pensado una cosa, Aldo, y como te rías de lo que te voy a decir te atizo de veras —siguió el agente, rascándose el agudo mentón—. Mi chico tiene tu edad, los diecisiete, y ya se gana la vida decentemente. Está empleado en las oficinas de la «Californian Navigation». Me ha dicho que necesitan un listero. Para estar en el

muelle, ya sabes. Tú podrías hacerlo, porque no eres tonto. Unos ocho dólares a la semana, para empezar...

Aldo levantó la cabeza y le contempló con miseratamiento. El «cop» se limpiaba la frente con un pañuelo grande.

—¿Qué te parece? Es el primer escalón, y, sobre todo, algo decente. Mi chico ya gana quince a la semana. Tú irías aprendiendo poco a poco... ¿Qué?

—Dentro de poco tendré algo mejor —contestó evasivamente Aldo, haciendo un ademán para zafarse del cerco a que le sometía el agente—. Gracias, de todas formas.

—Debiera llevarte a la Estación y atizarte en los morros y luego pedir al juez del distrito que te enviase a un correccional, granuja —dijo Weston con los labios apretados, furiosa su mirada—. Tú eres un vago, un maleante. Eso es lo «mejor» que tendrás tú. Bueno, sea como tú quieres. Pero sabe que no te quitamos ojo en la Estación y en cuanto te deslices lo más mínimo las pagas todas juntas, Aldo. ¡Para qué seré tan idiota que tenga lástima por ti, cuervo!

Aldo, sin sacar las manos de los bolsillos del pantalón, viendo que el «cop» se echaba a un lado, salió lentamente del portal. Weston, con las manos sobre las caderas, le vio alejarse indolentemente, con aquélla su típica majeza de hampón. Iba el muchacho pésimamente vestido: sus pantalones, arrugados, desflecados en los bajos, con los zapatos de color rojo rotos, con las puntas hacia arriba; y su americana de hilo, en un tiempo blanca, era ahora un muestrario de manchas y rotos. Un sombrero flexible gris, deformado, cuya ala bajaba hasta casi cubrirle la frente.

Sacó de un bolsillo del pantalón la calderilla y la contó mientras caminaba despacio, arrugando el ceño, maldiciendo a aquel agente, que al parecer se había empeñado en que trabajase como un burro por ocho dólares a la semana. Ocho dólares los tenía en la mano él en cinco minutos. Si no, que lo dijera aquella vieja idiota a la que se refería Weston. ¿Y cómo había supuesto Weston que fué él? ¡Maldito misionero de uniforme!

Bueno, se iba acercando la noche y tenía que cenar y luego buscar dónde dormir. Como todas las noches, estaba sin dinero para hacer una cosa y otra, pero ya saldría...

Fué andando, con su andar especial, como de perro callejero, mientras sus negros ojos, enormes, vivaces, traban centelleantes a

los transeúntes que pasaban a su lado. Y bajó por Powell Street mirando los escaparates de las tiendas italianas, mejicanas, francesas; los restaurantes, llenos, las freidurías de pescado y de venta de mariscos, tan apetitosos. Lo cierto era que los siete dólares que robó a aquella vieja, quitándola el bolso, los gastó en convidar a Samy, emborrachándose, sin apenas comer. Y ahora el estómago le pedía comida, comida...

En Geary Street, esquina a Unión Square, se detuvo, se agachó y cogió una hermosa colilla de cigarro puro, aún humeante. ¡Buen tabaco! Un día llegaría en que él las arrojaría como aquélla, ya harto de fumarlo, para encender otro seguidamente, escupiendo por el colmillo.

Estaba allí la parada del tranvía «D», que iba hasta Embarcadero. La gente, formando cola, esperaba pacientemente poder entrar en los coches. Se puso al final y prontamente hubo más personas detrás de él. Gastaría veinte centavos en el trayecto, pero de allí sacaba para la cena. Sin dudarlo...

Subió cuando ya estaba casi completo el enorme vehículo. Todos apretados. Así debía de ser para «trabajar» bien. Le empujaban y empujaba él. Y su mano derecha, larga, de dedos finos, sensibles, tomaba a peso el bolso de una señora o tentaba el pecho de un hombre bien vestido, que lucía un brillante en una sortija. Todo iba bien. Aquel hombre parecía un oficinista, quizá un dueño de algún modesto comercio. Olía a colonia. Vestía bien. Su cartera era abultada, allá en el bolsillo interior de la americana de alpaca. Y viejo. Si había que salir corriendo, no podría seguirle.

El tranvía, abarrotado, tomaba las curvas velozmente, y los viajeros iban unos contra otros, empujándose, resignados. El viejo aquel, con una mano se sujetaba de una polea que pendía del techo del tranvía, y con la otra tenía un periódico de la tarde, leyendo atentamente.

La cosa fué para él harto sencilla. Lo había hecho muchas veces. Un leve empuellón y su mano hizo lo que debía: Sin apenas rozarle el pecho, y la cartera le fué cayendo suavemente en la manga de la americana. El hombre, en el Limbo, leyendo como podía, entre apretones, envites y ladeos.

Se acercó a la puerta de salida de delante. Y bajó con un grupo de viajeros en la parada de Market Street. Caminó aprisa después,

mezclándose en el intenso tráfico de la gran arteria de San Francisco.

A la puerta de un bar, se detuvo y sacó la cartera del bolsillo. Miró su contenido. Papeles particulares; una carta, dos fotografías..., ¡y treinta dólares en billetes de a cinco!

Aldo no tenía interés en quedarse con la cartera ni los documentos. Entró en una papelería y compró un sobre fuerte, en el que metió la cartera. Cerca, había una estafeta de Correos y franqueó el paquete, poniendo la dirección de aquel hombre, según viera en la tarjeta de visita. Y lo echó en un buzón. Sonrió de su propia honradez, en medio de todo. Treinta dólares no sería una gran cosa para un hombre que tenía una hermosa sortija con un solitario. Era un agente de Bolsa y el mal no sería mucho. En cambio, él podría cenar, mirar una alcoba donde pasar la noche.

Tomó un tranvía de regreso al Latín Quarter. Allí se encontraba él más a gusto, entre gentes de su raza latina, y, por otra parte, quería ver a Samy. Su amigo y compañero de latrocinios, solía tener peor suerte que él. No sabía «oler» cuándo una cartera tiene billetes, estudiando a su propietario y viendo por su atuendo si tenía «posibilidades» o no de aligerarle de ella. Sin embargo, se las componía bien para hacer trampas en el juego o atracar de noche, amenazando de muerte.

Entró en la taberna de Mallozi, en Jackson Street, y, efectivamente, allí estaba Samy jugando a los naipes con otros tipos, de traza parecida a la suya.

Samy era más alto que Aldo y quizá más fuerte, más ancho. Tenía veinte años y su rostro, de nariz chata, con ojos hundidos, grises, frente echada hacia atrás y labios finos, siempre fruncidos le daban un aspecto repulsivo de degenerado cruel, pérfido y frío.

—¿Qué tal vas? —le preguntó por encima del hombro. Vio que solamente tenía delante de él unos tres dólares. Sus tres compañeros no le quitaban ojo, tan tramposos como él, dispuestos a evitar que les robase y atentos, por otra parte, a engañarle si se les presentaba ocasión.

—Mala suerte —suspiró Samy encendiendo una colilla que pendía de sus labios. Y volvió al juego, un póker extraño, con apuestas grandes y fuertes penalidades, Aldo se sentó a su lado.

—Oye, apártate de Samy —dijo uno de los jugadores,

desconfiado—. Él ya sabe bastante y no necesita que tú le ayudes dándole cartas a escondidas.

—Eso no lo hace nadie más que tú, idiota —gruñó Samy de mal talante—. Si dices algo más en ese sentido, dejo de jugar y te diré un recado al oído. Sepárate, Aldo, no sea que la señorita...

El jugador podría tener diecinueve años y era otro tipo en el que nacientes lacras le iban dando una marca ya definida de maleante. Había mucho de ficción en sus miradas de través, sus gestos de matón y la seriedad altiva de su rostro, sin pelo de barba todavía. Al oír que Samy le llamaba señorita dejó las cartas sobre la mesa con un golpe seco, fulminando con la mirada al muchacho mientras su mano iba hacia la cintura.

Samy le contempló sonriendo, muy brillantes los ojillos grises. También su mano derecha acariciaba el mango de un cuchillo, metido entre el cinturón y el cuerpo.

—No seáis majaderos y sigamos —dijo otro de los jugadores haciendo un gesto de impaciencia—. Y no insultes, Samy, a los hombres.

—Yo no insulto a los hombres —rezongó con sarcasmo el interpelado—. Pero me fastidia que me llamen tramposo los que lo son más que yo.

—Déjalo y vente —le dijo Aldo, dándole en un brazo y levantándose—. No vas a recuperarte ya.

—Tienes razón. Si sigo más, le voy a tener que marcar a alguien la cara... —Miró al jugador con encono mientras se levantaba lentamente—. Hoy estoy muy de mala y me molesta que me miren.

Los otros jugadores no le hicieron caso y se dedicaron a lo suyo. Ya en la calle, Samy se dirigió a su amigo metidas las manos en los bolsillos del pantalón. Vestía mejor que Aldo y sus zapatos brillaban a la luz del cercano reverbero.

—¿Qué tal te ha ido? Yo no tengo más que tres dólares y medio. Esto es asqueroso. Me copian las artimañas esos majaderos y luego no puedo ganarles. Me han robado cinco dólares...

Aldo rió, mirándole compasivamente. Sacó de un bolsillo de la americana los billetes robados y se los mostró.

—Treinta dólares... Y en cinco minutos. Tú te rompes la cabeza jugando, para luego salir vapuleado. Eres un tonto en no aprender lo mío.

Samy silbó bajito al ver los billetes. Cambió al otro lado de la boca la colilla y sonrió amistosamente a su amigo.

—Convidarás a cenar, ¿eh? —dijo suavemente.

—Y anoche también te convidé. Y anteanoche... —Gruñó Aldo, mirándole con severidad—. ¿Crees que soy tu papá o tu tía generosa?

—Eres un buen camarada, Aldo. Ya sabes que cuando yo he tenido lo he compartido contigo. ¿Para qué has venido a buscarme, si no ha sido para convidarme?

Aldo sonrió. Era cierto que Samy, cuando tenía, y solía ser pocas veces, le daba generosamente una parte de su dinero o le convidaba a comer. Ambos muchachos congeniaban bien casi siempre. Aldo era opuesto siempre a la violencia en los actos contra la ley y en esto discrepaba de Samy, que, como más fuerte y decidido, creía que un «golpe» no debía malograrse por no enzarzarse a puñetazos, o incluso a puñaladas, contra la víctima de su depredación. Por eso Aldo se dedicaba al robo de carteras u objetos, menos expuesto generalmente, y Samy al juego de tahúr o al atraco violento.

Cenaron en un figón italiano de por allí cerca. Samy estaba preocupado y poco locuaz, no obstante haber pedido Aldo vino italiano, caro, que lógicamente debiera haberle animado, como ocurrió otras veces.

—Bueno, ¿qué te pasa? —Acabó por preguntarle al fin el muchacho, terminada la cena y encendiendo unos cigarrillos—. ¿Has hecho algo que te pueda traer malas consecuencias? Eres tan burro...

—¡Qué va! —Gruñó Samy sacudiendo su maciza cabeza—. Es que tengo algo entre manos que nos pudiera dar buenos dineros. Y sencillo...

—¿Qué es sencillo para ti? ¿Para hacerlo tú solo?

—Necesito dos compañeros. Y es sencillo, desde luego. Claro que para ti, que eres como una niña, será quizá horrible —repuso riendo Samy.

—No me llares niña, oye, o te rompo las narices —exclamó Aldo enrojeciendo—. Soy tan hombre como tú, y si quieres algo... —Hizo un gesto con la cabeza, señalando la puerta del figón.

—Anda, hombre... —refunfuñó Samy, mirándole despectivamente—. Bueno, la cosa es ésta. Y conste que si no

aceptas, te callarás, ¿eh? Otros lo harán y se ganarán unos cientos de dólares. Es cosa de cinco minutos. Pero hay que ser hombres y saber dar cara.

Aldo volvió a enrojecer. Samy siempre estaba con aquello que era muy hombre y con él no quería sino verdaderos, hombres cuando había que dar un golpe. Un día, a pesar de que le estimaba, le iba a tener que demostrar que era tan bragado como él, dándole una buena paliza.

—Tú di lo que sea y después ya veré si me conviene —repuso el muchacho, reprimiéndose.

Samy acercó su cabeza a la de su amigo después de mirar a su alrededor desconfiadamente. El figón estaba casi vacío, pero aquel gesto había que hacerlo siempre, como buenos maleantes. Los que estaban curtidos siempre lo hacían. Había que desconfiar de los confidentes, de otros «compañeros» que pudiesen captar la idea y apropiársela.

—En Bay Street, ya sabes —dijo al fin Samy dejando que la colilla del cigarrillo le colgase del lado izquierdo de la boca—, hay un pequeño establecimiento de relojería y joyería. Un tío italiano chapucero que hace arreglos, pero que tiene buena parroquia. Es viejo y siempre está solo, arreglando relojes y sortijas...

—Matarlo, no —objetó Aldo arrugando el ceño—. Para eso no cuentas conmigo.

—¡Calla, idiota! —murmuró impaciente Samy—. Luego dices que te llamo señorita... El golpe será, entrar dos, otro se queda en la puerta, vigilando, y por las buenas, poniéndole un cuchillo o una pistola en el pecho, «limpiarle» los relojes y las joyas. Las tiene buenas, te lo aseguro. Yo entré ayer a ver cómo era la tienda, los artículos, y creo que tocaríamos a unos quinientos cada uno, por lo poco. El viejo se muere del susto en cuanto nos vea ponerle un cuchillo al pecho. Es cosa fácil. ¿Serías tú capaz de quedarte a la puerta, vigilando, ya que a lo demás tienes miedo?

Aldo tiró la colilla del cigarrillo y encendió otro, silencioso. La cosa parecía fácil, sobre todo para él, que no quería ni amenazar siquiera a nadie. Vigilar, y si se acercaba un «cop», dar la voz de alarma, o si entraba alguna otra persona. Quinientos dólares era ya algo importante.

—Si me aseguras que, aunque el viejo oponga resistencia no

habrá sangre, cuenta conmigo —ensanchó el pecho vanidosamente—. Ya sabes que mí «arte» no es el de matar. ¡No quiero ir un día a la silla!

—Mi palabra, muchacho —respondió Samy sonriendo misteriosamente—. Ya sabes cuál es tu misión: vigilar si se acerca alguien y quiere entrar. Le entretienes un poco mientras llamas nuestra atención. En caso de huida, cada uno por su lado, para que no nos cojan a los tres de una vez. Y si a uno le agarran, la boca bien callada —la cara de Samy se ensombreció y una clara amenaza brilló en su mirada.

—Conforme —aprobó Aldo, dando una palmada sobre la mesa—. ¿Quién es el tercero?

—Se lo diré a Bert. Ése es un hombre... Como los quiero yo. Anda en tratos para entrar en un «gang» pero no le desagradará tomar parte en esto, que para él será muy fácil. Vamos a verle. Estará en el bar de Alex.

Se levantaron. Aldo pagó la cuenta y salieron del figón, dirigiéndose hacia Filbert Street. Aldo le contó a Samy su entrevista con el agente de la Metropolitana, Weston, y cómo le ofreció una plaza de listero con ocho dólares a la semana.

—Debiste haberlo aceptado, chico —repuso Samy, riendo burlonamente—. Tú no llevas en la sangre el «oficio». Lo haces porque te has criado en él, pero me parece que eres muy sensible para ciertas cosas. Te tira la moralidad y todas esas cosas que no dan de comer.

—¡Yo trabajo tanto o mejor que tú, Samy, y no me calientes con tus palabras de desdén! —exclamó Aldo, sujetándole por un brazo—. Te dije antes que si te pasa algo... ¡Tú no eres más hombre que yo, vamos!

Samy le miró de pies a cabeza, la colilla en los labios, pero no hizo ademán de agredirle.

—Mira, eso lo vamos a ver en el golpe que demos mañana. Si respondes, creeré que eres tanto como yo. Y no me vengas con desafíos, porque en uno de éstos te abro la tripa, ¿sabes? A mí nadie me amenaza...

—Pues no me digas que si soy menos que tú o que si me voy a meter a cura —gruñó Aldo, soltándole.

—Tienes diecisiete años y lógicamente eres un crío —explicó

Samy mientras caminaban—. Yo tengo veinte y eso se nota en todo. Como cuando los tengas tú..., si vives. Ahora debes obedecer y aprender. Hay que ir pensando en cosas más grandes que en ratear una cartera que no tiene casi nada. Yo llegaré a «boss» como Capone, porque soy hombre y tengo cabeza.

Aldo bajó la mirada, un poco humillado. Desde luego, Samy sí que valía. Pero era porque a él nunca le asustaría liquidar a un hombre, o a varios hombres. No lo había hecho aún, pero algo había en su mirada, en aquel rostro achatado, de siniestro auspicio de que tal cosa llegaría.

Bert, que estaba en la taberna, tenía a su lado a una muchacha, que le contemplaba con embeleso. Ella era muy joven, quizá no llegase a los dieciséis años, y más que una mujer parecía aún una niña, de rostro demacrado, arrugado en las comisuras de los labios y los ojos. Apenas si estaba formada, físicamente, y ya la picardía, la insolencia y el vicio habían dejado estigmas indelebles en ella.

Bert tendría unos veintiún años y era alto, delgado, de rostro chupado. Su rostro, a fuerza de adoptar gestos y actitudes de matón, era el del típico maleante, desconfiado, insolente, indiferente ante todo rasgo de nobleza y bondad de sentimientos.

—Hola, Bert. Hola, Yolanda —dijo Samy sentándose ante la mesa—. Te traigo a Aldo. Nos ayudará. ¿Verdad, tú?

—Sí, si no hay sangre —repuso Aldo sentándose también y mirando a Yolanda, que fumaba y tosía, esforzándose por tragar el humo del apestoso cigarrillo.

—Bueno, Aldo —dijo Bert, mirándole como podría mirar a una mosca—. Ya sabes lo que hay que hacer, la idea no es la de liquidar al viejo, pero si se pone tonto...

—Entonces no voy —terminó Aldo secamente—. Me van bien las carteras para pensar en meterme en eso. Busca otro, Samy.

Yolanda rompió a reír despectivamente. La imitó Bert y después Samy, haciéndose guiños y contemplando curiosamente a Aldo, que enrojeció de rabia.

—Te voy a tener que prestar mi falda y la ropa interior, Aldo —dijo la muchacha, echándole el humo del cigarrillo a la cara—. Y que eso lo diga un hombre... Bueno, un aprendiz de hombre, porque tú... —Le miró de reojo, con supremo desprecio.

—Las niñas se callan cuando hablan los hombres —farfulló Aldo

—. Tu mamá te estará esperando; de manera que puedes largarte.

—Tiene razón el chico, tú —gruñó Bert, dando un codazo a su novia, que se estremeció y bajó la cabeza—. Tú te callas y dejas hablar a los hombres. Y tú: Aldo, ten cuidado con lo que dices. Esta mujer me quiere y no la ofende nadie delante de mí, ¿sabes?

—¡Que no empiece ella! —rugió Aldo, lívido de rabia—. Si te pasa algo sal conmigo a la calle. ¡Ya os he dicho que yo no me meto en líos gordo! Pero por eso no vayáis a pensar que soy menos hombre que vosotros. ¡Sal, hombre, y lo verás!

—¡Ya está bien, Aldo, y tú, Bert! —exclamó Samy conciliadoramente cuando Bert se iba a levantar, pálido por el desafío de Aldo y sacando una navaja de buen tamaño—. Sois unos críos. Vamos al asunto de una vez...

—Por mí, vamos. Pero que no se ponga así este muchacho —dijo Bert, mirando con temeroso rencor a Aldo—. Todos los italianos son así de comprometedores.

—Bueno, bueno... —Siguió Samy—. Quedamos en que mañana, al anochecer, que es cuando el viejo ya ha hecho su negocio del día, hay que dar el golpe. Siempre está solo. Tú, Bert, y yo entramos como compradores. ¿Tienes algún arma? Yo tengo un cuchillo.

—Tengo una pistola y dos cargadores —se tentó el pecho, en el lado izquierdo, Bert—. Impone más la pistola. Mientras yo le apunto tú haces la recolección. Hay que ir a lo positivo: las joyas, los relojes nuevos, el dinero del cajón.

—Podríamos darle un culatazo en la cabeza y así podríamos hacer la recogida antes —propuso Samy—. Todos los buenos lo hacen.

—¡No! —dijo secamente Aldo, poniendo una mano sobre la mesa—. Lo mismo le podéis dejar sin sentido que matarlo. Si es un viejo, peor aún. Amenazarlo solamente y atarlo y amordazarlo. Sangre, no...

Samy recordó por qué tenía verdadero horror a la sangre Aldo. Su padre había sido un «gángster», un asesino, y en su última aventura, acribillado a balazos, pudo huir de la Policía y fué a morir a su casa. Fue una espantosa agonía la suya, sin poder pedir la presencia de un médico, que lo hubiera delatado, y su vida acabó cuando la última gota de sangre salió de sus venas. Y la madre de Aldo murió apuñalada, antes que el marido en una reyerta con otra

mujer que la disputaba el amor del marido.

—Concedido, Aldo —dijo, mientras hacía un gesto significativo a Bert—. No habrá sangre, al menos por nuestro deseo. Y nada más. Yo vigilaré mañana la tienda y veré si algún «cop» suele estar de ronda allí cerca.



PADRES:

¡NO PENSADLO MAS!

¿El mejor **REGALO** para su hijo?

EXTRAORDINARIO

de

AVENTURAS DEL F. B. I.

¡EMOCION! ¡RISA! ¡CULTURA! ¡ARTE!

¡COLOR! ¡CALIDAD!

¡32 páginas maravillosas sólo por 4 ptas.!

II



OMENZABA a anochecer y los faroles de la calle se encendieron de pronto. Bay Street era una calle de tercer orden, en el Latín Quarter, con casas de tres y cuatro pisos de aspecto pobre, viejas, sombrías. Allí se amontonaban los italianos, mejicanos, franceses, portorriqueños, algunos españoles, sudamericanos, todos ellos obreros, y entre ellos no pocos maleantes.

La tienda del viejo relojero Baturani estaba solitaria. Él, sentado ante el mostrador, con una luz especial para poder ver bien las maquinarias de los relojes, estaba en su labor. El resto de la pequeña tienda estaba en penumbra. Varios relojes de comedor, despertadores y de pie sonaban en aquel silencio, dando campanadas irregularmente.

Bert, Samy y Aldo estaban en la acera de enfrente contemplando la tienda. Charlaban quedamente, fumando, mientras miraban a su alrededor con disimulo.

—El «cop» suele pasar cada media hora por delante de la tienda

—informó Samy—. Hace la ronda, dará la vuelta a la manzana, y lo hace muy despacio, charlando con los comerciantes mientras hace el recorrido. Además, es un hombre ya viejo, que no podrá perseguirnos si nos sale mal la cosa.

—¿Cuándo ha pasado el agente? —preguntó Bert, mientras sacaba y metía la mano dentro de la americana, empuñando la pistola.

—No hace ni cinco minutos. De manera que podemos hacerlo ahora mismo. Tú, Aldo, ante la puerta, pero mirando hacia adentro de la tienda para ver lo que hacemos, y mirando también quién se acerca, no vaya a querer entrar. Si notas algo silba fuerte.

—Bueno —murmuró el muchacho—. Vamos cuanto antes.

Cruzaron la calzada. Ya ante la tienda Bert y Samy hicieron como que examinaban el escaparate, charlando. Aldo se quedó a unos pasos, mirando a su alrededor. Vio entrar decididamente a sus dos compañeros, y después se colocó de forma que pudiera observar lo que sucedía en la tienda y en la calle.

Su corazón latió apresuradamente. Era la primera vez que veía hacer algo como aquello. No sabía si Bert y Samy emplearían la violencia, si correría la sangre. Eran dos tipos a quienes les gustaba la violencia, y de eso a ser unos asesinos no distaba ni un paso. Ojalá que el viejo se dejase desvalijar buenamente, porque si no su vida iba a correr un serio peligro. Y después, ellos...

Sí; el viejo estaba con las manos en alto, aterrado, farfullando algo, moviéndosele el blanco mandil como si tuviese un acceso de delirio. Bert le encañonaba mientras Samy, con agilidad de simio, metía en un saquete relojes de bolsillo y pulseras, joyas baratas. Bert le indicaba al viejo Baturani el cajón del dinero, mientras le empujaba violentamente.

Aldo miró a la calle. Y se quedó como de piedra, aterrorizado. Samy se había equivocado o el maldito «cop» había variado de ruta...

Porque avanzaba con su paso de gigante, las manos a la espalda, distraído, pero mirando al interior de las tiendas, como vigilando, que era su oficio. Y estaba a menos de diez pasos...

Silbó, mientras daba con una mano sobre el cristal de la puerta. Bert y Samy se volvieron instantáneamente, mirándole con sorpresa. El relojero lanzó un agudo grito de auxilio, envalentonado por el

miedo de los atracadores.

Aldo se alejó a paso apresurado cuando Bert y Samy salían ya, llevando en la mano dos saquitos con lo robado. El relojero chilló hasta enronquecer.

—¡Ladrones! ¡¡Ladrones!! ¡¡Agente, socorro!! ¡Ésos, éstos!

Samy se cayó al suelo al chocar contra una mujer. Bert corría como un gamo, buscando la acera opuesta y la esquina de la manzana. Aldo, metido en un portal, angustiado, no se atrevía a dejar solo a Samy. Le tenía cierta estimación y estaba en peligro.

El «cops» se hizo cargo de la situación inmediatamente. El relojero señalaba a Samy, que se había levantado, pero que ya no tenía escape. El agente no era ni tan viejo ni tan poco ágil como él supusiera. Su mano enorme se posó sobre un hombro del muchacho, levantándolo y zamarreándolo mientras el relojero chillaba como herido de muerte y la gente se arremolinaba.

Samy no quiso entregarse. El «cop» no esgrimía armas. Y sacó su cuchillo con un ademán relampagueante. Aldo se llevó las manos a la boca, apretándose los labios furiosamente para no dejar escapar un grito de horror.

El «cop» recibió la puñalada en el pecho. Y Samy se desasíó de él esgrimiendo el cuchillo. Los transeúntes, que contemplaban aquella escena con morbosa curiosidad, se apartaron gritando de miedo cuando el joven, cuya mirada era espantosamente homicida, intentó abrirse paso entre ellos lanzando cuchilladas a diestro y siniestro.

Estaba ya en la mitad de la calle cuando el agente de la Metropolitana, que no había caído al suelo, corriéndole la sangre por la camisa azul y los pantalones caqui, pudo sacar su revólver del bolsillo. Se tambaleaba, pero estiró el brazo y apuntó a Samy, que corría haciendo regates a algunos hombres que pretendían alcanzarlo. Disparó el «cop» dos veces...

Samy dio un salto, lanzando un aullido de dolor, pero siguió corriendo.

—¡Le ha dado! —gritaron algunos excitadamente—. ¡No tire más, que puede dar a otros!

—¡Va herido! ¡En la espalda!

Samy corría desesperadamente y pronto cruzó la calzada. Un coche hubo de frenar violentamente, dando un esguince, para no atropellarlo cuando pisaba el borde de la acera. La esquina estaba

cerca y, siempre con el cuchillo en la mano, la dobló. Varios hombres, a respetable distancia, gritaban tras él. Las gentes, al ver avanzar a aquel desesperado, se apartaban medrosamente, y luego corrían detrás, aullando con los otros.

Aldo vio caer al «cop» al suelo. Las mujeres le rodeaban, gritando y maldiciendo al asesino. Varios hombres lo cogieron y prestamente lo montaron en un coche, desapareciendo. Un reguero de sangre había quedado en la acera, contemplado por los espectadores. El relojero Baturani, sollozando, clamaba por sus joyas y relojes robados.

Dos «cops» más aparecieron, repartiendo empujones y preguntando qué había pasado. Aumentó el revuelo y Aldo, prudentemente, ya que había conseguido astutamente pasar desapercibido, se marchó de allí rápidamente.

En la esquina de la calle apresuró el paso. ¿Sería cierto que el «cop» le había metido dos balazos a Samy? Desde luego hizo un movimiento extraño cuando sonaron las detonaciones, como si las balas le hubiesen impulsado hacia adelante, y los que le perseguían dijeron que iba tocado en la espalda.

Suponía dónde iría su amigo a esconderse si le dejaban sus perseguidores. Debía ser horrible verse perseguido así por una multitud de personas que le tenía a los alcances gritando como lobos. Hasta que surgiese algún agente que le alojase otras balas en el cuerpo, tumbándole para siempre. ¡Vaya una vida la que había emprendido el idiota de Samy, con su maldita inclinación a la violencia, a verter sangre! Si cuando el «cop» lo detuvo se hubiese estado quieto, entregándose, todo hubiera quedado en una condena a presidio. Y ahora, si había matado al agente, y eso parecía que había hecho, la silla eléctrica le esperaba, desde luego...

Echó a correr, metiéndose en callejas que cortaban las grandes vías. Si pudiera ayudar en algo a Samy...

En North Point Street vio un corro de personas que comentaban excitadamente la desaparición del ratero. Había sido cosa vista y no vista... Le perseguían desde cerca y de repente...

Aldo sonrió. Samy era así. Sabía escurrirse, mezclarse entre los mismos transeúntes, aparentando ser un curioso más.

—¿Por dónde estaba? —preguntó a un viejo.

—Iba hacia Columbus. Yo le vi —explicó el otro—, y de repente

hizo un regate... Todos le miramos, buscándole al granuja. El caso es que iba sangrando por la espalda y más pálido que un muerto. Va muy herido...

Aldo se lanzó a paso rápido, alejándose. Samy iba herido. ¡Por meterse en líos, el muy cabezota! Siempre con el cuchillo en la cintura y teniendo aquellos instintos.

Se adentró en el dedalo de callejas de Jefferson Beach Street, cerca de Embarcadero. Tal vez estuviese allí, sí...

Había varios solares en la calle. Uno de ellos tenía en buen estado la tapia, con su puerta cerrada. Aldo llamó tres veces y esperó. Si estuviera allí... Era como un refugio de Samy después de haber dado un golpe, en evitación de la búsqueda de la Policía. Algunas veces él, Aldo, iba a dormir allí cuando no tenía dinero.

Había como una casa de guarda, de ladrillo, en un rincón del solar. Estaba abandonada, y Samy se las compuso para sacar una llave falsa y poder así penetrar cuando quería.

—¿Eres Bert o Aldo? —dijo la voz de Samy. Era extraña aquella voz, ronca, sibilante.

—Soy Aldo, Samy. Abre...

—Empuja, que ya está. Me han hecho trizas.

Aldo pasó y sujetó a su amigo, que estaba lívido, con los ojos aún más hundidos en las oscuras cuencas. Jadeaba como si acabase de hacer un terrible esfuerzo con acudir a abrir. A través de la americana, empapada de sangre, se veían dos oscuros agujeros.

Tuvo que cogerlo entre sus fuertes brazos y llevarlo así, desmayado, a la caseta. Lo echó sobre un montón de paja. No había mueble alguno allí. Le quitó la americana y la colocó de forma que hiciese de almohada. Después le puso boca abajo, subiéndole la camisa y dejando la espalda al desnudo.

Sí; allí estaban las dos heridas, por las que brotaba la sangre. Una debajo del omóplato izquierdo. La otra cerca de la columna vertebral, a la derecha. Él no entendía de heridas ni de nada de eso, sino de hacer una clase de vida que llevaban sus progenitores y cuantos le rodearon desde que tuvo uso de razón. Pero aquellos agujeros negruzcos, por los que casi podía meter el dedo meñique de su mano, debían ser indicadores de una gravedad extrema. El sitio, además, sobre todo el del omóplato, lo peor para la vida de Samy, aquel tonto que se la había buscado bien...

Abrió los ojos el muchacho. Miró con asombro a Aldo, que no sabía qué hacer, sino mirarle con hondo afecto y pasarle su pañuelo por la sudorosa frente.

—Que no me salga más sangre... —murmuró Samy—. Taponas las heridas.

Aldo obedeció. Samy gritaba de dolor, retorciéndose y regañando a su amigo.

—No puedo respirar... —murmuró Samy, y su pecho jadeaba cada vez más entrecortadamente—. Creo que me voy a morir...

—¿Quieres que traiga un médico? —preguntó Aldo, lleno de angustia.

—¡No digas... tonterías! Tendría que dar parte a la Policía, hombre. ¿Sabes si le maté al «cop»? ¡Para qué llevaría el cuchillo!

—Creo que no —mintió Aldo—. No te preocupes de eso ahora. Voy comprar vendas, algodón, un desinfectante. Echás mucha sangre.

—Bueno. Pero lo que habría que hacer es sacar las condenadas balas... Me van a matar. ¡Morir aquí, en este asqueroso rincón! Además, con veinte años... ¡Y lo que quisiera divertirme todavía! Anda, vete por eso. No puedo respirar, Aldo. Ven pronto, oye... —Rompió a llorar como lo que era: un muchacho solamente.

Aldo también sollozó quedamente. Estaba viendo en la cara de su amigo cómo la muerte afinaba sus facciones, sobre todo la nariz; un color amarillento, terroso, terrible. La mirada, más vaga, estrábica a ratos... Y aquel jadeo, cada vez más lento, con un silbido extraño, que no provenía de la boca de Samy, sino del interior de su pecho, de los pulmones, faltos de aire...

Salió del solar y partió a la carrera, limpiándose las lágrimas con el dorso de la mano. Pronto halló una farmacia, donde pidió vendas, algodón y yodo. Una vela también, puesto que la noche no permitía ya ver en el interior de aquella choza del solar.

Cuando entró y encendió la vela se quedó aterrado al ver a Samy. Se moría sin remisión y rápidamente. Su pecho se levantaba ya y bajaba muy de tarde en tarde. Abría la boca angustiosamente, ansioso de aire. Y la paja, alrededor de su cuerpo, estaba empapada en sangre.

Le curó las heridas y pudo contener la hemorragia. Ya debía de quedarle muy poca sangre, en verdad, que verter. Samy abrió los

ojos mucho a causa del escozor del yodo.

—Déjalo... —pudo susurrar entre dos ahogos espantosos—. Aldo... Me muero... Ahora me doy un poco de cuenta...

—No hables —murmuró Aldo, sollozando—. Ahora estarás mejor, ya verás.

—Me doy cuenta... de que he sido un bestia. Y tú otro si sigues así. Es lo que nos enseñaron..., pero hay que ser otra cosa... diferente.

Un colapso cortó la palabra de Samy. Aldo le contemplaba con espanto, rabioso por no poder curarlo, extraerle aquellas dos balas que le estaban matando. No podía llamar a un médico. Tal vez ya fuese tarde para ello, pero un médico pregunta, en efecto, qué ha pasado, y si comprende que es cosa al margen de la Ley denuncia el hecho a la Policía. Y un «cop» había sido muerto por Samy, aunque también creerían que por él. Cosa muy grave.

Samy deliraba. Su frente sudaba copiosamente. Una terrible fiebre le invadía, y cada vez respiraba peor. Aldo, sentado a su lado, con una mano de él entre las suyas, contaba sus pulsaciones y se la apretaba, pugnando porque el amigo no oyese sus sollozos. Samy se moría lentamente, sufriendo mucho por no poder respirar. Allí, en sus pulmones, las balas debían estar horadando quizá más y más, abriendo las heridas con su peso.

Fué una noche espantosa para los dos. Aquella joven vida, en un cuerpo fuerte, luchaba ahincadamente por sobrevivir. Y la agonía, inacabable, duró hasta entrada la madrugada, cuando un celaje rosado iba aventando las sombras nocturnas.

Cuando se quiso dar cuenta Aldo, en la muñeca de Samy cesó todo movimiento repentinamente. Era tan débil un momento antes que el muchacho buscó nerviosamente el pulso perdido. No lo halló. Y la luz de la vela iluminó, parpadeante, un rostro con los ojos muy abiertos, sin brillo, y la boca desencajada, como si aún estuviese gritando pidiendo aire.

Se puso de rodillas y le miró con fijeza aterradora, como si no estuviese aún convencido de que Samy estaba ya muerto. Amaratado su rostro, la chata nariz parecía haberle crecido y afilado.

Levantóse y apagó con un soplo el pequeño cabo de vela. La luz diurna era bastante para permitirle ver a su muerto amigo. Afuera,

sobre la hierba y los pequeños matorrales, unos gorriones piaban alegremente. Por un trozo de la tapia, roto, un perro callejero había entrado y le miraba curiosamente, oliendo repetidamente quizá la sangre que vertiera Samy, empapando la paja. Aldo cogió una piedra y se la arrojó furiosamente. El can aulló, sin haber sido tocado, y salió de estampía por el agujero.

Entre las ropas de Samy encontró el saqueto con las joyas y relojes robados. Bert tendría el otro.

Nada tenía que hacer ya allí. Samy había cumplido lo que su triste destino le tenía deparado. Y, pensó el atribulado Aldo, fueron sus palabras muy extrañas. Que fue un bestia con vivir así, y él sería igualmente otro si seguía aquel camino. Parecía increíble que Samy hubiese podido decir aquello. ¿Sería que a la hora de la muerte se ven las cosas de muy diferente manera que cuando estamos sanos? No había duda que se arrepintió de todo cuanto hizo de malo. En fin: nadie hubiera podido decir que Samy, cínico, cruel, odiando todo cuanto fuese «bueno», legal, en aquellos espantosos momentos tuviera tiempo de hacer examen de conciencia como aquél y mostrara su pesar por todas sus maldades.

Salió al solar, dejando la puerta cerrada, aunque no con llave. Le preocupaba dejarle allí solo, terriblemente solo. Y, además, su cuerpo se iba a corromper, a llenar de gusanos. Tal vez aquel perro hambrientos y otros, y las ratas, le fuesen comiendo...

¿Qué hacer para sacar del solar a Samy? No podía hacerlo él, desde luego. Un cadáver no se lleva así como así por la calle hasta... ¿dónde? ¿Iba a dejarle en cualquier rincón o tirarlo al mar? No podía hacerlo. Antes de lograrlo le detendrían cien veces.

Entró en un bar a tomar un café con tostadas. Estaba aterido, muerto de cansancio y de pena. En el bolsillo izquierdo del pantalón llevaba el saquillo con lo robado al viejo relojero. Ésta era otra... Aquellos objetos le quemaban las manos. Por conseguirlos había muerto un «cop» y Samy. Quizá también Bert hubiera sido apresado. Y él no las tenía todas consigo. Tuvo habilidad para hacerse el «distráido» y meterse en un portal, pero la Policía sabía buscar datos, confrontar rostros...

¿Qué hacer con Samy, que estaba ya rígido? Pronto, con el calor del día, comenzaría a descomponerse. Quizá el perro hambriento...

Fué al mostrador y pidió un níquel para el teléfono, dando una

moneda de dólar. Después entró en la cabina y marcó el número de City Hall, con la Metropolitana, el cuartel general.

—Olga... —dijo cuando le preguntaron quién era y qué quería—. Miren... he..., he visto que en un solar de Jefferson Beach Street, donde hay una choza, está un cadáver, un... muerto.

Y colgó aprisa, como si la voz del agente pudiera salir del micro teléfono, tomar cuerpo y asirle de una oreja, reteniéndole.

Sí; era lo mejor que pudo ocurrírsele. Ya que lo habían matado, que lo enterrasen. Por otra parte, encontrando la Policía a Samy quizá ya no le buscasen a él ni a Bert. Era un buen servicio el que, aun muerto el pobre amigo, le podría prestar.

¿Qué hacer con aquellas joyas y relojes? No entendía mucho de valorar tales objetos, pero un examen que hizo en el bar le permitió conjeturar que unos seiscientos dólares ya valdrían aquello, aun vendiéndolo a un sinvergüenza de aquellos que adquieren las cosas robadas. Los relojes eran nuevos, de buena marca, y bastantes. Y las joyas, con mucho oro: cadenas, pulseras, cajas de relojes, varios tresillos...

Deambulando, evitando entrar en las calles de mucha circulación, se fué acercando al bar donde solía estar Bert. Si no lo encontrase iría a la pensión donde vivía... mientras tenía dinero.

Bert estaba, en efecto, desayunando tranquilamente mientras leía un diario de la mañana. Llevaba un buen traje, una hermosa corbata de muchos colorines y sus zapatos brillaban como espejos.

—Hola, Bert —dijo Aldo, sentándose cansadamente te la mesa.

Bert miró con manifiesto desagrado y después observó a su alrededor desconfiadamente.

—Hola. ¿Te has fijado que tienes manchas de sangre en los pantalones, idiota? Cruza las piernas que no se te vean...

Aldo obedeció con apresuramiento, azorado.

—Debes comprarte un traje o, por lo menos, pantalones —aconsejó Bert, con desdén—. ¿Qué ha pasado? ¿Han pescado a Samy?

—Le metieron dos talas en el cuerpo —las lágrimas se le saltaron al muchacho, que se las quitó de los ojos con el revés de la mano—. Ha muerto anoche, en un solar. He avisado a la Policía por teléfono que fueran por él...

—¡Estás loco, chico! —Gruñó quedamente Bert, volviendo a

mirar a su alrededor—. ¿Para qué, imbécil? ¿No sabes que la Policía puede pescarte con haber hecho eso?

—Se iba a echar a perder... Un perro olió el cadáver y... figúrate —dijo Aldo, con voz trémula de horror.

—¿Y qué? ¿Vale algo un cadáver? Como sigas así, niño, lo vas a pasar muy mal. Hay que ser duros, y nada más. ¿Vas a mandar decir misas por él? —rió sarcásticamente—. Mejor es que haya muerto él que no yo, ¿sabes? Ésa es la fija, Aldo. Oye, ¿y lo que se llevó él? —Le miró fijamente—. Las joyas, los relojes...

Aldo se encogió de hombros, baja la vista, jugando instintivamente con la taza de café de Bert.

—Lo tiró, según me dijo. Dio una puñalada al «cop» y salió corriendo, pero el agente le sacudió dos tiros.

—Eso dice el periódico. Le dio un buen tajo al agente en los pulmones. Ha muerto también. Pero mira que tirar el muy majadero el saquillo... Yo me escapé fácilmente, chico. A la media hora estaba charlando con las comadres, cerca de la tienda del viejo. Tú estuviste listo también.

—Quiero mi parte en lo que tú has sacado, Bert —dijo después Aldo con firmeza—. Yo puse lo mío. Si no os aviso te fríen también a ti...

Bert arrugó el ceño, mirando con rencor a Aldo.

—Me lo das por las buenas, Bert... —dijo, quedamente. Aldo, brillante la mirada—. O si no...

—Si no, ¿qué? —murmuró Bert, apretadas las mandíbulas—. ¿Me delatas?

—Te lo quito, ya lo sabes. Y no soy un «soplón», pero tú me lo das.

—Aún no lo he vendido. Ahora estará la Policía buscando en las tiendas de compraventa y cualquiera se presenta allí.

—Dame la mitad de lo robado. Yo lo venderé, no te preocupes. Es mejor para ti. La mitad, Bert.

—Aquí no vamos a hacer el reparto, como comprenderás —repuso Bert, mirando de nuevo a su alrededor—. Ven a mi pensión y allí lo haremos. Pero antes habrás de comprarte un traje. Así, con esas manchas de sangre, vas diciendo que eres un criminal. No sé cómo no te han detenido ya.

—Dame cuarenta dólares. Prestados —repuso Aldo— después

me los descuentas de las joyas. Y me esperas aquí. Voy a hacerte caso.

Bert, refunfuñando, le dio los cuarenta dólares pedidos.

—Espérame aquí, Bert —repitió Aldo, mirándole fijamente—. Si te vas y pretendes dejarme sin mi parte..., por una vez verteré sangre, pero tuya...

—Anda, anda... —rechazó Bert, despectivamente, pero observándole con inquietud—. Los italianos sois muy matones... de labios para fuera.

—Si quieres comprobar lo que te digo, no tienes más que decirlo. Soy más hombre que tú —dijo Aldo, apretándole un brazo fuertemente.

Bert le vio alejarse con no disimulada admiración. No tenía duda de que aquel muchacho tenía valor, aunque sufriese aquella manía de no querer emplear nunca la violencia. Y que podía ser muy mal enemigo en una lucha con él, porque sería de los que para soltarse de sus garras habría que matarlo.

Y aunque tenía pensado haberle dado esquinazo cuando se fuese, quedándose con todo lo robado, le esperó. Algo en su interior le hizo ser prudente, considerando mucho mejor no ser enemigo de Aldo que burlarle.



CHICOS Y MAYORES

VEN Y LEEN

AVENTURAS DEL F. B. I.

III



ICIERON el reparto en la pensión donde vivía Bert. Éste se quedó con la mitad del contenido del saquillo que llevó cuando salieron de la joyería del viejo aquel, entregando la otra mitad a Aldo. Y el muchacho le entregó un reloj que, aproximadamente, valdría unos cuarenta dólares, para pagarle su anticipo.

Aldo se había comprado un traje de confección y una trinchera, pues frecuentemente llovía. Ahora estaba más presentable, y Bert consideró que ya era digno de ir con él y «alternar» con sus amigos.

Cuando Aldo dejó a Bert, fue a una estafeta de Correos y compró una caja para valores, papel y cuerda. Después, en el reservado de un bar, vació sobre un papel el contenido del saquito de Samy y los objetos que le tocaron en el reparto con Bert. Hizo un paquete y lo

metió en la caja de madera, envolviéndola en el papel fuerte y la ató perfectamente. Puso encima una dirección a del viejo relojero Baturani, y fué de nuevo la estafeta de Correos, donde la depositó en un buzón.

No sabía Aldo por qué había hecho aquello. Tal vez sí. Porque aquellos objetos estaban manchados de sangre. La de Samy y la del agente de la Metropolitana, aquel buen hombre que había encontrado la muerte cumpliendo con su deber. Y porque el viejo abuelo Baturani quedaría absolutamente arruinado después de aquel expolio. Una cosa era robar una cartera con unos dólares a quien se suponía no causaría mucho daño verse sin ellos que dejar en la miseria a un pobre viejo. Sobre todo que aquellas joyas y relojes tenían sangre, sangre... Le devolvía, pues, gran parte de lo robado y el daño sería mucho menor.

Después, con su paso de perro callejero, se dedicó a pasear indolentemente, las manos metidas en los bolsillos de su nueva trinchera. Mentalmente contaba sus disponibilidades económicas. Tenía unos cuatro dólares por toda fortuna. Acababa de desprenderse de casi mil, pero esto había que olvidarlo. Dinero ensangrentado, no, no.

Entró en Golden Gate Park, deseoso de distraerse un poco. No cesaba de tener presente en su memoria a Samy, expirando la pasada noche, quedándose sin sangre, abandonado de todo auxilio. Y sus palabras de arrepentimiento, y las que a él le dirigió de que no fuese bestia y abandonase aquella vida.

Como que era tan fácil abandonar aquella vida... ¿Por qué no lo hizo él, y así no le habría costado el ser muerto por la Policía? Además, que él no sabía ser de otra manera, qué diablos... Llevaba en su sangre el ser como era. Su padre lo fue, y hasta un asesino, y su madre le ayudaba y era una verdadera fiera. Así murieron ambos. Ya era bastante que él sintiese aquel horror por la violencia que viera siempre a su alrededor.

Paseando lentamente, fumando un cigarrillo, llegó a la zona de Tennis Court, donde había varias pistas para este deporte, de cemento y de hierba, muy afamadas en la ciudad. Cerca, las casetas y vestuarios. Estuvo contemplando cómo jugaban algunas parejas de muchachos y muchachas, que podrían tener de dieciséis a dieciocho años. Eran alegres, felices, al parecer, gritando y riendo

por nada. Seguramente que ellos no sentirían inquietud alguna, como la sentía él, ni temblarían cuando un «cop» les mirase por casualidad, como temblaba él, apresurándose, instintivamente, a alejarse de él.

Se acercó poco a poco a las casetas de vestuario. Solamente tenía cuatro dólares... En comer y cenar se le irían un par de ellos, y en beber. Para ir a dormir y «alternar» necesitaría otros dos o tres. Uno tenía que hacer cierta clase de vida con los amigos. Si le veían sin un centavo le darían de lado y hasta le negarían el «arte» de carterista de que él se ufanaba, puesto que siempre estaba arruinado.

Cerca de las casetas había unos cuantos coches de lujo, con sus choferes, que charlaban o contemplaban a los hijos de sus señores jugar al tenis, aquellos muchachos y muchachas serían de la bu sociedad. De los que llevan en la cartera billetes grandes.

Una vieja estaba muy atareada en los lavabos, atendiendo a unas muchachas que solicitaban cabina para vestirse el traje de jugar o se arreglaban mientras reían y comentaban cómo les había ido en las partidas celebradas. Poca vigilancia... Y Aldo, con aquélla su agilidad felina para escurrirse y pasar desapercibido, entró en la caseta fumando su cigarrillo y preguntando por Maggy. Dio unos golpecitos en una puerta y una voz femenina le preguntó qué quería. Fue a otra y nadie respondió. Empujó la puerta, riendo.

Nadie dentro. Había un vestido de seda, un bolso, y, sobre una coqueta, varias alhajas, un peine, una redecilla para el pelo.

Sus manos trabajaron con la rapidez del relámpago, guardándose en los bolsillos las alhajas, muy buenas, y un portamonedas abultado. Todo en menos de medio minuto. Luego salió al pasillo tranquilamente.

—¡Maggy! ¡Maggy! —gritó mirando a un lado y a otro mientras salía hacia la puerta.

—¿La señorita Frieder? ¿Busca a la señorita Frieder? —le preguntó, amablemente, la vieja encargada—. Está en la tercera pista. Y se ha dejado la cabina abierta, como siempre —refunfuñó, y la cerró con su llave maestra.

Salió rápidamente Aldo, haciéndose el importante. Después, lentamente, encendiendo otro cigarrillo, se alejó bastante de allí. Buscó la salida del parque por Panhadle Street y apresuró el paso

sin volver la cabeza. Tentaba con ambas manos, dentro de los bolsillos, las joyas, y el monedero. ¡Buen golpe! De los que le gustaban a él. Sin violencias, sin sangre, sin peligro. Robar a una persona rica no era cometer un delito muy grave. Eso es lo que siempre le habían dicho. Una persona rica tiene con qué reponer lo que le han robado. Aquella muchacha se llevaría una buena regañina de sus padres y sufriría un ataque de rabia. Después tendría más dinero y nuevas joyas.

En Grove Street, entró en un bar. Pasó a un reservado diciendo al camarero que esperaba a un amigo. Pidió «*whisky*» y, una vez que se lo llevaron y quedó solo en el pequeño cuarto sacó el monedero y lo abrió con ansiedad.

Solamente había ocho dólares y unos níqueles Bueno, aquella muchacha no acostumbraba llevar mucho dinero encima, por lo visto...

Puso encima de la mesa las joyas. Un brazalete, dos sortijas, un alfiler...

Lanzó una blasfemia cuando examinó con cuidado todo aquello. Y palideció, considerándose vilmente engañado. Porque todas aquellas joyas no eran sino de fina bisutería, de asquerosa y engañadora bisutería. Piedras falsas, platino falso, oro bajo... ¡Maldita señorita Frieder, con su vanidad de similor!

Le entraron ganas de llorar. Bueno, gracias a que dio un golpe solo, porque si llega a ir con otro compañero, se hubiera reído de él hasta caer desvanecido. Y luego lo sabrían los demás amigos, y las ironías y burlas no acabarían nunca, tratándole de novato, ingenuo, mal aprendiz.

Menos mal que los ocho dólares eran buenos. Pero si aquellas joyas hubieran sido auténticas, ¡tendría ahora lo menos cuatro mil dólares!

Pensó que el «negocio» de «Piekpocket», tal como lo llevaba él, no era para hacerse rico, ni mucho menos. Un vulgar raterillo no suele, hacerse rico si no «pica» más alto. Aquellos ladrones elegantes que frecuentan los hoteles de lujo, las embajadas, los salones de los ricos, éstos eran los que obtenían buenos rendimientos a sus habilidades. Un «golpe», y miles de dólares al bolsillo. Pero robando a gentes que iban en tranvías, en «bus», o que iban a pie... La gente «gorda» va en coche de lujo y se mete en sitios elegantes,

donde él no podía ni asomar la cara sucia.

Se guardó las «joyas» en un bolsillo, pensando tirarlas a la boca de una alcantarilla, o quizá entregarlas como regalo a alguna de las «amigas» de sus camaradas de depredaciones. Estaba humillado, como si aquella señorita Frieder se le estuviese riendo en sus narices. Un «artista» como él nunca podía equivocarse el tener delante lo que pensaba robar. Debió haber visto inmediatamente que era bisutería, en vez de cogerlo avariciosamente, como un novato, un estúpido principiante...

Comió en una taberna modesta. Tenía doce dólares ahora. Muy poca cosa para ir sorteando la vida. No era conveniente dar muchos «golpes» seguidos, porque la Policía va siguiendo la pista, y cuando menos se piensa... Además de que uno cree a veces haber robado una cartera repleta y luego resulta que no hay sino papeles en ella. Aquel oficio no era expuesto (mientras no le echasen mano), pero tampoco daba para vivir como él deseaba. Qué menos que llevar siempre encima un centenar de dólares y tener buenas, posibilidades de ir aumentando la importancia de los asuntos.

Fué al bar donde solía estar Bert. No tenía ninguna simpatía por él, pero tampoco sabía estar si no era con él, ahora que le faltaba Samy, aquel burro de Samy, que se buscó la perdición con su manía de verter sangre.

—¡Hola! —exclamó Bert al verle. Estaba con él aquella niña, Yolanda, que tenía ahora un vestido nuevo, muy descotado, zapatos nuevos y hasta un collar de asquerosa bisutería—. Vamos, niño, convida, que ahora tienes «pasta» en, abundancia... Mira cómo va Yolanda —la miró orgullosamente. Ella sonrió vanidosamente.

Aldo arrugó el ceño. No podía decir a Bert ni a Yolanda que aquellas joyas las había devuelto al pobre viejo y que de él solamente sacó cuarenta dólares para comprarse el traje, la gabardina y los zapatos. Si se enterase de lo que había hecho, Bert sería capaz de buscarle una mala faena.

—Estoy, casi arruinado —dijo disculpándose—. Jugué y perdí... Pero unas copas ya os puedo pagar. Toma, Yolanda. Eres buena chica y te he comprado esas cosas. No son buenas, pero... —Echó sobre la mesa las falsas joyas que la muchacha cogió con alegría.

Bert inclinó y las examinó también. Sonrió irónicamente al decir a Aldo:

—Te llevaste chasco al robarlas, ¿eh? Eres un pobre novato.

—¡He dicho que las he comprado para Yolanda! —exclamó Aldo enrojeciendo de ira y vergüenza—. ¿Crees que no sé lo que son buenas joyas?

—Déjale en paz, Bert. Ha sido muy atento conmigo y yo se lo agradezco. Ha tenido mejor gusto que tú y se ha gastado más dinero, ya ves.

—¿Y por qué haces eso con mi novia, tú? —inquirió Bert suspicazmente, mirando fijamente a Aldo—. A ella hay que respetarla y no eres tú quién pera «flirtear» con ella haciéndola regalos.

—Yo no «flirteo» con ella. Pero si me diera la gana, te la quitaría —murmuró Aldo, levantándose a medias de la silla, brillante la mirada de coraje—. Soy más hombre que tú y te lo he dicho muchas veces. ¡Anda, sal a la calle!

—No seas idiota, Bert —terció Yolanda, íntimamente satisfecha de ver que aquellos dos «hombres» se iban a matar por ella—. Aldo ha sido atento nada más. Ya sabe él que a quien quiero es a ti —e hizo un guiño malicioso a Aldo, que se sentó bufando. Bert contempló silenciosamente al muchacho. Le gustaría poderle dar una buena paliza a Aldo, que siempre le estaba desafiando, lo hacía muy seriamente, pero no las tenía todas consigo en cuanto a quién de los dos recibiría la zurra. Era él, Bert, más, fuerte, pero el otro tenía mucho coraje y muchos nervios. Los italianos eran siempre peligrosos como enemigos, y Aldo, aunque nacido en San Francisco, era hijo de italianos, llevaba su sangre, y siempre había visto y vivido aquel terrible ambiente de peleas a puñaladas y tiros.

—Bueno, está bien, Aldo —dijo al fin en tono calmoso—. Si ella dice que a quien quiere es a mí, hace bien. Pero debes consultarme otra vez antes de hacerla regalos. A ningún hombre le gusta que su novia reciba nada de nadie que no sea su novio. Ahora vamos a hablar de una cosa que creo te interesará mucho —miró a su alrededor con desconfianza. Aldo le imitó y Yolanda hizo lo mismo, poniéndose todos en carácter.

—Venga —repuso Aldo en tono un poco misterioso, inclinándose sobre la mesa para escucharle.

—Yo creo, camarada —dijo Bert doctoralmente—, que lo que haces ahora no es negocio. Las carteras ya no suelen llevar mucho

dinero encima. Yo lo hice antes que tú y tuve que dejarlo. Ahora van los talonarios de cheques, que es dinero, pero solamente para el dueño de dicho talonario. Tú robas una cartera que tenga un cuadernito de éstos y es como si «afanases» la agenda de direcciones del robado. Nada. Podrás encontrar alguna vez unos dólares en billetes robando el bolso a una mujer que esté en el mercado; pero compara lo expuesto que es eso con la utilidad que te da. El entrar en un establecimiento a mano armada, ya lo has visto también. Samy lo pagó caro, y nosotros a poco pagamos igual precio. Si intentamos hacerlo en establecimientos de mayor categoría, mayor peligro todavía, porque los dependientes tienen timbres de alarma, armas y a veces conexión directa con la Estación de Policía más cercana, que te da el susto, o algo más.

Aldo reconocía con gesto expresivo la verdad de lo que Bert iba diciendo. Era cierto que el «negocio» iba haciendo cada vez más difícil, y mucho más para él, que era un novato, aunque le doliese reconocerlo.

—Aquí hay que tomar por un camino más sencillo y que da, desde luego, más dinero.

—Tú dirás. Si eso no supone verter sangre... —murmuró Aldo suspicazmente. Yolanda le miró con cierto desprecio. No comprendía a Aldo, que por un lado parecía un bravo muchacho, y, por otra parte, parecía una señorita sensiblera.

—Hay que ingresar en un buen «gang», Aldo —siguió Bert, como si no hubiese oído lo que dijo el muchacho—. En un «gang» de hombres hechos a todo, bien organizados y con un «boss» que sepa encontrar «trabajos» en los que cada uno se gane miles de dólares. Se dan unos cuantos «golpes» al año, y después a vivir de las rentas... Tienes mujeres guapas, coche, viajes, diversiones, borracheras...; lo que nos corresponde, vamos.

—Pero hay que matar casi siempre, Bert, y eso... —Opuso tercamente Aldo, moviendo la cabeza con desaliento.

—A ese paso te morirás de hambre —dijo Yolanda, encogiéndose de hombros con desdén—. Además de que, si salen las cosas bien, no hay que pelearse con la Policía. Todo depende del talento del «boss».

—Claro que sí, Aldo —corroboró Bert con gran seriedad—. Yo pertenezco ya a uno —disminuyó el volumen de voz, mirando en

derredor suyo con desconfianza. Yolanda y Aldo le imitaron—, y te aseguro que hasta ahora no han tenido que matar a nadie. El «boss» es listo y sabe lo que hace. Los camaradas saben también lo suyo. Necesitan hombres jóvenes, como tú y como yo. ¿Qué te parece?

—Yo lo que digo es que prefiero morirme de hambre o ponerme a trabajar, aunque me den ocho cochinos dólares, antes que disparar una pistola o dar una puñalada a nadie, aunque sea a un policía. He visto morir a mis padres de esa manera y nunca se me olvidará —se pasó una mano por la sudorosa frente, pálido de horror. Si tú «boss» me acepta con esa condición...

—Se lo diré, camarada —repuso Bert, encogiéndose de hombros—. Eres un crío, un niño...

—¡No empieces, Bert! —Gruñó Aldo, apretando las mandíbulas—. ¡Yo no creo que uno sea más hombre que otro porque haya matado más gente! El «arte» está en dar los «golpes» sin que nadie se entere, sin ser descubierto.

—Lo dirás por ti, ¿no? —dijo Yolanda, mirándole de arriba abajo—. Ya se ve lo artista que eres... Te ha tenido que prestar dinero Bert para que te vistas un poco... Bert, si quiere que yo sea su novia, ha de hacer lo que sea necesario, ¿comprendes? Si las cosas se ponen mal, que saque su pistola y pelee como los hombros, no que llore o se entregue a la «bofia».

—Cállate, Yolanda —murmuró Bert envanecido—. Aldo tiene ahora escrúpulos. Es un... medio hombre, y no te molestes, camarada. El vio aquello de sus padres, y tiene razón. Pero ya verás cómo hace lo que los demás. Cuando corre peligro la vida uno tira y tira, o larga tajos sin saber a quién.

Aldo no sabía cómo defenderse de la influencia conjunta de Yolanda, con su desdén tan humillante, y de los argumentos de Bert, que prometía precisamente la vida que él deseaba llevar: dinero, diversiones, viajes, coche.

—Tú habla con tú «boss» —murmuró, después de encender un cigarrillo—. Que me evite el tener que emplear la violencia. Yo puedo conducir, vigilar, espiar los sitios donde se ha de dar un «golpe». Muchas cosas, porque no soy nada tonto. Hasta podría pegar con una porra, sin matar...

Rieron Yolanda y Bert al ver la seriedad de Aldo al exponer sus aptitudes.

—Y barrer los dormitorios de los hombres, y quizá guisar o limpiarles el calzado —siguió Yolanda, dándole un cachetito en una mejilla.

—Está bien. Hoy hablaré con mí «boss». Seguramente te acepta —hizo un gesto Bert a Yolanda con un ojo, sonriendo.

Poco después Aldo salía del bar más contento Bert le había pintado con tonos brillantes, esplendorosos, el dinero que se podía ganar entrando en un buen «gang». Muchos miles, coche, diversiones, mujeres... Bueno, mujeres, no. Solamente una: Giovanna. Solamente quería a Giovanna. Lo malo era que aquella estupenda muchacha, de su misma edad, era terca como una mula, y además muy predicadora. Como que había llegado a decirle que en tanto él no se pusiese a trabajar «como Dios manda», no había que hablar de ser novios. Era una chica rara, que, por lo visto, deseaba morirse de hambre con el marido que fuese a tener, si solamente ganaba un sueldo o jornal «como Dios manda».

Y la casualidad hizo que, estando acordándose de ella, Giovanna pasase cerca de él, con aquél su andar gracioso, como de bailarina de la ópera, charlando por los codos con... otro hombre. Reía hasta parecer que su tono de voz pareciese un repique de campanas. Y era bonita, hermosa, aunque aún la mujer plena, hecha, no hubiese llegado a ser. Volvería de los Almacenes Alameda, donde estaba empleada.

El otro hombre, un muchacho entre los dieciocho y los veinte años, era alto, espigado, bien vestido y, al parecer, muy atento, porque al hablar con ella hacía frecuentes inclinaciones, tal que si sus palabras no bastasen para dar rotundidad y énfasis a lo que pensaba.

—¡Giovanna! —exclamó Aldo, aproximándose a ella, sumamente contento de verla. Y contra su costumbre, se quitó el nuevo sombrero flexible.

—Hola, Aldo —replicó ella, tendiéndole la mano sonriente. El otro muchacho se alejó un poco, discretamente—. Oye..., estás muy elegante, ¿verdad? —Le miró de pies a cabeza curiosamente—. ¿Trabajas ya?

—Bueno..., pues he tenido algún asunto, sí —carraspeó Aldo, azorado—. ¿Quién es ese tipo que te acompaña, di?

—No es un «tipo», Aldo. Es un buen amigo, que...

—¿Quiere ser tu novio? Tiene cara de idiota —cortó secamente Aldo.

—¡Pues no lo es! Debo decirte que es un muchacho muy honrado, que está empleado bien, que gana ya, a los diecinueve años, cuarenta dólares a la semana en...

—¿Te pretende, di? —exclamó Aldo, sulfurado por las alabanzas de Giovanna hacia aquel joven tan «aplicadito». ¡Eso es lo que me interesa!

—Oye, oye... —rezongó Giovanna en tono zumbón—. Eso es cosa suya... y mía, ¿comprendes?

—Perdona, Giovanna —se excusó Aldo, mientras miraba rencorosamente al muchacho, que fumaba distraídamente mientras esperaba el fin de la conversación de la muchacha con Aldo—; pero habíamos quedado en que..., en que cuando yo fuese un poco mayor, pues... seríamos novios, y claro..., Yo soy ya un hombre y no me agrada que tengas moscones a tu lado.

—No lo he olvidado, Aldo —replicó adustamente ella—. Ya sabes que yo te..., pues te aprecio bastante —se ruborizó, para luego sonreír—. Pero tú sí has olvidado que no podremos serlo mientras no sientes la cabeza. Mi novio ha de ser un chico formal, honrado, trabajador y que piense que Dios está para algo en nuestras vidas y hay que respetarlo, adorarlo y quererlo. ¿Haces tú algo de eso?

—Yo seré rico dentro de poco, Giovanna. Esto es seguro —afirmó Aldo con énfasis—. Los hombres tenemos que luchar por la fortuna. Y las mujeres, rezar por que todo nos salga bien.

—¡Qué gracioso! Eso es lo que te enseñan esos perdularios con los que tienes amistades, y esas... enviadas del diablo —murmuró desdeñosamente la muchacha—. Sé de ti más de lo que te figuras. Mis padres lo saben también, y dicen que mucho ojo con que me vean contigo en tanto sigas así, Aldo querido —le puso una mano en un hombro—, yo quisiera que fueses un hombre decente. No me importaría nada casarme contigo cuando seamos mayores y seguir trabajando para ayudarte. Te quiero, Aldo —su voz se hizo trémula, emocionada—; pero ten por seguro que si no varías, jamás seremos ni novios, ni esposos..., ni amigos. Y adiós.

Se separó de él casi con violencia, nerviosamente. El otro muchacho siguió a su lado, haciéndola una casi reverencia, con el

sombrero en la mano. Y Aldo, con el rostro enfurruñado, pálido de vergüenza y coraje, estuvo largo rato viendo cómo se alejaban por la calle adelante, perdiéndose de vista entre las sombras de la noche.

Lanzó un profundo suspiro de desaliento, reanudando su caminata sin rumbo fijo. Desde luego, Giovanna había dicho todo de una vez, caramba... Y de forma inequívoca. O él cambiaba, o adiós esperanzas de ser novios y casarse. Y la quería, sin duda alguna. Como ella a él. Bien claro lo había dicho. Se conocían desde pequeños, cuando vivían en la misma calle, y ella muchas veces le ayudó a sobrellevar su infortunio de hijo sin padres. Hasta que él comenzó a tener malas amistad ella le predicaba, y muchas veces intentó alejarlo de aquellos muchachos «malos». Pero la fascinación que sobre él ejercía la fácil ganancia de algún dinero, robando en las fruterías, en los mercados, tanto dinero como objetos, sin tener que ponerse a trabajar en algo que le disgustaba tantas horas, para recibir tres o cuatro dólares a la semana, vencieron sus escrúpulos y dióse a aquella vida, que fué la de sus padres.

Mientras caminaba, con aquél su andar de vagabundo, su memoria le iba recordando aquellas palabras de Giovanna sobre lo «bueno» que era su acompañante, y cómo a los diecinueve años ya ganaba cuarenta dólares a la semana. No estaba mal eso, en efecto. Eran aproximadamente ciento sesenta al mes... Bueno, no era tanto, tanto... Nada si se comparaba con lo que él iba a ganar si entraba en aquel «gang» de Bert. ¡Miles al mes! Y aun ahora también los podía ganar en un «golpe» de suerte.

Un «golpe» de suerte... ¿Cuántos meses tendría que trabajar aquel cara de idiota, con tantas reverencias como hacía a Giovanna, para ganar mil dólares, por ejemplo? Muchos. Y él, en un «golpe» de suerte, podría hacerlo en un rato.

Samy le dijo que a veces era algo bueno meterse en un buen hotel de viajeros, yendo bien vestido y con la cara muy seria, y colarse en alguna habitación abierta donde hubiese dinero, joyas... Audacia, cinismo, tranquilidad de nervios...

Vio en el edificio de la Olivier Tourist Company el reloj luminoso, que marcaba las diez y veinte. La hora de cenar en aquellos lujosos hoteles. Todos estarían abajo, en el gran comedor. Los criados, sin ocuparse de momento de los clientes, también

cenando, seguramente. Y los pasillos desiertos. Alguna puerta abierta...

¿Qué hotel sería bueno para probar fortuna? Nada de medianías... De hacerlo, en algo que mereciese la pena. Por lo menos, una suma superior a los ciento sesenta dólares que ganaba al mes aquel idiota pretendiente de Giovanna.

Estaba el *Sir* Francis Drake, un «Luxury Class» hotel. Uno de los mejores de la gran ciudad. Allí iban personajes de la diplomacia, la aristocracia europea, los magnates de las industrias, las artistas, de Hollywood, los negociantes y banqueros...

Andando...



Por 1,25 pesetas

**LOS PADRES PUEDEN REGALAR
A SU HIJO LO MEJOR DE LO
MEJOR:**

**Un cuaderno de
AVENTURAS DEL F. B. I.**

V



E bajó del «taxi» ante la puerta del *Sir* Francis Drake. El uniformado portero acudió presuroso a abrir la portezuela y bajó él muy serio, muy «ocupado». Alargó un dólar distraídamente al cancerbero, que le hizo una inclinación «de dólar»; es decir, llevarse la mano a la encarnada gorra sin llegar a quitársela, mientras inclinaba un poco el amplio busto.

Subió rápidamente la escalinata, con el sombrero en la mano, tan serio y «ocupado» en disimular su pánico y azoramiento. Un «botones» hizo girar las aspas de la puerta y, pasó adelante.

El gran «*hall*» de mármoles, alfombras, apliques, lámparas gigantescas, cortinas, sillones inmensos y divanes nunca vistos por él, y, a un lado, un mostrador brillante, donde varios empleados

conversaban con damas y caballeros o les ponían en comunicación telefónica.

Siguió adelante, entreviendo el gran comedor, chispeante de luces, con un gran número de mesas ocupadas por la «élite» social. Trajes de etiqueta, vestidos fastuosos de noche, relumbrar de joyas...

—Al segundo —dijo al «botones», cuando llegó ante los ascensores, que parecían como joyas que subían y bajaban silenciosamente.

El segundo piso. Entró en el pasillo. A cada lado, puertas lujosas, con un número luminoso encima. Gruesa alfombra sobre el *parquet* encerado. De trecho en trecho, como una rotonda, donde había sillones, mesitas con revistas, jarrones con flores, estuches de metal con cigarrillos al alcance de la mano. Y cogió un puñado de ellos, ya que todo estaba desierto.

Una criada, con lujoso uniforme y cofia, salió de una habitación con una bandeja. Dejó la puerta abierta. Pensaba, volver, sin duda alguna...

Aldo, muy serio y «ocupado», pasó a su lado. Sobre la alfombra se reflejaba la luz que salía de la habitación abierta. Volvió la cabeza cuando comprendió que la criada o camarera ya no estaría. En efecto, el pasillo estaba desierto de nuevo, y la puerta abierta...

Dio un golpecito, por si había alguien dentro. Nadie contestó.

Adentro...

Aquello era suntuoso en grado superlativo. Muebles, adornos, luces...

Sobre una mesita, un bolso de piel de cocodrilo. Olía a perfume fino en aquella estancia, un gabinete. Aldo, deslumbrado, enfebrecido, reseco los labios, contemplaba todo aquello con verdadera temor. Un mantón chino, que valdría... mil dólares o más sobre un sillón. El bolso de cocodrilo, que no iba estar vacío, desde luego. Y aunque así fuese, y valdría sus doscientos dólares. El cierre debía ser de oro. Y una piedra verde, una esmeralda, sobre él. Aquello no era bisutería. ¡Adelante!

Hizo un reguño con el mantón chino, que quedó reducido a un paquetito, que guardó entre, el cuerpo y la trinchera. El bolso lo metió dentro de la cintura, entre el cuerpo y el cinturón. ¿Qué más había?

Dio un paso, dando la espalda a la puerta...

—Bueno, ya está bien...: —dijo una voz de hombre, tras él, en tono zumbón, hiriente.

Se volvió con la rapidez del rayo, sintiendo que todas sus fuerzas se esfumaban y que en su cabeza no había gota de sangre.

Un hombre de mediana estatura, de enormes espaldas, con las piernas muy abiertas, le contemplaba de hito en hito. Tenía cara de «bull-dogg»,

de exboxeador. Nariz aplastada, ojos hundidos, feroces, mandíbula prominente. Y un pecho inmenso, abombado. El lado izquierdo del pecho lo había dejado libre, al apartar la americana, y sobre la camisa tirante vio Aldo una funda de pistola y la culata del arma asomando.

¡Había tomado la delantera a un «gángster»! A uno que iba lo mismo que él...

—¿Qué? —dijo Aldo, balbuciendo, tratando de ocultar entre la trinchera el gran bulto del bolso de señora—. ¿Qué... pasa? ¿Quién es usted?

—Uno de los detectives del hotel, hijo. Has venido a ver esto, ¿verdad? Yo también suelo asomarme de cuando en cuando para contemplar este lujo. ¡Perra vida, que uno no pueda poseerlo, en vez de mirarlo solamente! Anda, deja eso donde estaba —le indicó, con el mentón cuadrado.

Aldo, tiritando, lo sacó y lo dejó donde estaba. Hasta llegó a colocar bien el mantón chino, desarrugándolo. El detective aprobó con un gesto.

—¿Qué edad tienes, hijo? —preguntó después, poniéndose un puro en la enorme boca—. ¿Dieciséis?

—Diecisiete —murmuró Aldo, con voz apenas perceptible—. Pero parece que tenga quince, ¿verdad? —Siguió, para atraerse la compasión del terrible guardián—. Nunca hice esto...

—Ya lo veo. Hay que ser idiota o un niño para intentarlo siquiera. Por eso no te voy a denunciar a la Policía. A veces, esto es peor. Pero te voy a hacer una caricia, muy amistosa, para que jamás se te vuelva a ocurrir volver a las tornas.

Aldo, lívido, intentó zafarse de aquellas manazas espantosas. El hombre sonrió, sin quitarse el puro de la boca. Casi dejó pasar al muchacho por el umbral, pero cuando estaba fuera, de un salto

agilísimo lo trincó por un hombro.

El muchacho no era cobarde. Nunca toleró que nadie le pusiese la mano encima sin él defenderse. Y ante el asombro del detective, disparó su diestra con celeridad y potencia, alcanzando en el enorme mentón a su captor.

—Eso me gusta, chico —reconoció el detective, sonriendo, como si aquel directo na le hubiese llegado alcanzar.

Pero después, Aldo sintió lo que era un puño de boxeador del peso fuerte. Se vio sujeto férreamente en una mano y con la otra... Dos, tres, cuatro directos que le dejaron deshecho, casi privado del conocimiento.

—Nada más, hijo —dijo el detective, realmente compadecido de él, sujetándole cariñosamente—. Vamos, te acompañaré hasta la puerta de servicio. Y mira, piensa que te has librado de la cárcel, porque soy un buen padre y siento verdadero cariño por los niños. He sido «cop», hasta que me retiré. Vas por muy mal camino, te lo aseguro. Alcatraz será contigo si insistes en esto. O quizá la cámara de gas, si es en California donde te juzguen cuando llegues a ser un maldito «gángster».

Bajaron la escalera de servicio, pasando por las cocinas. El detective retuvo a Aldo, que se tambaleaba, quizá más por lo que le había dicho aquel extraño detective que por los golpes recibidos de él.

—Dale una taza de té al chico —dijo a una criada que se disponía a servirse de aquella bebida—. Se ha caído, por la escalera el pobre...

La tomó instintivamente, queriendo reprimir la lágrima de vergüenza y humillación. El detective le miraba sin rencor, como estudiando su rostro y poder averiguar si aquella joven alma podría redimirse.

Salió a la calle. El hombre le hizo un gesto de despedida, muy abierto de piernas y fumando el grueso puro tranquilamente.

A la vuelta de la esquina, Aldo ya no pudo contenerse. Apoyó ambos brazos sobre la fachada de un edificio y rompió a llorar frenéticamente.

Lo que había hecho aquel hombre le escocía más que si hubiese llamado a la Policía y le entregara a ella, o quizá si le hubiese dado un tiro.

Se sintió atrozmente humillado, reducido a un mísero concepto de infantil actor de travesura, al que le dieran cuatro azotes como único castigo, no juzgándole digno de más severo castigo. Toda su «experiencia» de carterista, de ladronzuelo de frutas y otras cosas, de «hombre» que entraba en la vida pegando fuerte y con la fortuna casi al alcance de la mano, estaba derrumbada, reducida a la nada. Había intentado obtener en unos minutos mucho más de lo que percibía aquel «cara de idiota» que pretendía a Giovanna, en todo un mes, y he aquí que, como único «premio» obtenía unos cariñosos (y contundentes) golpes de aquel detective tan humano y sensible.

Alquiló una habitación en una casa de departamentos —un dólar — y se acostó hacia las doce.

Pensó que al siguiente día iría a ver a Bert. Trabajando solo, como carteristas, nunca sería rico. Cualquiera día, un «cop» le echaría mano y sería llevado a un correccional, donde se pasaría varios años sometido a un plan severo de educación y regeneración. Y al salir tendría que mendigar una plaza de listero o de obrero, pero ya con la fama de haber estado en presidio y ser señalado por sus compañeros como tipo del que había que desconfiar. En tanto, Giovanna se habría casado con el «cara de idiota», que ya ganaría mucho más de los ciento sesenta dólares al mes.

Bert le recibió amablemente en la taberna donde acostumbraba desayunar, a la siguiente mañana. Ya había hablado él con el «boss» suyo. Y le mostró un puñado de billetes con gesto de triunfo.

—No he empezado aún a trabajar y ya me ha dado doscientos dólares —dijo, guardándoselos en un bolsillo de la americana—. Como ves, no te engañaba.

Aldo, boquiabierto, le miró con veneración y envidia.

—¿Me dará también a mí doscientos cuando me presentes a él? —preguntó, con timidez.

—Claro que sí. Y ten en cuenta que, como somos novatos, nos dan doscientos; pero los otros camaradas que llevan tiempo con él, cobran quinientos y más. Luego viene el reparto, cuando se ha dado un «golpe». Esto es cosa buena, Aldo. Estamos a sus órdenes, desde luego, y hay que hacer lo que él manda. Algunas veces hay que jugarse el pellejo... Momentos en que uno se ve mal, y mal... Pero habiendo cabeza que dirija y camaradas que respondan, respondiendo uno mismo con disciplina, las cosas son fáciles, ya lo

verás.

Aldo sopesó todo aquello cuidadosamente. Era fantástico que a uno le regalasen doscientos al mes, cuando se estaba mano sobre mano, en espera de órdenes. Con doscientos dólares había diversiones, buenas comidas, buenas bebidas. Y luego, el reparto... Es decir, para poder «echar» coche e ir reuniendo la fortuna anhelada. En pocos años, a retirarse y vivir bien, «decentemente».

—¿Cuándo me vas a llevar a ver a tú «boss»? —preguntó, con impaciencia, a Bert, que fumaba silenciosamente, pensativo.

—Dentro de un rato. Me ha citado a las once y media. ¿Te animas al fin? Es lo mejor que puedes hacer, chico. Dejarás de ser un mendigo...

—Sí, sí, estoy decidido. Que me mande lo que quiera, menos verter sangre. Eso no —afirmó Aldo, con energía. Yo puedo hacer muchas cosas, ya lo sabes. Pero disparar o apuñalar, no.

Bert sonrió irónicamente, volviendo la cabeza. Y pidió dos «whiskys» para ir haciendo tiempo. Fué contándole, con fácil palabra y llena de tonos entusiásticos, la vida del «gángster». Lo fácil que era hacerse rico; el peligro relativo que se corría, si uno era listo y prudente. Cómo las mujeres se arrimaban, cariñosas, cuando la fama se iba creando; el coche, el avión cuando había que viajar; los mejores hoteles o la finca en las afueras, para vivir opulentamente durante los descansos, entre «golpe» y «golpe». Los trajes nuevos, los regalos exquisitos, y hasta las influencias entre las mismas autoridades, como las habían tenido los famosos «gangsters», que intervenían en política y todo, y mangoneaban en las elecciones. Ser buen «gángster» era ser un potentado, un hombre todopoderoso.

Aldo, contenida la respiración, le escuchaba maravillado. No había duda en lo que decía Bert. Había oído hablar de Capone y otros muchos, que habían sido eso mismo: unos todopoderosos, millonarios, dueños de ciudades como Chicago. Y si aquellos hombres, sin haber sido antes nada, llegaron a tales alturas, ¿por qué él no iba a poder ser otro tanto?

—Vamos —dijo, al fin, Bert, levantándose.

Pagó generosamente las bebidas y salieron a la calle.

—Tomaremos un «taxi» —explicó Bert, en tono protector—. Vive en Polk Street, cerca de Casino. Allí es su cuartel general solamente.

Tiene una villa en las afueras que es una maravilla. ¡Y qué chicas están con él!

—¿Cómo un harén, o cosa parecida? —exclamó Aldo, poniendo cara de bobo.

—Casi. Bueno; él cambia, porque no quiere líos ni que se peguen ellas, pero si vieras las que deja para sus hombres cuando él ya no las quiere...

—¡Qué bárbaro! —exclamó Aldo, entre asombrado e indignado—. Pero eso no se debe hacer, hombre... Si yo quiero a una chica, no la abandono ni se la cedo a un amigo. Que me la quite, si puede.

Bert rompió a reír y contempló a su amigo con sorna. Y poco después, el coche se detenía ante una casa de dos pisos, ya antigua, pero cuidada, de aspecto agradable. Bert pagó también el «taxi» y se acercaron a la puerta, llamando él al timbre de una manera especial.

Un ventanillo se abrió y asomó una nariz roja y unos ojos oscuros, escrutadores.

—¡Ah! Bueno, pasad —dijo el hombre que abrió, en mangas de camisa—. ¿Éste es el nuevo camarada? —preguntó a Bert, mientras contemplaba de pies a cabeza a Aldo—. ¡Hum!...

—¿Pasa algo? —preguntó, belicosamente, el muchacho, volviéndose hacia el «gángster».

Aldo sabía que había, que ser así entre los «gangsters». Siempre mostrando los colmillos, como los perros ladrones, aunque pocas veces se llegase a morder.

—¡Oh, no, no! —exclamó el «gángster», fingiendo pánico.

Bert y él rieron después burlonamente.

En el «hall», espacioso, estaban tres hombres haciendo lo que hacen los «gangsters» cuando están desocupados: jugar y beber, y discutir. En mangas de camisa, dejaron por un instante el juego para mirar curiosamente a Aldo.

—Oye, Barry —dijo uno de ellos, grueso, alto, de cara gordiflona, cómica—: me pregunto si esto se va a convertir en una escuela o cosa parecida. Bueno es que tengamos hombres jóvenes, pero críos...

—Son los que empujan, Tony —respondió Barry, sonriendo—. Y procura no enfadar al amigo, porque tiene malas pulgas, ahí donde le ves. Anda, rico, dile a ése, como a mí, eso de «¿pasa algo?».

Aldo optó por aceptar aquel recibimiento irónico. Era natural, siendo nuevo y contando tan poca edad. Lo que hacía falta era, que después le respetasen por sus hechos.

Rieron todos y el muchacho rió también. Bert les presentó a todos y estrechó sus manos. Eran los tipos que siempre vio por el Latin Quarter, por Chinatown y los barrios más extremos.

Pasado un rato, Bert, que se había ausentado, subiendo la escalera que conducía al piso superior, reapareció, alegre la cara.

—Aldo, vamos a ver al jefe —dijo, haciéndole una seña.

Los demás sonrieron, mirándose de reojo.

—Dile que sí a todo, chico —dijo uno de ellos—. Le gustan los higadillos de niño...

Las risas de aquellos hombres sonaban todavía cuando Bert empujó una puerta, no sin dar antes en ella un golpecito suave.

Howard Keely, en pie, con las manos sobre las caderas y las piernas muy abiertas, estaba en medio de la estancia, un despacho-«*living*» bien amueblado. Era una especie de gigante escapado a la marcha de los siglos y quedando como ejemplar único y vivo de hombre de las cavernas. Así lo parecía por sus terribles hombros, arqueados; sus espaldas, su pecho, sus patas.

Y, por contra, su cabeza era muy pequeña, de microcéfalo. El mentón, enorme, bestial, parecía fuese a caer desprendido de un momento a otro, debido a su peso. Allá, en las dos simas que eran las cuentas de sus ojos, brillaban éstos, grises, como dos escorpiones prestos a brincar, agresivos. Y vello por todas partes; saliendo del cuello de la camisa en haces negros, espesos, brillantes; en las cejas, en las orejas, grandes, en forma de abanico; en los brazos de gorila...

—¿Tú eres Aldo, el amigo de Bert? —Keely le tendía la mano, sonriendo, mostrando una dentadura grande, limpia, brillante, con los colmillos prominentes, de animal carnicero.

Aldo pensó que su mano jamás volvería a tener la forma de siempre. Que sería una masa informe, bajo aquella espantosa presión a que fué sometida por la zarpa del «boss». Pero no pestañeó.

—Sí. Y ya te habrá dicho él cuáles son mis condiciones para ingresar —repuso el muchacho, con infinito descaro, mientras temblaba un poco su voz—. Todo, menos verter sangre. No me va,

jefe. Pero puedo servir para todo lo demás.

Keely le miró atentamente. ¿Para qué otra cosa podía servir un «gángster» que no fuese para matar cuando era necesario, bien atacando o defendiéndose? Lo daba el «oficio». Transgredir la ley era exponerse a eso: a recibir cuánto sus valedores les enviasen como castigo.

—Bueno. Siéntate —repuso, al fin, Keely, señalándole un sillón. Bert y él también se sentaron. Bert le miró al «boss», haciéndole un gesto de inteligencia—. Estoy conforme, Aldo. Te evitaré en cuanto pueda toda ocasión de verter sangre. Ya me ha contado Bert lo de tus padres... Es duro, desde luego. Yo soy comprensivo, como irás viendo —disimuló la sonrisa irónica, pasándose una mano por la boca—. También me ha dicho que eres valiente, decidido, aunque muy joven aún. Esto es lo principal, muchacho. Teniendo nervio, y algo en la cabeza, te abrirás paso.

—Puedo hacer de agente de vigilancia sobre los sitios en que se haya de dar un «golpe». Espiar, hacer de enlace. —Aldo se iba sintiendo más a gusto, más expansivo—. Puedo robar lo que le interese...

—¿Cajas fuertes?

—No. Eso no. Pero aprendería. Yo soy listo, jefe. Todo lo que sea, menos que me diga que dispare o apuñale para agredir.

—Y si te atacan... —inquirió Keely, sonriendo—. Levantas los brazos y te entregas, ¿no? Y entonces, ya puedes ponerte delante de mí, te lo aconsejo, cuando salgas de la cárcel.

—¡Yo no hago eso! —exclamó Aldo, indignadamente—. Jamás delataré a mis camaradas. Me han pegado algunas veces, y cuanto más me sacudían, menos hablaba.

—¡Ah! Eso es bueno. Sobre todo para ti, Aldo. La traición entre nosotros es como pedir que te suiciden. Bueno; conformes, chico. ¿Tienes dinero?

—Aunque lo tuviera, debes darme doscientos, como a Bert. Yo no soy menos que él —repuso prestamente Aldo, que se sentía asombrado de hablar con aquella desvergüenza, y más aún de que aquella bestia humana se lo tolerase.

Era muy cierto que entre los «gangsters» había que ser así para hacerse respetar.

Bert y Keely rieron regocijadamente, contemplándole como un

bicho raro, pero agresivo, sin miedo.

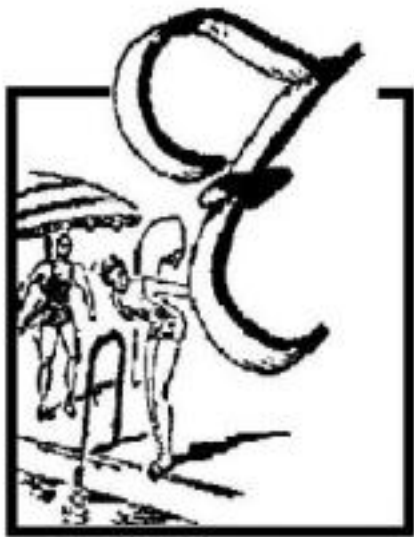
—Pero Bert está dispuesto a hacer lo que tú no quieres, y eso se paga mejor, Aldo —sacó su cartera y contó doscientos dólares, que le entregó al atónito muchacho—. Bueno; para que veas que tengo buenas intenciones contigo. Doscientos. Bert: dale una pistola y municiones —se volvió hacia Aldo, que arrugaba ya el ceño—: Mira, hijo aunque no lo uses para agredir, debes llevarla por si te quieren trincar. Métete bien en la cabeza que un hombre de mí «gang» no se entrega jamás. Antes que eso, muere matando. Póntela bajo la axila y que Tony te vaya enseñando a manejarla. Ahora, vete. Y cuando te ordene algo, obedece a ciegas, sea lo que sea, o no lo cuentas, te lo advierto.

Aldo se vio con una pesada automática bajo el sobaco y con tres cargadores en los bolsillos. También tenía doscientos dólares y era un «gángster». Todo ello en menos de cinco minutos. Ya ganaba más que «cara de idiota» en un mes. Y lo que vendría después...



AVENTURAS DEL F. B. I.
La enciclopedia del
ARTE
EMOCION
VALOR
y AMENIDAD

V



ONY era el segundo del «boss». De mediana estatura, irlandés, su genio era vivo y casi siempre agresivo, pendenciero, como correspondía a su raza. Si a ello se agregaba que era «gángster», que le gustaba el «oficio», se comprenderá perfectamente que su cargo de segundo lo llevara por propios merecimientos. Lo mismo asesinaba a un pobre diablo que no se dejase desvalijar, colmo a un «cop» o a un camarada, si su jefe se lo ordenaba así. El caso era matar. Y cobrar buenas primas y divertirse después. Pero, sobre todo ello, matar.

Aldo aprendió de Tony a sacar la pistola con celeridad y luego a cargarla y disparar aprovechando la décima de segundo en que a veces uno puede salvar su vida o perderla. En el sótano, grande y bien iluminado, disparando sobre sacos terreros, se ejercitó. Tony apreció que era inteligente y no cobarde. Como latino, antes que callar se dejara ahorcar, lo mismo que él, Tony.

Y esto le agradaba.

—Siempre me han gustado los italianos como camaradas —dijo, mientras descansaban, fumando—. Estos anglosajones son tardos, lentos. Reaccionan bien, pero a veces cuando sus cuerpos están convertidos en esponjas a fuerza de balazos. Nosotros, los italianos y los irlandeses, tenemos nervio, fibra, viveza, diablos en la sangre... Acostúmbrate a obedecer y llegarás lejos.

—Lo haré en todo, pero que no me manden matar a una persona —objetó Aldo, tesoneramente—. Si lo hacen, me largo...

—Poco a poco, muchacho —dijo Tony, arrugando el ceño—. Eso de que te largas vamos a darlo por no oído. Esto no es un tajo, donde hay obreros a jornal, que se van si las condiciones de trabajo no les conviene. Aquí estamos todos ligados a todos, y si uno quiere dejarnos, consideramos que nos va a traicionar, cuando menos, cuando no a delatarnos a la Policía inmediatamente. Y ante eso, hijo, pues..., preferimos liquidarlo siempre.

—Si yo me marchó, no delato a nadie, Tony —explicó Aldo, palideciendo—. Yo no soy un soplón, ¿eh?

—Todos dicen eso. Y muchos nos han traicionado. Es nuestra ley, y no haremos una excepción contigo. Keely quiere obediencia, disciplina. Y no pienses en otra cosa que en darle ese gusto. Ya no puedes volverte atrás.

A la hora de comer, Bert y él salieron a la calle para ir a un restaurante cercano.

—Me has engañado, tú —dijo Aldo, en tono rencoroso—. Me obligarán a disparar en cuanto se presente ocasión y eso es lo que yo no quería. ¡Lo dije bien claro!

Bert sonrió despreocupadamente, encogiéndose de hombros.

—Mira: no te pongas pesado con esas delicadezas. ¿Crees que a ninguno de nosotros nos gustó el tener que hacerlo la primera vez? No creas que tú eres el único que ha tenido delicadeza en ese aspecto. Y, sin embargo, después se convierte en costumbre y hay algunos que hasta lo echan de menos cuando pasa el tiempo sin tener que liquidar a alguien. Tony mismo...

Aldo se estremeció. Jamás entraría por aquello. Incluso mataría al que quisiera obligarle a matar, eso es. Y guardó silencio, porque no se fiaba de Bert, que estaba encantado de pertenecer al «gang». Pero, desde luego, él haría algo para evitar que sus manos se

tiñesen de sangre, y menos aún de personas que ningún mal le habían hecho.

—No seas cándido, Aldo, y acomódate a esta vida, que está muy bien, por otra parte. Ya ves, ahora vamos a dar un buen «golpe». Habrá miles para cada uno. Tony me lo ha dicho.

—¿Qué es lo que vamos a hacer? —preguntó a Bert, mientras movían el azúcar de la taza de café, después de la comida.

—Keely se ha enterado de que ha llegado al Federal Reservé Bank una partida de lingotes de oro, de los de acuñación de moneda, y billetes nuevos para la circulación. Y vamos a ir por todo eso.

Aldo le miró con gran asombro. ¡Asaltar nada menos que el Federal Reserve Bank!

—Igual que otro cualquiera —murmuró Bert, al ver su asombro—. Tenemos especialistas para abrir las cajas fuertes. Con nitroglicerina se tardan veinte minutos. Hay poco riesgo.

—Pero creo que hay timbres de alarma y no sé qué de células fotoeléctricas. Eso lo tienen ya en los almacenes y joyerías importantes —explicó Aldo preocupadamente.

—¿Y qué? Se desconectan o destruyen, y a otra cosa. ¿Crees que vamos a ir como idiotas, para meternos en la boca del lobo? Keely y Tony llevan más de un mes planeando el golpe y saben lo necesario para no fallar.

—¿Cuándo se hará eso?

—Quizá ésta misma noche. Ha de ser de noche, cuando no estén más que los serenos de vigilancia.

—Y ¿te parece poco eso? Entre los timbres, las células y los serenos, ¡a ver quién entra!

—Pues nosotros, no seas idiota. Cuando tú robas una cartera, ¿no cuentas con la posibilidad de que la víctima se dé cuenta y te atice un directo o te lleve a la estación de Policía? Y, sin embargo, lo haces...

Aldo recordó sus recientes fracasos, que mantenía en secreto, y que le habían decidido a abandonar el «arte» del «pickpocket» considerándolo antieconómico y muy peligroso.

Volvieron a la casa del «boss». Y hallaron en el gran «hall» a todo el «gang» reunido alrededor de una mesa, donde Keely había extendido varios planos groseramente dibujados, de algunas

dependencias del Federad Reserve Bank.

—La entrada al edificio está asegurada —dijo el «boss», dirigiéndose a sus diez hombres—. Se hará por la azotea. Allí hay una cabina, donde están instaladas las poleas de los ascensores. Tenemos una llave de la pequeña puerta de acceso, que da a la escalera de servicio, que usan los mecánicos que engrasan y reparan estos ascensores.

—Y ¿cómo subimos a la azotea del edificio? —preguntó uno de los hombres.

—Por la escalera del edificio contiguo, hasta su azotea. De una a otra hay un muro de tres yardas de altura. Nada de particular. Yo he estado allí ya tres veces y nadie me ha salido al paso. Esa casa es de departamentos para oficinas y constantemente hay muchas personas subiendo y bajando. Al anochecer, los que vayamos a forzar la caja blindada debemos escondernos en la cabina de las poleas de los ascensores y esperar allí a que sean las once de la noche. Bajamos después, y al trabajo.

—¿Cuántos serenos hay en el edificio? —preguntó el otro.

—Cinco. En cada planta hay uno. Van armados con pistola. Pero nosotros no tendremos que entendernos, si acaso, más que con el de la cámara donde se guardan los lingotes. Es fácil, muchachos. Todo está previsto.

—¿No hay esas células fotoeléctricas y timbres de alarma? —preguntó Aldo con vos temblorosa.

Todos se volvieron para contemplarlo curiosamente.

—Claro que sí, hijo —repuso, sonriendo, Keely—. ¿Te asusta eso? Es de lo más inocente, por si no lo sabías. Basta no cruzar la raya invisible de rayos.

—¿Y tú sabes dónde están? —insistió Aldo.

Una carcajada general, acogió sus palabras.

—Sí, nosotros no nos preocupamos de esas cosas, hijo —contestó, riendo aún Keely, de buen humor—, ¿nos íbamos a meter en esa aventura? Es como si tú no tuvieras manos y quisieras dedicarte a robar carteras. Es lo primero que necesitamos saber, y ya se sabe. En este plano está indicado. Hay que bajar al sótano y allí está la cámara acorazada.

—Ahora, vamos con la distribución del trabajo —siguió Keely—. Tú, Tony, vas a mandar el grupo de protección, en La calle de

Sansome y en la de Sacramento. Si algo nos sucede a los que vamos a dar el golpe, vosotros impediréis que lleguen los «cops» en auxilio de los serenos.

—¿Cómo? —preguntó Aldo arrugando el ceño.

Keely hizo un gesto de impaciencia y los demás sonrieron compasivamente.

—Regalándoles pastillas de «chiclet», caramelos... —respondió el «boss» burlonamente. Los «gangsters» rompieron a reír.

Aldo sonrió. No le importaba que aquellos hombres se rieran de él. Lo que le sacudía de horror los nervios era que existía el propósito en ellos de emplear la fuerza, de verter sangre, si hacía falta. Asesinarían a los serenos a puñaladas, con toda seguridad. Y si había alarma, ya lo sabía. A tiros con la Policía, protegiendo la retirada los compañeros que estuviesen en el Banco.

—Conmigo vendrán seis hombres. Otros seis componen el grupo de protección. Bert y tú, Aldo, a las órdenes de Tony, en la calle. Sois novatos y allí dentro no haríais nada práctico. ¿Está preparada la nitroglicerina, Diamond?

—Sí, jefe —dijo un hombre que llevaba las manos enguantadas.

—¿Y los sacos para transportar los lingotes? ¿Y las «Thompson»? ¡A engrasar bien las armas, muchachos!

Todos sacaron sus pistolas y las desarmaron, engrasando y limpiándolas cuidadosamente. Igual operación hicieron otros con las «Thompson». Aldo hubo de hacerlo con su pistola, encogido el corazón. No había escape...

Keely y Tony examinaban ahora un plano de la ciudad, señalando estudiando sobre él los accesos a las calles Sacramento y Sansome, que eran vías de mucho tráfico, cerca de Market Street, la principal de la ciudad.

—De manera —dijo quedamente Aldo a Bert, que estaba armando su pistola y haciéndola funcionar, después de engrasada y revisada— que nosotros nos hemos de entender con la Policía si hay peligro, ¿verdad? Con caramelos...

—Claro que sí. Es estupendo, Aldo. Mejor que ir al Banco y entendérselas con los serenos. Ellos tendrán que «dormir» al sereno del sótano, y si se pone tonto... En cambio, nosotros no tendremos que intervenir, porque el «golpe» saldrá bien y no tocarán las sirenas de alarma.

—Suponiendo que salga bien —gruñó Aldo—. ¿Y si sale mal y se nos echa encima la Policía?

—Entonces, amiguito, a dar la cara. Para eso nos pagan. No hay que dejar abandonados a los camaradas que estén en el Banco. Mientras huyen, nosotros, ya sabes... a tiro limpio.

—¡Pero yo no quiero eso, Bert! —exclamó, sofocadamente Aldo, con los ojos llenos de lágrimas—. ¡No quiero matar! ¡Lo he dicho muchas veces! ¡No me pueden obligar a hacerlo! ¡Malditos, que me habéis engañado!

—Oye, calla, calla —contestó Bert asustado, mirando a los otros «gangsters» que charlaban y bebían—. No se te ocurra protestar, porque te liquida el mismo Tony si les vas con esa monserga. Eres idiota, chico... Piensa que yo te he presentado al jefe y que he de responder de ti, ¿sabes? ¡Me tienes hartado ya, de tanto quejarte como una señorita del Ejército de Salvación! ¡Calla y obedece, que alguna vez habías de ser un hombre!

—¡Maldito seas tú, con tus engaños y promesas, para meterme a asesino! ¡Eso ya lo hubiera sido yo, si lo hubiera querido! —Las lágrimas rodaban por sus mejillas, hipando al mismo tiempo—. No te das cuenta de que soy un... niño, en medio de todo. Bert, soy un niño... Vi morir a mis padres, empapados en sangre, Bert. Diles que me dejen aquí, para vigilar, para lo que sea...

—Vete de mi lado, Aldo, o te denuncio a Tony como traidor —murmuró entre dientes Bert—. Vete de mi lado, anda. Que no supongan que yo también tengo miedo. Eres capaz de quitar los ánimos a cualquiera.

—¡No tengo miedo, canalla! —exclamó Aldo rabiosamente—. ¡Sería capaz de matarte de una paliza! ¡Lo que no quiero es verter sangre de gentes que no me han hecho ningún mal! ¡No quiero ser un asesino! ¿No me entiendes, di?

Bert se levantó de su silla y se alejó huraño. Aldo también se marchó del «hall», entrando en un gabinete que estaba desierto. Se sentó en un sillón y se limpió las lágrimas que corrían por sus mejillas. Llevaba ya la pistola encima, con su funda y los tirantes, bajo la axila. Una pistola enorme, del «45», que pesaba mucho. En los bolsillos, seis cargadores. Y un cuchillo de estrecha y afilada hoja, metido entre el cinturón y el pantalón. «En pie de guerra», como decían los otros.

Estuvo sentado allí, fingiendo dormir, mientras los «gangsters» jugaban a las cartas, aunque no bebían, por prohibición de Keely. Bert también jugaba, muy tranquilo. Aunque él lo negaba, Aldo suponía que ya había cometido algún asesinato.

A las cinco, Keely bajó al «hall» y dio sus últimas órdenes a Tony, que se quedaba con el grupo de protección. Y salió con sus seis hombres, que portaban unos maletines extraños. El coche, en la calle, sonó al arrancar.

A las diez y media, Tony ordenó la marcha. Cada cual llevaba su armamento. «Thompson», pistolas y cuchillos. Y las órdenes, el proteger, si fuera preciso, la retirada de los camaradas que entraron en el Banco. Había que quedarse hasta que los de dentro del Banco saliesen libres, hubiese o no peligro.

Otro coche esperaba en la calle, y a él subieron los seis hombres rápidamente.

A prudente velocidad, para no llamar la atención, el coche llegó a las inmediaciones del Federal Reserve Bank, en Sansome Street, esquina a Sacramento. La mole de piedra del edificio aparecía sombría en la noche sin luna. Todavía era la circulación intensa aunque desde hacía rato estuviese disminuyendo. Brillaban a la luz de los focos eléctricos las ocho columnas de granito de la fachada principal. Todas las ventanas estaban sin luz y daba la impresión de que el caserón estuviese vacío, como abandonado.

En Sansome Street, como a unas cincuenta yardas, el coche se detuvo.

—Dos de vosotros, tú Bert, y tú... Aldo, en la esquina aquélla, al lado del bar Vergara. No quitéis ojo al edificio. Veréis la puerta de servicio al lado de la escalinata principal. Si hay alarma, Bert, ya sabes. Hay que contener a la Policía para impedir que entre en el Banco. Si nada pasa, quietos y no inspiréis sospechas. Tú, Eddie, y tú, Burns, a la esquina con Sacramento. Estad al lado del «cine» aquél, leyendo un periódico, sin quitar ojo a la puerta de servicio de Sacramento. Si ocurre algo, ya sabéis. Que nadie entre mientras los nuestros estén allí. Tú, Beale, conmigo.

Se bajaron del coche despacio, dejando transcurrir unos segundos entre pareja y pareja. Bert y Aldo cruzaron la calle lentamente y fueron a situarse ante la puerta del concurrido bar Vergara.

—Ahora, a esperar que salgan los camaradas —dijo Bert tranquilamente, ofreciendo un cigarrillo al joven que lo aceptó con mano temblorosa. Bert, al observar su inquietud, sonrió burlonamente.

—Bueno eres tú para un caso de apuro —dijo despectivamente—. Bueno; te advierto que como haya jaleo y no cumplas, te meto una bala en la cabeza, ¿eh?

—O yo a ti —replicó fieramente Aldo—. Sé lo que he de hacer. Me has engañado y esto no te lo perdono mientras viva. Ya puedes andar listo si el que falla eres tú.

—¿Qué quieres decir? —preguntó irritadamente Bert—. ¿Vas a traicionarnos si ocurre algo, disparando sobre mí o los camaradas?

—Yo no he dicho eso. Solamente que no he venido a matar a nadie. Y que dispararé sobre ti si intentas algo contra mí. Nada más que esto.

Pasó un rato. Tony paseaba con el gigante Beale por la acera de Sacramento, hablando tranquilamente, como si fuesen dos amigos enfrascados en una discusión. Se acercaron a Bert y Aldo, que estaban charlando también.

—Ya deben estar metidos en la faena —dijo Tony, sonriendo mientras pasaban a su lado—. Atención a la puerta de servicio...

Bert fue a hablar a Tony, pero ante una mirada terrible de Aldo calló.

—Di, algo y te liquido, canalla —murmuró Aldo, con voz queda—. Ya sabes que contigo lo hago. Que te puedo... Tú eres un asesino cobarde, cobarde. No te pondrías delante de mí con un cuchillo... Sabes que por una vez, aunque no me guste, vertería sangre, la tuya...

Bert, muy pálido, se separó de él. En verdad, temía a Aldo. Algo de salvaje había en el muchacho que le imponía a Bert, haciéndole sentir auténtico pánico hacia él.

La otra pareja, Eddie y Burns, estaban a la entrada del cine, como si esperasen que saliese alguien o esperando la llegada de unos amigos para entrar todos juntos.

Tony y el gigante Beale estaban parados ante la puerta de Sansome. Los transeúntes iban ya escaseando. Los coches pasaban, igualmente, más de tarde en tarde. Ningún «cop» estaba por las cercanías y esto le tranquilizaba a Tony.

Bert se acercó a Aldo.

—¿Ves cómo no pasa nada, idiota? —El acento de Bert era amistoso, protector—. Bueno, yo también tenía cierto temor de que hubiese jaleo, no lo niego. Pero Keely sabe mucho de esto.

Miraron ambos la puertecilla de servicio y las ventanas del edificio con ansiedad. Tony se acercaba de nuevo a ellos, haciendo la ronda, con Beale a su lado, que fingía leer un periódico mientras caminaba.

—Todo va bien, chicos —les dijo con voz queda, sonriendo—. Tal vez ya no tarden. Ojo a la puerta...

Se alejó mientras cambiaba algunas palabras con Beale, que le señalaba el periódico y le hacía detenerse. Rieron ambos, como regocijados por algún chiste del diario.

Las once y media Bert se acercaba a Aldo para luego separarse, nervioso, fumando constantemente.

—Parece que van tardando —observó quedamente—. Yo no sé lo que llevará de tiempo todo eso...

Aldo se encogió de hombros. Tampoco tenía idea de lo que puede llevar de tiempo volar una puerta de cámara acorazada de un Banco como el Federal. Sin duda sería una mole terrible de grande, con una pared de una yarda de gruesa, o cosa así. Dar con la clave que la abría, si se podía... Desde luego, una cosa como para poner los pelos de punta, que no se haría en un rato ni mucho menos.

Tony estaba con su compañero Beale, quietos en la esquina, metidas las manos en los bolsillos de las trincheras. Eddie y Burns, ante la puerta del cine, estaban igualmente quietos, como centinelas. No se preocupaban ya de disimular los cuatro. La ansiedad y la inquietud les invadían en grado creciente. Deberían saber que una operación como aquélla no era tan sencilla y que incluso podría ocuparles horas; pero era imposible resistir prolongadamente una espera larga, sin saber lo que dentro pasaría.

La calle de Sacramento y la de Sansome parecieron, repentinamente, como sacudidas por un terrible sufrimiento, cual seres vivientes atormentados, al comenzar a aullar ferozmente, con potencia espantosa, varias sirenas desde diversos puntos del edificio, incluso la azotea. Era un trémolo rápido, del más agudo al ronco de una sirena de barco de gran porte. Y a aquel ulular se unió un repiqueteo de timbres enormes chillando en un mismo tono

acuciante, imperioso.

Aldo se recostó contra la pared, lívido de terror. Bert dio un salto mientras blasfemaba, metiendo la mano en el pecho. Tony y Beale saltaron igualmente, como sacudidos por una descarga eléctrica, acercándose a la pared. Y Eddie y Burns se separaron, agitando los brazos, hablando fuerte. Aturdía el ruido de las sirenas, potente, imperioso, machacón, subiendo y bajando el diapasón. Y los timbres, perforando los oídos con su agudo repiqueteo.

Varios transeúntes se detuvieron, asustados, contemplando el edificio del Banco. Unos coches se pararon y sus ocupantes bajaron de ellos, gritando excitadamente.

—¡Vamos, tú! Hay que dar la cara... —gritó Bert, sacando su pistola.

Enfrente, Tony esgrimía ya su «Thompson», que había sacado del coche. También la tenían Beale, y Eddie, y Burns...

Otra sirena, más débil, sonó hacia Sacramento, lejos aún. Y otra, aún más débil, pero acercándose rápidamente. La Policía se acercaba ya a toda velocidad. Indudablemente, una línea de conducción de alarma, eléctrica, unía al Banco con la próxima estación de la Policía. Al sonar la alarma en el Banco, sonó al mismo tiempo en la Estación.

—¡Fuera gente! —aulló Tony, amenazando con su «Thompson» a los curiosos—. ¡Fuera o abraso! ¡Fuera! —Disparó una corta ráfaga sobre dos coches, que salieron a toda marcha, enloquecidos los ocupantes. Los transeúntes, igualmente aterrados se alejaron gritando.

—¡A los portales! —gritó Tony—. ¡Y fuego sobre los coches de la Policía!

Las sirenas y timbres sonaban espantosamente, incansable, llenando las dos calles de terror. En los pisos de las casas, muchos vecinos se asomaban, para luego meterse precipitadamente cuando alguno de los «gangsters» apuntaba con su «Thompson». La gente que había en el bar trataba de salir gritando, pero Bert, rugiendo de pánico, intentando imponer el terror, les apuntaba con su pistola.

—¡A tierra! —gritó Tony, cuando uno de los coches de la Policía se acercó—. ¡A los portales! ¡Dad gusto al dedo!

Cuatro «Thompsons» lanzaron a la vez su lluvia de balas sobre el coche de la Policía Metropolitana cuando éste se acercó. Aldo se

encogió, llorando de miedo y de horror, metido en el quicio de un portal. Vio cómo las balas se estrellaban contra el «capot» del coche, el parabrisas, y se producía una explosión horrrisona. Una enorme llama azul brotó del motor.

Siete policías saltaron a tierra, gritando de espanto. Pero otra lluvia de balas les abatió, como segados literalmente, cayendo a tierra heridos o muertos. El coche, ardiendo en mitad de la calle, daba una claridad tremenda a la escena. La gasolina incendiada se había corrido a los cuerpos de los «cops», que también comenzaron a arder velozmente.

Las sirenas parecían querer avisar del terrible peligro a los otros coches que llegaban a toda velocidad.

—¡Fuego! ¡Sin compasión! —gritó Tony, saltando de un portal a otro, seguido del gigante Beale, cuyo rostro bestial sonreía de gozo.

Aldo se fué escabullendo. Bert se incorporó a Tony, cruzando la calle con grandes saltos. Y disparó también cuando el segundo coche se aproximó, saltando los agentes a la calzada. Otros dos coches más llegaron y a lo lejos las sirenas de varios avisaban truculentamente su acercamiento. Un fragor terrible de ametralladoras, ahora también las de la Policía y las «Thompson», unidos a los timbres y las sirenas del Banco, hacían parecer aquello como una escena dantesca. Siete piras humanas lanzaban altas llamas rojas, en medio de la calle, y el coche mismo, ardiendo su interior, se retorció como si tuviese vida.

Aldo se alejó, saltando de portal en portal. Lloraba como lo que era: un niño desgraciado a quien la vida le estaba enfrentando con vicisitudes y experiencias excesivamente duras para su comprensión y decisión para sortearlas.

Bien claro comprendía, eso sí, que el ser un «gángster» era también algo muy superior a sus fuerzas, a su manera de ser y a sus sentimientos. Allí se estaban matando unos hombres con una crueldad espantosa. La sangre regaba el pavimento de la calle. La sangre, a la que él tenía un horror indescriptible. Sin ella, los «gangsters» no tenían razón de existir. La vertían para conseguir sus designios. La hacían verter a sus enemigos por querer imponer su voluntad criminal. Todo alrededor de ellos giraba sobre la violencia, el crimen, el derramamiento de sangre.

Ya estaba algo lejos del lugar de la acción. Aullaban todavía las

sirenas y los timbres de alarma del Banco. Sonaban las descargas de los «gangsters» y las de la Policía, empeñados en una verdadera batalla.

Cuando quiso correr más, entre el público curioso que contemplaba prudentemente aquella refriega, refugiado tras las esquinas y portales, un «cop» quiso detenerlo, precisamente porque corría y porque Aldo estaba lívido de horror, espantado.

—¡Alto! —le gritó, sacando su «Smith & Wesson» del bolsillo trasero del pantalón—. ¡Levante las manos!

Aldo llevaba encima la pistola, en la funda, bajo la axila. No podía entregarse. Varios hombres le miraron con fijeza y encono. Presumían, como el agente, que era uno de los pistoleros que trataba de escapar.

Loco de terror, emprendió una carrera desesperada, apartando a los curiosos con violencia de hércules. Gritaron tras él y dos disparos sonaron seguidos. Corría él como un corzo perseguido por la jauría. Otros dos disparos del «cop» y sus gritos, mezclados con el ruido atronador de las sirenas del Banco, en angustiosa llamada, respondida por las sirenas de los coches patrulla de la Policía y las descargas de «Thompson» de los «gangsters». Corría, corría por Sacramento Street...

VI



UANDO dejó muy atrás a sus perseguidores, halló en Broadway Street un «taxi», al que subió, dándole la dirección de Polk Street. El coche arrancó seguidamente a buena velocidad. El taxista estaba alarmado por el ruido de las sirenas del Banco y las detonaciones de las ametralladoras, y preguntó a Aldo si sabía qué era todo aquello.

—Creo que hay «gangsters» en el Federal Reserve Bank y los ha pescado la Policía —respondió el joven, sacando un cigarrillo y encendiéndolo con aparente tranquilidad.

—«Gangsters»... —comentó el taxista, moviendo la cabeza—. No los habría si me dejaran ocupar el puesto supremo de la Policía durante veinticuatro horas ¡Pena de muerte a todo maleante! Lo mismo al carterista que al que asalta Bancos o negocia con drogas... «Gángster» que cayera en mis manos, directo a la silla, o a la cámara de gas, o a la horca. ¿No es verdad, amigo?

—Sí, sí —contestó Aldo con voz trémula—. Desde luego.

—Si se mata a un perro rabioso, y eso que es un animal

inconsciente y más inconsciente porque esté rabioso, enfermo, ¿por qué no se ha de liquidar a un hombre que sabe lo que se hace y que roba, arruina con las drogas y asesina? ¡Que vivan solamente las personas honradas, qué diablos!

—Sí, sí... —afirmó Aldo con voz aún más temblona—. Desde luego... Y pare, haga el favor.

El taxista siguió su indignada perorata cuando Aldo se alejó. Estaba en Polk Street, la calle donde radicaba el cuartel general de Keely. Todavía se oía el alarido de las sirenas del Banco y, débilmente, el ruido de las descargas de las «Thompson». Debían pelear como fieras, lo que eran, Tony y aquellos otros asesinos.

Se metió en un bar, cuyos clientes se asomaban a la puerta, comentando animadamente el origen de aquel ulular de las sirenas y las detonaciones.

Se metió en uno de los «W. C.» cuando sus nervios se tranquilizaron un poco. Sacó de la funda la pistola y la contempló largamente. No la había usado. Ni la usaría nunca, y menos contra personas que no hacían daño a los demás.

Pensó ahora en que tendría que volver al cuartel general de Keely. Alguno de ellos habría logrado salvar su vida, tal vez el mismo Keely. Si no lo hacía, le considerarían como traidor, cobarde y hasta tal vez «chivato», denunciador ante la Policía. Sería vigilado por Keely, y cuando dieran con él lo liquidarían por desertor. Era forzoso volver, seguir con aquella vida...

Pero su arma estaba sin disparar siquiera. Tal vez Keely, o Tony, le preguntarían dónde se metió, cómo escapó de la refriega, qué hizo. Y hasta examinarían la pistola, para ver si había sido disparada, si ayudó a los camaradas contra la Policía. Si comprobaban que no lo había hecho, su vida correría un peligro inmenso. Desertor ante el enemigo.

Del cargador del arma sacó una bala. Y con ayuda de la navaja y los dientes extrajo de la cápsula el proyectil blindado. Vertió después un poco de pólvora en la boca misma del cañón del arma y la prendió fuego con una cerilla. Ardió sin ruido la pólvora, con una pequeña llama, y dejó la mancha blanquecina y el olor peculiar. Después metió el cargador en su sitio. Llevaba encima tres más, que guardó en un bolsillo de la trinchera.

Cuando salió a la calle, ya casi desierta, cerca de la una de la

madrugada, no se oían ni las sirenas del Banco ni las detonaciones.

En la boca de una alcantarilla arrojó los tres cargadores de balas de la pistola. Y a paso firme se acercó al 239 de la calle misma.

Le abrió Tony, cuyo rostro aún revelaba la ferocidad con que había combatido. Tenía una pistola en la mano y sonrió burlonamente al ver al muchacho.

—¡Caramba! —exclamó—. Ya creíamos que te habían tumbado o estabas en manos de la Policía. ¿De dónde sales?

—¡Bueno! —exclamó Aldo, jadeando, nervioso, con la mirada asustada—. Por milagro pude escapar...

En el «*hall*» estaban Bert, y Eddie. Todos sonrieron al ver a Aldo.

—Para ser la primera vez no ha estado mal, ¿eh? —preguntó Eddie dándole una recia palmada en la espalda. Bert le miró rencorosamente. Seguramente que era el único que sabía que había desertado. ¿Iría a denunciarlo ahora?

—¿Y el jefe? —preguntó Aldo con inquietud—. ¿Qué ha pasado?

—Se ha salvado. Pero Beale y los que iban con Keely han sido liquidados —respondió, sombríamente, Tony—. A ver qué nos dice el jefe cuando venga. Está dando vueltas con el coche, despistando a la Policía. ¡Maldita sea, fracasar en un asunto como ése! ¡Millones de dólares!

Sonaron unos golpes en la puerta, dados de forma especial. Tony cogió de nuevo, la pistola y entreabrió la puerta.

—Soy Keely —dijo el «boas», con voz alterada—. Abre, idiota...

Entró con paso nervioso. Tenía la trinchera manchada de sangre, de grasa, rota. El rostro, feroz, igualmente manchado de sangre.

—Trae «*whisky*» para el jefe, tú —dijo Tony a Bert—. Toma un cigarrillo. ¿Has conseguido burlarlos?

—Sí. He dejado el coche en el garaje. Prince lo esconderá, me ha dicho. ¿Y vosotros? ¿Dónde está Beale? —Miró a su alrededor, como recontando a sus hombres.

—A estas horas, en la Morgue, heladito —replicó, riendo, Tony—. No te apures, Howard. Lo principal es que hayas escapado tú.

Aldo, en un rincón, sentado en una silla, sintió náuseas al ver la obsequiosidad y adulación de Tony por Keely, y, por otra, el desprecio que hacía de los camaradas muertos dentro del Banco. Como si hubieran sido viles ratas...

—¿Y tú, muchacho? —dijo después el «boss», mirando fríamente

a Aldo—. Has andado listo para escapar, ¿eh? ¿Has venido con todos en el coche?

—No pude acercarme a ellos —dijo Aldo en tono que quiso fuera firme—. Vine como pude.

—Pero ¿has luchado? ¿O no has hecho más que huir? A ver, dame tu pistola, si la tienes.

Aldo se la entregó mientras palidecía. Los demás le miraron severamente. Si encontraban señales de que no la había usado...

Keely olió la boca del cañón del arma. Sonrió más amistosamente.

—¿Disparaste hasta no dejar ni un «poli» a tu alrededor? —siguió preguntándole en tono de zumba. Los demás «gangsters» rieron.

—No me quedaron más balas que las que hay en ese cargador —respondió Aldo seriamente. Y se vació los bolsillos de la trinchera y del traje. Sus camaradas reían socarronamente.

—Bueno, bueno, Aldo —dijo Keely, mirándole fijamente—. Ya eres todo un hombre. Ahora no puedes volverte atrás aunque quieras. Habrás visto que eso de disparar es como empezar a comer, ¿eh? ¿Tumbaste a alguno?

—Sí creo que sí... —replicó Aldo, baja la mirada. Bert rió mientras volvía la cabeza a otro lado.

—Bueno, que, dinos qué es lo que pasó dentro del Banco —preguntó Tony suavemente. Todos se sentaron alrededor del «boss», que había fruncido el ceño—. Esperábamos que todo fuese bien, después de las precauciones que tomaste.

—Todo iba bien, pero el maldito instalador de las señales de alarma no me dijo algo que era muy importante. Tal vez lo ignorase él mismo, pero eso lo vamos a ver. Si me ha engañado, más cuenta le tiene suicidarse... Me sacó cinco mil por informarme de todo cuanto se relacionaba con esas instalaciones secretas. Yo llevaba en el plano dónde había que cortar los interruptores de corriente y conforme bajábamos del tejado lo hacíamos.

—¿Y los serenos? —preguntó Tony.

—Los fuimos liquidando conforme bajábamos. Luego ocurrió otra cosa... El caso es que llegamos hasta el sótano donde estaba la cámara blindada. Daba miedo verla, al otro lado de la reja... Todo, hasta el piso, es de acero. Al fondo, el enorme círculo de la puerta.

Pero hasta llegar allí, había que franquear la verja, con unas barrotes que tendrían tres pulgadas de grueso, desde el techo hasta el piso. Tenía una cerradura pequeña, la maldita.

—Y os encontrasteis con las células fotoeléctricas...

—No, no. La pasamos, porque estaba marcada en el plano. Pasamos por debajo de la franja de rayos. Fué cosa fácil. Pero en cuanto tocó Russell la cerradura y unos barrotes, para hacerla saltar con la nitroglicerina... Aquello fué horrible, palabra.

Los «gangsters» escuchaban anhelantes a su jefe, que estaba pálido.

—¡Tenía toda la verja una instalación maldita de alta tensión! Russell fué impulsado hacia atrás lo menos diez yardas, ardiendo como la yesca, carbonizado. Y ocurrieron cosas, cosas. Que brotaron de los barrotes unos chorros o haces de llamas enormes, que nos hicieron correr más que aprisa, y que unas sirenas, que ignorábamos existiesen, así como unos timbres grandes como platos comenzaron a meter un ruido horrible, volviéndonos locos.

—Te la jugaron, jefe —dijo Tony, dando un puñetazo sobre la mesa—. A ese que te informó hay que enviarlo al infierno. No podía dejar de ignorar que existiesen esos dispositivos de seguridad.

—Pues no lo sé. Yo pienso que los del Banco no son idiotas y que los trabajos de instalación de alarma no los hizo una sola entidad ni unos técnicos ni obreros solamente. Darían esos trabajos a varias casas especializadas, unas después de otras, para que así ninguna supiera por completo el secreto de esos aparatos de alarma. Es lo que haría yo. Brettons me dijo lo que sabía solamente. Y todo fue bien de lo que yo llevaba marcado en los planos. Al llegar a la verja...

—¿Y lo otro que decías? —preguntó Tony.

—Pues que había muchos más serenos de los que creían: Todo fue sonar las sirenas y timbres comenzar a salir hombres no sabíamos de dónde. Yo creo que habían doblado la vigilancia con motivo de estar los lingotes de oro en la cámara blindada. Tuvimos que hacer frente a quince hombres armados con bombas lacrimógenas, ametralladoras y rifles que soltaban unas balas como nueces de gruesas.... ¡Maldita sea, en qué trampa caímos!

—De la cual solamente pudiste escapar, ¿no? —dijo Tony, sonriendo con malicia. Los demás hombres se miraron

sombríamente—. Y nos quedamos sin ese oro, que era lo más interesante.

—Hicimos lo que pudimos, oye —contestó, agriamente Keely—. Me hubiera gustado verte a mi lado, y a todos vosotros.

—También hicimos lo nuestro, jefe —dijo Burns, en tono agresivo—. Por proteger vuestra salida más de cien agentes nos rodearon y todavía no sé cómo pudimos escapar de aquel infierno. Yo digo que las cosas hay que pensarlas mejor. Siete camaradas han pagado con sus vidas este fracaso, y, como dice Tony, nos hemos perdido una gran ganancia. Yo digo que...

—¡Tú no dices nada más, mala bestia! —rugió Keely, levantándose y cogiendo por el cuello al «gángster» y manejándole como si fuese un chiquillo. Keely, tan parecido a un gorila, tanto por su enorme cuerpo, todo músculos inmensos, como por su rostro bestial, causaba verdadero terror.

—Déjalo, jefe —dijo Tony, interponiéndose para que Burns no fuese despedazado entre aquellas manazas enormes—. Otra vez será, qué diablos... Ahora lo que hay que hacer es buscar otra cosa y pasar unos días quietos. Es de suponer que el

F. B. I.,

tomará cartas en el asunto, ya que el Banco es oficial, del Estado. No es flojo lío, no.

—Si alguien está descontento conmigo, que lo diga —gruñó Keely, mirando a sus hombres uno por uno—. Yo hice lo que parecía mejor. Ya sabéis que no soy impulsivo ni me gusta meteros en líos por capricho. Pero o me han engañado o aquel que me informó no lo sabía todo.

Los hombres de Keely no recogieron el desafío de su «boss». Pero en sus rostros se reflejaba claramente su disgusto ante el fracaso de aquel golpe, mediante el cual contaban recibir una cantidad considerable.

Keely fué a buscar a su despacho un gabán, aseándose después. Bajó al «hall», donde los «gangsters» permanecían sentados, fumando y bebiendo silenciosamente. Aldo, separado de ellos, los examinaba con preocupación. Pensaba de qué medio se habría de valer para abandonar aquel «gang» de asesinos.

—Voy a mi casa —dijo Keely a Tony—. Estoy derrengado y quiero ver a Lucy —sonrió con picardía—. Si hay algo me

telefoneas. Vosotros permaneced aquí. No es conveniente salir ahora, por si los del

F. B. I.

—¿Cuándo volverás? —preguntó Tony.

—Mañana por la mañana, hacia las once. Voy a hablar con March por si hay asunto en las drogas. Me dijo que me ocupase de ello, pero no acepté por este asunto maldito que ha fallado. Hasta mañana.

—Hasta mañana —repuso Tony, abriéndole la puerta obsequiosamente.

Burns, cuando salió el «boss», se desperezó. Bebió de un trago una copa y exclamó con ironía:

—Bueno, ahora nosotros aquí encerrados, y el jefe de juerga con su amiguita. Él tiene mucho dinero y su fracaso no significa casi para él. A nosotros...

—Cuando seas «boss» podrás hacerlo —repuso sonriendo Tony—. Ahora hay que aceptar las órdenes.

—Está bien. Tony, pero eso no es justo —objetó Eddie con apasionamiento—. Hemos expuesto nuestras vidas por algo, ¿no? Pues que se nos pague una cantidad. Bastante hemos perdido con ese fracaso.

—Eso es verdad —afirmó Bert, encogiéndose de hombros—. Con trescientos al mes no hacemos nada. Nos jugamos la vida y peleamos por un interés, no por dar gusto a nadie. Se lo debieras decir tú, Tony, cuando venga mañana.

Aldo no entró en la conversación. Sentado en un rincón, fingía dormir, pero escuchaba atentamente las protestas de aquellos hombres. Ninguno de ellos se acordaba de sus camaradas muertos. Seguramente daban por muy bien muertos a aquellos hombres, con tal de no ser ellos.

—Está bien, muchachos —dijo Tony mientras se llenaba una copa de «whisky»—. Esto es lo que yo quería oír decir. Esto precisamente. Escuchadme:

Los hombres se sentaron a su lado, mirándole curiosamente.

—Tú, Aldo, ven aquí. También eres del «gang» y te has portado bien —invitó a Tony—. Os voy a proponer algo interesante.

Aldo se levantó y fué a sentarse ante la mesa.

—Tenéis razón, camaradas, en vuestras quejas —comenzó Tony,

moviendo caprichosamente la vacía copa—. Si este asunto del Banco se hubiera llevado como es debido, no hubiéramos fracasado, o no se habría intentado si las dificultades se hubiesen presentado como insuperables...

—Naturalmente. Keely nos llenó de esperanzas y nos metió en un lío del que hemos salido lisiados y sin blanca. Ahora, que acabe por echarnos encima al

F. B. I.

—interrumpió Burns con rencor.

—Dejadme seguir —murmuró Tony con voz de mando—. Esto hay que darlo ya como fracasado y no debemos soñar con los lingotes de oro del Banco. Pero seríamos unos idiotas si Keely nos volviese a engatusar con sus proyectos descabellados. Ha andado muy listo para dejar a los camaradas tendidos allí, escapando él solito...

—¡Maldita sea su estampa! —rugió Eddy, apretando los puños—. Igual hubiera hecho con nosotros.

—Yo siempre he pensado —siguió Tony con voz melosa, persuasiva— que un tipo como Keely no puede tener ideas ingeniosas. Ya sabéis lo que nuestro «gang» ha hecho desde que él lo creó: cosas pequeñas, sin rendimientos grandes más que para él. En cambio, siempre nos ha metido en líos en los que han caído camaradas. Una cara como la suya es la de un bestia, y bestialidades son las que se le ocurren...

—Yo no sigo con él, Tony —interrumpió Burns con acaloramiento—. Dejo el «gang» y me voy a otro. A mí no me mete ese chimpancé en líos, sin poderle aconsejar siquiera, porque le quiere matar a uno.

—¡Dejadme acabar, hombre! —exclamó Tony pacientemente—. A eso vamos, me parece. Ninguno de nosotros estamos conformes con él. Nos roba más del cincuenta por ciento de las ganancias y dispone de nosotros como si fuésemos carne de cañón. Yo muchas veces le aconsejé —añadió en tono melifluo— que fuese más considerado, que él sin nosotros no era nada... Bueno, pues no me hizo caso. Decía que liquidaría al que intentase desertar.

—¡Lo veríamos! —rugió Burns, rojo de ira.

—Eso. Lo veríamos —afirmó Eddie—. Él no es nada sin nosotros.

—Hay jefes más comprensivos, más espléndidos con sus

hombres —dijo Bert, dando un puñetazo sobre la mesa.

Aldo escuchaba a Tony y adivinaba lo que el lugarteniente se proponía.

—Todos estamos conformes en que Keely no nos vale —expuso Tony con calor—. ¡No nos vale! ¡Ninguno queremos exponer nuestras vidas en empresas idiotas! ¡Ninguno queremos ser pagados con una miseria, cuando él se embolsa la mayor parte, sin exponerse apenas! ¡Todos queremos, después de «trabajar», cobrar nuestras partes y divertirnos como él se divierte!

—¡Eso es! ¡Tú nos entiendes, Tony! —gritó Burns.

—¡Claro que sí! El jefe es el jefe, pero ha de ser justo, poner el corazón como lo exponemos los demás en la lucha y pensar que sus muchachos tienen derecho a vivir —exclamó Eddie. Bert afirmó a gritos su conformidad.

—¿Qué dices tú, adormilado? —preguntó Tony, dando una palmada en la espalda a Aldo—. Esto va también contigo. Vamos a tomar una determinación importante...

—Bueno, que sí —dijo Aldo con voz de indiferencia—. Lo que digáis.

—La cosa está hecha, camaradas —expuso Tony gravemente—. Ninguno de nosotros está dispuesto a obedecer a Keely. ¿Conformes?

Todos asintieron con movimientos de cabeza. Se llenaron de nuevo las copas, y los cigarrillos corrieron de la petaca del segundo del «boss» generosamente. Sonreía cruelmente Tony mientras miraba a aquellos hombres.

—Pues cuando mañana por la mañana venga, se encontrará con la destitución. Ahora, ya sabéis cómo es Keely y lo que va a decir y a hacer...

—Si él castiga con la muerte la desertión, el que uno se quiera marchar del «gang», pues la cosa es fácil... —insinuó Burns, sonriendo infernalmente.

—Se le liquida, y en paz —expuso sencillamente Eddie—. Sería capaz de denunciarnos si le dejamos marchar.

—Hay que matarlo —dijo Bert, apretando los labios—. Somos todos contra él y eso será fácil.

—Conformes —se apresuró a decir Tony afablemente—. Hay que matarlo. Pero sin ruido. No podemos liarnos aquí a tiros cuando

entre mañana. Los cuchillos, y todos a la vez sobre él. Ahora falta el segundo punto de la cuestión, camaradas. Ya os lo supondréis. Hace falta un jefe. Uno que sepa dirigir, tener la confianza de los demás y conozca el oficio. A mí, aunque esté mal el decirlo, no se me da mal el ser el lugarteniente. ¿Alguno de vosotros tiene queja particular de mi trato? Yo hubiera hecho otras cosas si Keely me hubiese hecho caso. Tengo mis ideas, mis proyectos. Lo que necesito es gente buena, que me siga...

—Tú lo serás, Tony —dijo Burns—. Voto por ti.

—Y yo —dijo Eddie.

—Acepto —murmuró Bert.

—Bueno —dijo Aldo cuando Tony le miró. Y Tony se levantó, tembloroso de emoción, y estrechó las manos de los que le habían elegido como «boss».

—Vosotros me habéis elegido, muchachos —dijo con voz entrecortada—. Ahora me debéis obediencia, lo primero. En cuanto demos un golpe, el cuarenta por ciento será para mí. El sesenta, para vosotros.

Fue enumerando con voz fogosa sus planes, sus órdenes disciplinarias, sus «democráticas» leyes y concesiones, que los otros escucharon como si fuese un nuevo redentor de la «clase». Ninguno se acordaba en aquellos momentos de que todos los «boss», al ocupar el cargo, hacían iguales promesas y concesiones. Ni de que ninguno las cumplía.

VII



LDO apenas si durmió durante las pocas horas que quedaban de noche. Dio infinitas vueltas en la cama que le destinaron, pensando en lo que iba a ocurrir a la siguiente mañana, cuando llegase Keely, el sentenciado a muerte por acuerdo de sus subordinados, ladinamente convencidos por Tony, ansioso de ser «boss».

Ya sabía él que en todos los «gangs» se seguía igual política o juego. El «boss», aniquilando a aquellos de sus hombres que le pudieran hacer sombra en el mando o aspiraran al cargo supremo. El lugarteniente u hombre de confianza del «boss», por creerse capacitado para desempeñar la jefatura, y maquinando, por ello, el hundimiento de su jefe. Todo ello significaba, sin excepción, lucha intestina, muertes, sangre derramada sin tasa.

El muchacho no sentía simpatía alguna por Keely. Era un

asesino como lo eran los otros. Un hombre fuera de la ley, que recurría a todo por asegurar, un medio de vida. Habría llegado a «boss», seguramente, empleando igual medio que el que iba a emplear Tony con él. La violencia, la astucia y el engaño. Y una vez arriba, el mando despótico, la amenaza constante sobre sus hombres, el egoísmo; y el tener confidentes propios dentro del «gang» para que le denunciasen cualquier interno de subversión, contra su jefatura.

Pero aquella traición del perverso Tony, siempre ante Keely humilde, hipócrita, fingiéndole una lealtad incondicional, le sublevaba. Claro es que era muy joven para comprender ciertas cosas, aun habiendo vivido siempre en el ambiente de bajo fondo. Para él, aquello era una traición sin nombre, y en lo íntimo de su ser deseaba que Keely pudiera castigar sin compasión a Tony.

A las nueve se levantó y se lavó. Los demás «gángster» estaba ya reunidos en el «hall», fumando y bebiendo, comentando jocosamente el recibimiento que le iban a dispensar a Keely, su «boss». Tony les halagaba sin tasa, prometiéndoles «asuntos» inmejorables, mejora de sueldos y aumento en los repartos.

—Aldo, vas a coger la cesta ésa —dijo Tony cuando el joven apareció— y nos traes los termos con café caliente y emparedados. Vete al bar de al lado. Que vaya contigo Bert. Sois los más jóvenes y os toca hacer ese servicio.

Obedecieron los dos muchachos. Bert cogió la cesta y tomó el dinero que le dio el nuevo «boss».

Ya en la calle, Bert miró con sorna a Aldo.

—¿Dónde piensas dar tu puñalada a Keely? —le preguntó con voz burlona. Ya sabes que tenemos que liquidarlo cuando llegue. Tienes que hacer tu parte.

—Si no te la doy a ti, puedes darte por contento —replicó adustamente Aldo—. Cada vez tengo más ganas de hacerlo contigo, canalla maldito.

Bert calló. Miró a su alrededor y unos pasos después dio con el codo a Aldo, que le miró con asombro. Entraban ya en el bar, situado en la misma calle.

—¿No has visto, atontado? —le dijo Bert en tono misterioso, mientras sacaba los termos y los dejaba sobre el mostrador—. Ve a la puerta y fíjate si no hay un hombre bien vestido, joven, con cara

de

«G-Men».

Me los sé de memoria para que me equivoque.

Aldo se estremeció, pero obedeció. A través de los cristales sucios de la puerta vio, en efecto, a un hombre joven, alto, de anchos hombros, bien vestido, que paseaba con aire indiferente, fumando, por la acera de enfrente. No acertó a discernir si aquel hombre podría ser un

«G-Men»

o un simple transeúnte que esperase a alguien. No tenía «cara de policía», como suelen tenerla ciertos agentes de paisano de la Metropolitana por su atuendo, su mirada dura, ese «algo» especial que no escapa a ningún maleante que haya frecuentado cuartelillos de la Policía como detenido.

—¿Está? —le preguntó Bert, cuando regresó a su lado.

—Sí. Pero no veo... —repuso vacilante Aldo.

—No ves... Porque eres una criatura, un novato en el oficio. Te digo que ese tío es un

G-Men.

Los eligen fuertes, jóvenes, como si fuesen figurines. ¿Oíste a Keely y a Tony que nos echarían encima al

F. B. I.?

Pues ya están ahí...

—Así, tan pronto... ¿Cómo saben que estamos en esa casa, di?

—murmuró Aldo incrédulamente—. Tú tienes mucho miedo, como siempre.

—Porque habrán seguido al coche de Keely anoche, o se han informado. Son unos malditos que todo lo averiguan, te digo. Es la mejor Policía que hay. Y ese tipo es un

«G-Men»,

y si no, ya lo verás. Yo pienso escurrir el bulto en cuanto pueda. A mí no me coge el

F. B. I.

Aldo no le contestó. No se fiaba nada de Bert. Todo aquello podía ser una maniobra para sonsacarle y comprobar su fidelidad a Tony. Lo denunciaría si él decía que también tenía pensado desertar en cuanto pudiera.

—Mira, ahora tú sales solo —dijo después Bert a Aldo— y te das

un largo paseo. A ver si te sigue el

«G-Men»

ése. Sabes despistar a los «polis». Cuando lo hayas dejado atrás, vuelves a la casa. Yo voy a llevar la cesta con el café.

—¿Y por qué eso no lo haces tú? —respondió hoscamente Aldo—. Lo que quieres es que me eche la mano encima, ¿verdad? Además, si nos ha visto salir de casa puedes figurarte que lo que hagamos ya es idiota.

—Es verdad —reconoció Bert, rascándose la cabeza—. ¡Maldita sea, ya tenemos encima al

F. B. I.!

—No sé en qué has notado que es un

«G-Men»

—dijo Aldo en tono inseguro.

—¡Lo da el oficio, imbécil! ¿No sabes que me he pasado muchas horas a la puerta de City Hall solamente para mirar caras de «polis» y de agentes especiales? Todos se parecen en algo, aunque no sepa decirte en qué. Lo mismo que ellos nos huelen.

—Bueno, pues vámonos. Así no vamos a estar.

—Espera. Voy a telefonar a Tony desde aquí. Hay que advertirle de lo que pasa. Si pudiéramos echarle la zarpa a ese tipo. Lo liquidamos y...

—¡Condenado maldito! —murmuró Aldo, mirándole con ferocidad—. Tú todo lo arreglas con matar...

Bert rió bajito y fue a una cabina telefónica. Aldo se acercó a la puerta. No vio ya a aquel hombre joven, de rostro decidido, alegre. No sabía qué extraños sentimientos de simpatía o compasión sentía ahora por aquel hombre. Deseaba con toda su alma que no fuese un temido

«G-Men»

y que se hubiese marchado definitivamente.

—Tony dice qué no cree sea un

«G-Men»

—dijo Bert, cuando regresó de telefonar—, pero que va a tomar sus medidas por si acaso. Vamos. Fíjate bien, por si está ese tipo.

Salieron juntos, portando ahora Aldo la cesta. Bert fue a la acera de enfrente y en un quiosco compró un diario mientras miraba a su alrededor disimuladamente. Aldo vio al hombre que al parecer les

vigilaba. Estaba dentro de un portal, fumando y mirando a los transeúntes con indiferencia. Desde luego, ya era raro que aquel hombre hiciese aquello de estar de mirón en la calle. Pe; ser que esperase a alguien, en medio de todo.

—Es el mismo. Nos espía —dijo Bert cuando se le unió, cruzando la acera—. Si no fuera por la gente que hay en la calle, le metía un balazo en el cuerpo.

—Mucho hablas tú —rezongó Aldo despectivamente—. Lo más seguro es que él te sacudiese antes, si es un

«G-Men».

Llegaron a la casa y les abrió Burns con cara de temor.

—¿Qué es eso que dices, Bert? —preguntó Tony, preocupadamente—. ¿Es un

«G-Men»?

¿Le conoces de vista?

—No le conozco, pero me lo ha dado en la nariz —repuso Bert con aplomo—. Es un agente especial del

F. B. I.

Tony y los otros se miraron silenciosamente durante unos momentos.

—Bueno; ahora eso puede esperar. Lo que es más urgente es deshacernos de Keely. Vendrá dentro de un rato —miró su reloj de pulsera; dijo Tony, en tono resuelto—: Después estudiaremos si conviene que nos separemos durante unos días para despistar a ese maldito

«G-Men».

Eddie: sube al piso donde está el mirador y dedícate a espíarle. A ver si observa esta casa y nos vigila o se turna con algún otro agente. ¡Maldito idiota de Keely, que encima de haber fracasado nos echa encima al

F. B. I.!

Eddie obedeció, subiendo después de desayunar. Tony iba de un lado a otro de la estancia, las manos a la espalda, ya en plan de «boss», dándose importancia. Aldo y los otros desayunaron rápida y silenciosamente, preocupados.

Pasado un rato, Eddie se asomó a la escalera, diciendo con voz tensa:

—Ya viene Keely, jefe.

—Baja —respondió Tony, brillante la mirada—. Bueno —se dirigió a sus hombres—; ya sabéis: que entre. Todos tranquilos, sin demostrar nerviosismo. Pocas palabras. Le rodeamos sin que desconfíe, y... todos a una, con los cuchillos. ¡Todos a una y sin dejarle defenderse! ¿Conformes?

Asintieron Bert, Burns y Eddie. Aldo miró a sus compañeros con espanto, pero no hizo ni un gesto.

El timbre sonó tres veces seguidas. Tony hizo un gesto imperioso y todos se sentaron, fumando, alrededor de la mesa, aparentando indiferencia. Tony abrió la puerta, sonriente.

—¡Hola, chicos! —dijo Keely, entrando con su paso pesado—. ¿Qué tal la noche? ¿Ha habido algo?

—Nada de particular —respondió Tony, con voz suave—. ¿Y tú? ¿Te divertiste mucho?

Keely le miró profundamente. Después extendió su mirada a los demás, que con la vista baja, parecían contemplar con gran atención cómo Burns hacía unos solitarios con una baraja. Tony se dio cuenta de que Keely desconfiaba. Aquellas palabras que dijo le habían puesto en guardia, indudablemente. Envolvían un reproche, que captó el «boss».

Aldo abrió la boca para hablar. Se sentía espantosamente angustiado, previendo aquel cobarde asalto. Tenía deseos de advertir a Keely el inminente peligro que corría. No sentía por él sino temor; pero le sublevaba el que se cometiera una traición como la que se estaba gestando contra aquel hombre, ni peor ni mejor que los otros. Tony sí era peor que todos ellos, y, a su juicio, el que merecía más castigo.

Keely se sentó sin contestar a la pregunta de su lugarteniente. Lo hizo en un sillón, en un rincón del «hall», sacando un periódico del bolsillo y abriéndolo. Aldo se dio cuenta de que había buscado aquel sitio para no tener a nadie a su espalda. Keely no era tonto y desconfiaba de sus hombres.

Tony apretó las mandíbulas, pero su sonrisa no desapareció de los labios. Burns hacía su solitario, silbando bajito. Eddie le miraba, pero también observaba a Keely de reojo. Bert estaba en pie, no lejos de Keely apoyado en la pared, fumando tranquilamente.

—¿Qué hay del asunto que nos dijiste de las drogas, jefe? —dijo Tony, acercándose a él—. Nos hacía falta dinero, ya que lo otro no

pudo ser.

—¿Eh? —dijo Keely, levantando la cabeza y mirando a Tony fijamente—. Bueno; pues, sí... Hoy mismo me ocuparé de ello y en seguida nos pondremos a trabajar con eso.

Bert se acercó a Keely, mirando el periódico que el «boss» tenía en la mano. Aldo se puso lívido y apretó los labios, para impedir que un chillido de terror se escapase de sus labios. El cobarde Bert...

—¿Dice algo el periódico de lo nuestro, jefe? —preguntó Bert, inclinándose sobre su jefe para mirar por encima del diario.

Tony le miró con ansiedad, apretando los puños. Burns dejó la baraja sobre la mesa, levantándose muy poco a poco, un poco pálido. Eddie metió la mano en su cintura, mientras tragaba saliva con esfuerzo, brillante la mirada.

Bert parecía leer el periódico con atención, Pero su, mano derecha iba sacando lentamente un cuchillo de la cintura, por la parte de atrás.

—Que liquidasteis vosotros a siete «cops» en la calle —repuso, sonriendo, Keely—. No estuvo mal... No dice nada del F. B. I., y creo que...

Bert se volcó rápidamente sobre Keely, mientras el cuchillo que esgrimía bajó como un rayo sobre el cuerpo sentado del «boss».

—¡A él! —gritó Tony, con voz estrangulada, llena de odio y satisfacción.

Burns y Eddie dieron dos pasos y cayeron con todo su peso sobre Keely, que ya estaba herido en el pecho por la puñalada de Bert. Tony también se abalanzó sobre su jefe, con una navaja enorme en la mano.

Aldo, inmóvil en el rincón, se tambaleó de horror, apretados los puños por la rabia.

Keely era una fiera, con sus colosales fuerzas y enorme vitalidad. Bert le había herido, gracias a la sorpresa, pero no acertó a matarlo instantáneamente con una certera cuchillada. Y el «boss» reaccionó inmediatamente, levantándose con un terrible esfuerzo, pese a que tenía encima cuatro hombres que se estorbaban unos a otros en su afán de apuñalarlo.

—¡Duro! —rugió Tony, buscando dónde herirle y luchando con

los otros para abrirse un hueco—. ¡Duro o nos aplasta! ¡Dale, Bert!...

—¡Os aplasto, traidores! —rugió Keely, repartiendo terribles puñetazos por doquier—. ¡Traidores y cobardes! ¡Tony, esto me lo pagas!

Tenía colgados a los cuatro de su poderoso cuerpo, pero les impedía manejar los cuchillos, apretándolos contra él o dándoles furibundos empujones. Burns lanzó un alarido de rabia y dolor al recibir un puñetazo en el cuello que lo lanzó a tres pasos de distancia. Bert estaba bajo un pie de Keely, medio aplastado. Y Tony y Eddie, cogidos del cuello por las manos de su enemigo, languidecían, medio estrangulados.

—¡Cochinos, cobardes, traidores! —rugió Keely, llena la boca de espuma sanguinolenta. Tenía el pecho cubierto de sangre, que manaba de la herida del pecho—. ¡Sois poco hombres para mí!

Burns se levantó del suelo y se arrojó sobre Keely, sollozando de rabia. Bert se escurrió de debajo de su jefe y, con el cuchillo, le dio una puñalada en el bajo vientre, mientras reía con júbilo. Keely lanzó un espantoso grito de dolor y se dobló, haciendo hincar la rodilla a Tony y a Eddie. Burns le descargó, con velocidad de vértigo, varias puñaladas en la espalda y cuello, rugiendo como una fiera.

—¡Más, más, Burns! —gritó, con voz ahogada, Tony, negro su rostro bajo la presión de la mano de Keely sobre su cuello—. ¡Dale, Bert! ¡Aldo, dale!

Aldo no estaba en condiciones de ayudar, aun en el caso de que lo hubiera deseado. Yacía, desmayado, al pie de la escalera, blanco como la nieve su rostro angustiado. Y las manos sobre los ojos, como si hubiera querido no presenciar aquella escena horrorosa.

Keely estaba agonizando, acribillado a puñaladas. Arrodillado, cubierto de sangre todo él, aún tenía bajo sus garras a Eddie y a Tony, inmovilizados. Pero Burns y el salvaje Bert, más envalentonado cuanto más decaía Keely, le asestaban cuchilladas con rapidez impresionante, sin mirar dónde.

Los rugidos de gorila de Keely fueron bajando de tono, así como su respiración, más anhelante. Tenía los ojos cerrados y balbucía palabras incoherentes. Pero seguía apretando el cuello de Tony y de Eddie...

Bert le dio una cuchillada en la garganta. Fue la definitiva. Keely abrió las manos, soltando a Tony y a Eddie. Y cayó de bruces, ya muerto. Bert siguió, ebrio de rabia, dándole cuchilladas, como enloquecido.

—Ya está bien —dijo Burns, empujándole y mirándole con horror.

Bert se pasó la mano, llena de sangre, por el rostro desfigurado por la expresión de asesino nato que satisface su deseo.

Tony y Eddie se levantaron lentamente, respirando como peces a quienes se ha tenido largo rato fuera del agua. Tony dio una feroz patada al cadáver de Keely, terriblemente acribillado a cuchilladas.

—Bueno... —dijo el nuevo «boss», dejándose caer en un sillón con una copa de «whisky» en la temblorosa mano—. Ya está... arreglado el asunto. Era difícil de pelar, ¿eh?

—Creí que nos mataba a todos —repuso Eddie, sentado en el suelo y dándose masaje en el cuello. Tenía el rostro amoratado aún y ambos ojos medio cerrados, hinchados—. Pero ya está liquidado.

—Si no es por mí —murmuró Bert, sonriendo divertidamente—, ya lo creo que nos hace trizas. ¡Lástima que haya durado tan poco!...

—¡Bestia! —rezongó Burns, mirándole con odio—. Serías capaz de asesinar a tu propio padre... Y ¿qué le pasa a Aldo? —Se acercó al muchacho, que seguía desmayado—. Este chico no vale para el oficio. Debieras darle suelta, Tony. Que se dedique a las carteras, como antes.

—Lo que hay que hacer es liquidarlo —insinuó Bert, mirando a Tony como pidiéndole autorización para hacerlo él—. No nos vale para nada... Hasta puede denunciarnos un día. ¿Qué te parece, jefe?

—¿No tienes bastante con lo que ha pasado ahora, animal? —repuso el «boss», contemplándole con irritación—. ¿O es que ya piensas en «subir» a mi puesto eliminando a todos? Anda, Burns, reanima a ese chico. Después, ya veremos lo que hacemos con él.

Burns obedeció. Bert lanzó una venenosa mirada a Aldo, que iba recobrando poco a poco el conocimiento.

—Ahora habrá que hacer algo con Keely, jefe —dijo Eddie, señalando el cadáver del asesinado—. Llevarlo a alguna playa o carretera.

—A la noche. Pero sacadlo de aquí y subidlo al piso de arriba.

Mejor será al patio. Anda, Bert, llévatelo, y tú ayúdale, Eddie.

Envolvieron el cadáver de Keely en una vieja manta y lo sacaron del «hall». Después fregaron el suelo, quitando las grandes manchas de sangre.

Aldo volvió en sí. Tony le miró sonriente.

—¿Es que cada vez que veas sangre te vas a quedar dormido, chico? —le preguntó, con sorna—. ¿Es ésa toda la ayuda que podemos esperar de ti? Yo creí que, después de haber disparado contra la Policía, estarías curado de espanto. Piensa que has matado seguramente a algún cochino «cop» y que no puedes volverte atrás. Si te pescan te harán como a los demás.

Aldo no respondió. Bebía a pequeños sorbos una copa de «whisky», bajo la mirada cariñosa de Burns, hombre de más de cincuenta años.

—Aldo no vale para esto, ¿verdad, tú? —dijo el «gángster», en tono de voz amable, y dio una palmada en un hombro al muchacho.

—Tendrás que valer —repuso agriamente Tony—. Este camino no tiene vuelta. No pienses que vas a poder salirte de él para meterte a sacerdote —rió sarcásticamente—. Tampoco creas que, mediante una delación, podrías librarte de la cámara de gas o de la «silla»...

Bert hizo un gesto imperioso, reclamando silencio mientras miraba al techo fijamente. Todos, asombrados, imitaron su actitud de contemplar el agrietado techo.

—¿Qué pasa, idiota? —preguntó Tony.

Sonó un leve rechinar en el entarimado del piso superior. Como pisadas quedas, que hicieron crujir la madera.

—Alguien anda arriba —susurró Bert, en tono misterioso, pálido su rostro moreno.

Tony sé levantó de un salto. Burns y Eddie palidecieron también. Y Aldo comenzó a temblar, pensando si sería el mismo Keely, cuya alma aún no salida del cuerpo le hiciese vagar por la casa pidiendo venganza. Su ascendencia latina, italiana, le había inculcado no poca superstición.

—Alguien anda, sí —dijo Tony, recobrando parte de su serenidad—. Alguien que ha saltado de la casa de al lado por la azotea...

—¡El

«G-Men»

que vigilaba antes! —exclamó Burns, quedamente—. ¡Maldito sea!

—Hay que ir por él —dijo Eddie, aguadamente—. Si nos descubre, nos va a echar encima a todos los de la División y a los «cops» de San Francisco.

—¡Callad! —exclamó Tony, en tono áspero—. Sí, hay que ir por él. Pero sin matarlo. Nos conviene hacerle «cantar». Burns, y tú, Eddie...

—Y tú, jefe —rezongó Burns, nerviosamente—. Veamos eso de que darás la cara con nosotros. No te hemos elegido para mandón, rico. Tú subes con nosotros a buscarlo.

—Claro que sí —afirmó Bert, mirando rencorosamente a Tony.

—¿He dicho yo que me negase? —contestó suavemente Tony—. Decía que tú, Burns, y Eddie, vinieseis conmigo. Hay que hacerse como de nuevas; como si no nos hubiésemos dado cuenta de que está él. Y caer de improviso y reducirlo. No quiero que se le mate, si es posible. Eso será después. ¡Vamos!

Silbando, Tony se adelantó hacia la escalera. Eddie y Burns le siguieron, no sin comprobar que tenían a mano los cuchillos.

Bert sonrió cruelmente, asomándose al hueco de la escalera.

—Si por mí fuera, le arrancaría a tiras. La piel a ese

«G-Men»

maldito —dijo, con voz llena de ansiedad—. Anda, niña, que también debieras haber subido tú —dijo a Aldo, con desprecio—. Pero te desmayarías...

Aldo sacó su pistola de la funda y le encañonó resueltamente, furiosa la mirada de sus oscuros ojos, enormes.

—Di algo más y te meto una bala en la cabeza, canalla, canalla... Con todo esto, soy más hombre que tú. Lo que me pasa es que soy mejor que tú, más honrado...

Se sentían los pasos, arriba, de Tony, Burns y Eddie, que hablaban tranquilamente. Aldo escuchaba anhelante. No comprendía cómo a aquel agente se le pudo ocurrir meterse en la casa estando ellos.

Repentinamente, sonaron gritos de rabia y ruido de lucha tremenda, jadeos y blasfemias. Alguien rodaba por el suelo y daba patadas. Bert subió los escalones de dos en dos, con el cuchillo en la mano.

—¡Dale, Burns, dale! —gritaba roncamente Tony—. ¡Que me ahoga, Eddie!

Un ruido infernal de lucha y golpes sobre el suelo parecían indicar que el

«G-Men»,

si él era realmente, no se dejaba arrollar fácilmente y que sacudía firmemente. Retemblaba el techo y tan pronto chillaban Burns como Eddie o Tony. Después se agregó un alarido de Bert, seguido de un tremendo golpe, que hizo moverse la lámpara de bronce del «hall».

Aldo estaba de nuevo como alelado, asomado al hueco de la escalera. Más niño que nunca, sollozando de horror, con la pistola en la mano, que se movía como si la esgrimiese un borracho... o una criatura asustada, como él.

Jadeos, nuevos gritos y maldiciones, y, repentinamente, todo en silencio.

—¡Maldito

«G-Men»,

ya estás! —gritó Tony, con acento de rabioso triunfo—. ¡Para que vengas a husmear lo que no te importa! ¡Quieto, Bert, o te meto tu cuchillo en el podrido corazón! ¡Qué poco luchaste antes, sapo! ¡Vamos, abajo con él!

Bajaron Burns y Eddie, ayudados de Bert, transportando el cuerpo inanimado del hombre que un rato antes estaba vigilando en la calle. «Era el mismo», pensó Aldo, con infinito asombro.

—Es un

«G-Men»

—dijo Tony, mostrándole un carnet con el emblema del F. B. I.

—. Y ahora vamos a aplicarle el «tercer grado», que ellos nos prodigan cuando nos echan mano. Y tú, Aldo, ahí quietecito, sin ayudar a tus camaradas, ¿verdad? —Le miró con lástima y desprecio—. Ya te ajustaré las cuentas, pierde cuidado.

Dejaron al agente especial en el suelo. Todos le contemplaron curiosamente, como si fuesen cazadores y acabasen de cobrar una extraña pieza.

—Lo que hay que hacer es liquidarlo, jefe —dijo Bert, con impaciencia—. ¿Qué sabemos si este condenado ha dicho en la División que estaba vigilando esta casa y dentro de un rato invaden

la casa? Es una idiotez que estemos aquí cuando el

F. B. I.,

ya ha enviado a este tipo a vigilarnos.

—Tú te callas, muchachito —masculló Tony, coléricamente—. ¿Es que te propones decirnos lo que hemos de hacer? Te advierto —se acercó a él y le cogió del cuello con violencia— que voy conociendo tus intenciones, pero no sueñes que vas a poder liquidarme como hicimos con Keely ¡Anda con ojo! —Y le dio un empellón.

Bert, sonriendo siniestramente, aceptó la humillación sin rechistar.

Burns había llevado un cubo con agua, volcándolo sobre el rostro del agente especial. Estaba el hombre bien vapuleado, con ambos ojos negros, brotando sangre de la nariz y boca. Tenía el traje desgarrado por varios sitios. Y le habían atado las manos a la espalda.

Un rato después volvió en sí, en medio de las risas de Tony y sus hombres. Aldo, en un rincón, encogido, pensaba que debiera tener un rasgo de hombría y liarse a tiros con aquellos asesinos. Sería quizá fácil, ya que le daban la espalda. Después se entregaría al agente especial. ¿Y después? ¿La cárcel? ¿Ser acusado de asesino, puesto que él estuvo en la batalla de la noche anterior frente al Federal Reserve Bank, donde hubo siete «cops» muertos? ¿Quién le iba a creer que huyó, que no disparó un tiro?

Verter sangre él... Sin hacerlo, ¿cómo librar a aquel hombre, que era la Ley, de las manos de Tony y los suyos? Le iban a torturar hasta que declarase lo que les interesaba, y después, seguramente Bert le apuñalaría con aquél su feroz sadismo.

Y temblando de emoción, por su insuperable horror a verter sangre, no se decidió a ser un hombre, como demandaban las circunstancias y como él mismo se decía debía ser.



COLECCIONAD

JEQUE BLANCO

¡Otra serie de cuadernos de magníficos dibujos
y de argumentos emocionantes!

VIII



ONY, Burns y Bert hicieron cuánto pudieron para que el agente especial recobrase el conocimiento. Los medios que emplearon no fueron muy delicados, pero el resultado fue positivo. El agua fría, el cruzarle la cara con fuerza, el zamarrearle, habían de producir el que el hombre abriese los ojos, apenas visibles entre la hinchazón de los párpados, y mirase con dureza a sus captores.

—Bueno, amiguito, ya dejó de dormir —dijo Tony sarcásticamente, mirándole con dureza—. Ahora, a «cantar» una bonita aria, según nuestra música y compás.

—Y si se niega, me lo dejás, jefe —dijo Bert, sonriendo cruelmente—. Hablará como una cotorra —le dio una patada en el pecho al agente especial, que no se inmutó.

—Hablará, descuida —murmuró Tony, en tono de convicción—. Le va la vida en ello. Va a empezar por decir si venía a espiarnos y

por qué. Comienza,
«G-Men»
guapo...

—Se llama Bernard Mannion —dijo Burns, mirando el carnet del agente especial.

—Hombre, Mannion... Resulta que eres irlandés, como yo —exclamó Tony, con fingido alborozo—. Bueno; entonces te trataremos con verdadera delicadeza. Eres paisano mío, aunque no tengamos las mismas ideas sobre el bien y el mal. Yo soy de los listos, ¿sabes? De los que no se dejan devorar. Tú, por lo visto, estás a las órdenes de los devoradores. Mala cosa, porque mira en qué líos os meten. Debes cambiar de rumbo, chico. ¿Qué querías de nosotros, Mannion? ¿Era simple curiosidad, o es que el

F. B. I.,
se interesa por nosotros?

—Creo que lo mejor que podáis hacer es no cometer más locuras —repuso Mannion, con voz tranquila—. Es el

F. B. I.,
el que lleva esto, no yo simplemente.

—Ese disco es muy sabido. Mannion —refutó Tony, en tono despectivo—. No sigas con él, diciendo que la casa está vigilada y que si no te soltamos, dentro de media hora habrá aquí quinientos hombres con la bomba atómica. Te pregunto cómo has logrado saber que vivíamos aquí, quién te lo ha dicho y qué querías saber respecto a nosotros.

—Os digo que no cometáis locuras y os entreguéis —repuso serenamente Mannion—. Es muy cierto que en la División saben que he venido aquí y por qué, y que si no les aviso o voy a informarles, personalmente, vendrán a buscarme. No es un disco. Es una cosa sensata. Mis jefes me esperan. Si no voy, vendrán aquí a buscarme, o donde estéis.

Tony le observó escrutadoramente, como queriendo comprobar en su mirada si decía la verdad. Burns y Eddie se miraron también con inquietud. Bert sonrió incrédulamente.

—Quiere asustarnos, jefe —dijo, con voz irónica—. Este idiota ha hecho sus investigaciones sin dar cuenta a nadie y por eso se ha metido en la boca del lobo. ¿Quieres decirnos que habrías venido solo —le dio otra patada en un costado a Mannion— si hubieras

tenido la seguridad de dar con nosotros? ¡Anda allá, charlatán!

Tony rió complacido ante lo que juzgó argumento irrefutable de Bert.

—Naturalmente, Mannion —dijo el «boss», despectivamente—. No te figurabas que al entrar en esta casa ibas a encontrarnos. Sospechaste algo cuando vigilabas en la calle, y nada más. Te picó la curiosidad y saltaste por la azotea de la casa contigua. Lo que quiero que me digas es por qué estabas en la calle está vigilando.

Mannion calló. Aldo le miró compasivamente desde el rincón donde estaba. En su lugar, él no callaría. Inventaría mil cosas, haciéndoles un lío a Tony y a los otros, pero no callaría. El callar era peor.

—Bueno; si no quieres hablar por las buenas, tú verás —dijo Tony, apretando los labios—. Vas a decirlo, mal que te pese. Bert, excepto matarlo, haz lo que quieras con él. Tuyo es.

Bert se refregó las manos con fruición, brillándole los ojos negros con siniestro significado. Burns y Ed movieron la cabeza desaprobadoramente.

—Mejor se darle un buen tajo en el cuello y deshacerse de él —dijo Eddie—. Estos hombres del F. B. I.,

no hablan cuando no quieren, y mientras tanto, pueden venir a buscarlo. Pongamos distancia entre ellos y nosotros, Tony.

—No hay cuidado —repuso el «boss», con convicción—. El niño guapo éste no está en contacto con la División. Y va a decirnos cuánto sepa. Anda, Bert, enséñale el «solfeo»...

Aldo se estremeció. Juzgaba a Tony, a Burns y Eddie como criminales natos; hombres que no vacilaban en asesinar si ello les evitaba un peligro de caer en manos de la Justicia o les beneficiaba en sus propósitos de hacer fortuna. Pero no creía que fuesen unos sádicos en hacer el mal, como lo era Bert. Ellos mataban como medio; Bert lo hacía porque ello le agradaba, y no solamente matar, sino hacer sufrir a sus víctimas, torturándolas.

Bert fué a la cocina y volvió con un par de astillas finas y largas y una cuerda. Unió las dos maderas por un extremo con la cuerda, quedando así como una especie de pinza. Tony le miraba hacer con curiosidad, sonriente. Mannion cerró los ojos, como si desdeñase aquellos preparativos, que eran los de un tormento chino, según

creía.

Bert se inclinó sobre el agente especial y, con una mano, le cogió el labio superior fuertemente, tirando de él. Después lo hizo coger por la pinza de madera y con otro trozo de cuerda fué atándolo lentamente.

—Es lo que hacen en Italia y en otras partes con las caballerías cuando son rebeldes. Lo llaman «acial», y se emplea cuando se va a herrar a las caballerías, para que se estén quietas. Yo aprieto con la cuerda... —explicó, riendo, Bert, mientras lo hacía muy despacio.

Mannion, con el labio superior cogido por la pinza de madera, que se clavaba en la carne, abrió los ojos con espanto y se estremeció. Pero siguió impasible.

—Aprieto más, y más... —dijo Bert, como si explicase una lección instructiva— y ya dirá algo éste espía. Queda mucho por apretar, no te apures, hasta que el labio sea arrancado. ¿Más, cochino

«G-Men»?

Mannion no hacía ni un solo movimiento ni gesto. Su labio parecía aumentar de tamaño, bajo la terrible presión de las maderas, en las que había hecho Bert unas incisiones, como puntas de sierra, para causar mayor daño. La pinza apretaba más y más conforme Bert reducía el espacio entre ambas maderas por medio de la cuerda. La sangre brotaba ya de la nariz y del mismo labio.

Burns volvió la cara con repugnancia. Eddie hizo un gesto a Tony para que impidiese a Bert cometer aquella salvajada.

Aldo se tapaba la cara con ambas manos, pugnando por ocultar las lágrimas de compasión y rabia. Odiaba ahora a Bert con toda la potencia de sus sentidos.

Bert llegó juntar los dos extremos de la pinza, sin que Mannion lanzase un gemido de dolor. Seguían atadas sus manos a la espalda. Su labio superior aparecía enorme, hinchado como una vejiga llena de aire, manando sangre en abundancia.

—Eso no vale, chico —dijo Tony, encogiéndose de hombros—. Como no inventes otra cosa...

—Esto es el comienzo. Yo le dejo con el «acial» y empiezo, otro juego —repuso Bert, flemáticamente—. ¿No has visto los gestos que hace una persona cuando se le pincha un poco el globo del ojo? Verás...

Aldo se levantó, lívido de horror, con la pistola en la mano. Aquello era demasiado, no sólo para él, sino para otro cualquiera, por muy criminal que fuese. Burns y Eddie, apretados los puños, miraban ferozmente a Tony, que se puso nervioso.

—¡Hazlo, Bert, y te mato! —gritó Aldo, con voz extraña, llena de salvaje virilidad.

Bert, con una navaja en la mano, se volvió hacia Tony, como consultándole si seguía el tormento.

—¡Víbora, te estás quieto, o...! —murmuró sordamente Burns, esgrimiendo un cuchillo y acercándose a él.

—Líquidalo de una vez y vámonos —exigió Eddie, muy pálido—. No hablará, ni aunque le saques los ojos en trozos. Tienes el corazón podrido, muchacho. Eso no es de hombres. Tony: por ese camino no vas bien, te lo advierto.

Tony vaciló. Más que las palabras de Burns y Eddie le habían impresionado las de Aldo y su actitud, verdaderamente decidida, de hombre hecho y derecho. Nunca hubiera supuesto en él un arranque como aquél.

—Déjalo, Bert. Pero que siga con ese aparato este asqueroso «G-Men»

—resolvió—. Y por si no lo sabíais, aquí el que manda soy yo —se encaró con Aldo, Burns y Eddie, mientras empuñaba su pistola—. El que no lo quiera, que lo diga claramente.

Mannion, impasible, aguantaba el terrible dolor sin un gemido. La sangre penetraba por la abierta boca, llenándosele y haciéndole toser.

—Lo que hay que hacer es dejar esta casa —repuso Burns—. Le van a buscar y darán con nosotros.

—No quiero. Tiene que decirnos si el
F. B. I.,

se ocupa de nosotros o no. No tenemos otro sitio a dónde ir, por ahora —repuso Tony secamente.

Aldo se alejó del «hall», entrando en el contiguo gabinete. Luchaba contra el invencible deseo de verter sangre, la de Bart. Lo habría hecho si se hubiera encontrado a solas con él. Admitía que de buena gana mataría a aquel muchacho, un poco mayor que él, pero infinitamente más perverso e inhumano que él. Nunca leyó, ni oyó hablar, ni conoció un alma tan podrida como la de Bert, que

gozaba haciendo sufrir.

Bert y Burns trasladaron al agente especial a una alcoba situada en el piso bajo, tendiéndole en un camastro. Mannion no había perdido el conocimiento y todavía tenía cogido el labio superior, en un monstruoso pellizco, con aquel artilugio infernal.

Poco después Tony, con una correa en la mano, hizo una seña a Bert, que sonrió como agradecido, quitándose a su vez el cinturón. Y se encerraron ambos en la alcoba donde estaba el agente especial.

Aldo, Burns y Eddie oyeron durante gran rato, más de una hora, cómo el «boss» y la bestia de Bert interrogaban a Mannion, sin conseguir que hablase, mientras con las correas flagelaban su cuerpo, restallando sobre la carne desnuda los golpes.

—Si malo ere, Keely, éste no es mejor —murmuró sordamente Burns, mientras paseaba nerviosamente por el «*hall*», las manos a la espalda y fumando—. Yo nunca he pegado a un hombre que no pudiera defenderse.

—Y con todo eso van a dar lugar a que vengan los camaradas de ese maldito

«G-Men»

y nos cojan como a gazapos —dijo Eddie.

Aldo, sentado en el primer escalón de la escalera que daba al piso superior, parecía como insensible a todo cuanto pasase a su alrededor. Recordaba aquellas palabras de Samy, ya agonizante, cuando declaró que había sido un bestia al entrar en la senda del delito, y que también lo sería él, Aldo, si seguía en ella. Los que sienten ya sobre su corazón el hálito de la muerte suelen tener, por razones inexplicables, una especie de maravillosa justicia al juzgar sus hechos pasados. Samy debió darse cuenta, en aquel supremo instante, de su gran error. Y lo advirtió a su amigo, en una leal fraternidad. Un consejo que ahora veía era hermoso y lleno de sinceridad.

Salieron de la alcoba donde estaba Mannion Bert y Tony, ambos sudando y con el ceño fruncido. El agente especial no había dicho ni una palabra ni hecho un solo gesto de dolor. Sin perder el conocimiento, convertido su cuerpo en una llaga, con aquel espantoso suplicio del «acial», todo lo había aguantado con un estoicismo terrible.

—No dice ni una palabra —refunfuñó Toni, sentándose ante la

mesa y llenando de «*whisky*» una copa, que bebió de un solo trago—. No queda más que...

—Déjame que siga yo solo, jefe —dijo Bert, bebiendo, a su vez, otra copa de licor—. Los pinchazos sobre el ojo no hay quien los aguante. ¡Vaya si hablaría!...

Aldo le hizo un gesto, mientras metía su mano en el pecho, acariciando la culata de su pistola. Bert desvió la mirada.

—Burns, y tú, Eddie, seguid sacudiéndole —ordenó Tony, en tono duro—. No hay que dejarle descansar ni un minuto. Si pierde el conocimiento, haced que vuelva en sí y seguid. Nos turnaremos. Tú, Aldo, vete a dormir. Esta noche estarás al lado de ese maldito testarudo y no le dejarás dormir ni un segundo. ¡Ya veremos quién puede más!

—Oye, Tony, nosotros no estamos aquí para eso que tú quieres —observó, con voz helada, Burns—. Danos trabajo, dinero que ganar, aunque haya que meter balas en el cuerpo a quien sea, pero yo no quiero martirizar estúpidamente a un valiente. Le meteré una bala en la cabeza, y a otra cosa.

—Digo lo mismo —afirmó Eddie, encogiéndose de hombros— estamos perdiendo el tiempo como chicos que juegan a justicias y ladrones. Lo primero que debiéramos hacer es salir de aquí. Buscar un sitio seguro. Y ponernos a trabajar con eso de las drogas, o con lo que sea.

—¿Os dais cuenta de que me estáis desobedeciendo? —rugió Tony, sacando su pistola, con gesto decidido—. ¿Creéis que siendo cinco vamos a estar desunidos, haciendo cada cual lo que le venga en gana? Me habéis elegido jefe y me tenéis que obedecer... ¡Coged esos cinturones y haced lo que os he ordenado! ¡Hacedlo o disparo! ¡Bert, ayúdame!

El muchacho obedeció con el mayor gusto, sacando su pistola, en sus labios finos una sonrisa siniestra.

Burns y Eddie se miraron, muy pálidos. Y lentamente se acercaron al suelo y cogieron los cinturones, mascullando amenazas y reniegos. Tony y Bert les apuntaban con sus armas y les empujaron hasta la alcoba donde estaba Mannion.

—Nada de darle con mimo, ¿eh? —ordenó Tony—. No seáis brutos y comprended que lo que yo os ordene es lo mejor. Y que aquí no hay sino obedecer o recibir una buena dosis de plomo en la

cabeza. ¡Andando!

Aldo escuchaba poco después los correazos sobre el cuerpo del agente especial, mientras Burns le preguntaba con rabia aquello que Tony deseaba saber. Bert cuchicheaba algo con su jefe, en un rincón, fumando y bebiendo. Supuso que Bert estaría tratando de convencer a Tony de que debía deshacerse de Burns y Eddie, que tan rebeldes se mostraban a cumplir sus órdenes. Y que él se encargaría de asesinarlos, en medio de horribles sufrimientos. No se le podía ocurrir otra cosa, a aquel infernal Bert.

—¡Vete a la cama! —le gritó Tony a Aldo, cuando éste hizo un movimiento para poder escuchar lo que hablaban—. No creas que me he olvidado de ti, santito bajado del Cielo... Eres un verdadero trasto, un estorbo, y no quiero tener a mi lado personas que relajen la moral de mí «gang». Ya veremos cómo te portas esta noche, vigilando a Mannion.

Aldo se levantó y dirigióse a otra alcoba, en el piso bajo. Tenía una ventana a un patio grande, más bien un solar, que daba a la calle posterior. Enfrente estaba la alcoba donde habían llevado a Mannion. Esta alcoba también tenía su ventana al patio.

Se echó sobre la cama, deseoso de poderse dormir, de olvidar todo aquello tan espantable. Pero los correazos que descargaban Burns y Eddie sobre el agente especial, mientras le chillaban, no permitían, en modo alguno, dormir.

Si saltase por la ventana, cosa muy fácil, y saliese al solar, también posible, podría avisar a la Policía, quizá salvara a aquel bravo hombre del

F. B. I.

Todo lo podría hacer, pero ¿qué suerte le cabría a él, como coautor del asalto al Banco Federal; él, que sería acusado de hacer armas contra la Policía, ocasionándola siete muertos? La cámara de gas sería con él, como lo sería con Tony, Bert, Eddie y Burns.

Y temeroso de afrontar aquella tremenda responsabilidad, aunque él no había asaltado el Banco, ni había hecho armas contra la Policía, ni martirizado a Mannion, ni asesinado a Keely, se quedó encogido en la cama, vencido su generoso impulso de salir de aquella situación espantosa y salvar al pobre agente especial.

Consiguió dormirse al fin, aunque tuvo horrendas pesadillas. Le sacó de ellas Tony, que con Bert, habían relevado a Burns y Eddie

en la tarea de azotar con los cinturones a Mannion. Tony vociferaba como un loco, intimando al agente especial a que declarase o sería muerto a correazos. Bert pedía a su jefe que le dejase apelar a su tormento favorito de pincharle los ojos, asegurando que el triunfo sería rotundo y rápido.

Eran más de las nueve de la noche cuando Aldo se puso a comer. Burns y Eddie hablaban quedamente, pero le dijeron al muchacho que no habían golpeado a Mannion cuando les tocó el turno de hacerlo.

—No hemos querido hacerlo... —dijo Burns, encogiéndose de hombros—. Hay que ser un canalla como Bert para poder martirizar a un hombre bravo e indefenso como ese

«G-Men».

Golpeamos la cama...

—Tú no dirás nada, ¿verdad? —murmuró Eddie, poniendo una mano sobre la cabeza de Aldo y mirándole fijamente—. No eres como Bert...

—Nada diré —repuso Aldo, con los ojos llenos de lágrimas—. Yo tampoco podría hacerlo.

—Mannion nos ha dicho que si le ayudamos a salir de esta casa, lo tendría en cuenta —dijo Burns, baja la cabeza, haciendo un gesto de escepticismo—. Pero eso es cuento. Nuestro destino está ya bien visto si consiguen echarnos la zarpa encima.

—Claro que sí —afirmó Eddie, sonriendo tristemente—. Por eso, lo mejor que podemos hacer es liquidar a ese tipo y marcharnos cuanto antes. No sé por qué Tony se aterra en todo lo contrario.

Salieron de la alcoba Tony y Bert, nuevamente sudorosos, con los cinturones de cuero tintos en sangre.

—¡No hay forma de que suelte una palabra! —exclamó el «boss» rabiosamente—. ¿De qué diablos harán a los agentes del F. B. I.?

—Tú tienes la culpa, jefe —observó rudamente Bert—. Te estoy diciendo cien veces que si me dejas «cantar» todo cuanto quieras. El pegarle con las correas es como si le hiciéramos cosquillas.

—Aldo, ¿has cenado ya? —preguntó Tony, sin hacer caso de Bert.

—Sí —repuso el muchacho, secamente.

—Ahora te toca a ti. Ya es hora, ¿no? Vas a sentarte al lado de la

cama donde está Mannion y con un cuchillo en la mano impedirás que se duerma, y si pierde el sentido, le echas un cubo de agua. Si se duerme, dejas unos minutos que lo haga; después le pinchas hasta, que despierte. Y así toda noche. Si te duermes, lo sentiré por ti, porque no lo cuentas. ¿Me has entendido?

—Si, —testó Aldo, con fingida firmeza—. No se dormirá... te lo aseguro. Podéis descansar tranquilos. Es buena cosa ésa, jefe. Cuando a un detenido se le tiene sin dormir un par de noches seguidas, se ablanda y «canta» de corrido.

Rió Tony las palabras de Aldo, que confirmaban su buena ocurrencia de seguir de esta forma el martirio de Mannion.

El muchacho cogió un cubo y lo llenó de agua en la pila de la cocina. Y una taza, que medió de «*whisky*». Después sacó su cuchillo y penetró en la alcoba donde estaba Mannion tumbado boca arriba, desnudo.

Aldo se sintió enfermo al verle. Todo el cuerpo del agente especial a surcado por enormes moraduras, sanguinolentas, llagadas. Ni un centímetro de piel tenía sin marcar profundamente por los correazos. Y sobre su labio superior, el «acial» seguía haciendo la terrible presión, haciendo que pareciese, un globo del tamaño de un puño el labio.

Mannion volvió la cabeza al sentir entrar a Aldo. Le miró fijamente sin decir nada, Después cerró los ojos, lanzando un hondo suspiro.

El muchacho cerró la puerta de la alcoba. Se acercó al prisionero con la taza conteniendo «*whisky*».

—Abra bien la boca —le dijo, con voz muy tenue—. ¿Le hará bien un poco de buen «*whisky*»? ¿O mezclado con agua?

Mannion abrió los ojos, un poco sorprendido. Esbozó una sonrisa, que salió un gesto horrible, con el labio de arriba encogido.

—Mezclado será... mejor —dijo, con dificultad, mostrando la dentadura, manchada de sangre—. Tengo mucha sed. La sangre la trago sin querer.

Aldo le incorporó un poco y le hizo beber una buena dosis de agua y «*whisky*». Después le limpió el interior de la boca, llena de cuajarones de sangre.

—Gracias, muchacho —dijo Mannion, queriendo sonreír de nuevo—. Si pudieras quitarme... esto... del labio... Es horrible.

Aldo no se decidía a hacerlo, al menos de momento. Podría entrar Tony o Bert, y al ver que le había quitado el «acial» arremeterían contra él.

—No puede ser ahora. Cuando se acuesten —dijo Aldo, con sentimiento—. Pero lo aflojaré. Que parezca que aprieta, pero no... Déjeme hacer.

Con gran cuidado desató la pinza de madera, soltando el espantoso pellizco. El labio quedó hinchado, pero inmediatamente su color violáceo se trocó en rosado, al restablecerse la circulación de la sangre.

IX



N rato después penetró Burns en la alcoba. Miró a Mannion y a Aldo un momento y guiñó un ojo al muchacho, diciéndole en voz muy baja:

—Déjale que duerma. Ha dicho Tony que mañana por la mañana, declare o no, le daremos el «paseo». Nosotros vamos ahora a tirar el cadáver de Keely al mar. Se queda contigo Eddie. Adiós.

Mannion volvió la cabeza cuando salió Burns.

—Mañana me matan, ¿no? —preguntó a Aldo, con voz tranquila.

El muchacho no contestó. No quería que el agente especial notase su espantosa angustia al pensar en aquel nuevo crimen, que caería en buena parte sobre él. Un motivo más para que le

condenasen a muerte...

Mannion le miraba con curiosidad como estudiándole. Pasó así un rato, fumando Aldo nerviosamente.

—Si quisieras dejarme dar unas chupadas... —dijo el agente especial, con voz suplicante—. O no fumes tú...

Aldo sacó un cigarrillo del bolsillo y se lo puso en la boca a Mannion, encendiéndolo seguidamente. El agente aspiró el humo con ansiedad. La pinza no le apretaba el labio y la movía sin causarle dolor.

—Gracias, muchacho —dijo Mannion, con voz suave—. ¿Otro poquito de «*whisky*» y agua? A los condenados a muerte se les deja hacer muchas cosas... Que coman y beban, por ejemplo...

Aldo salió de la alcoba rápidamente y regresó con tres emparedados de jamón de York. Tenía los ojos llenos de lágrimas, y Mannion lo observó.

—Lloras, ¿eh? —le dijo, con ternura—. Eso es bueno, muchacho. Un hombre que llora no está perdido del todo. ¿Qué edad tienes, Aldo?

El muchacho no contestó. Fué dejando caer pequeños trozos de pan y jamón en la boca de Mannion, que lo masticaba con dificultad a causa de la hinchazón del labio. Después le dio de beber más agua y «*whisky*».

—Gracias, gracias —murmuró Mannion, mirándole con extraordinaria fijeza—. Me apostaría algo, Aldo, a que estás con estos canallas sin desearlo...

—¡Cállese y duerma! Tengo orden de pincharle si lo hace pero dejaré que descanse. Déjeme en paz y duerma, ande.

El agente especial cerró los ojos, como si fuese a obedecer a Aldo. Pasaron así algunos minutos. El muchacho no quitaba ojo del rostro de Mannion, compadecido de sus sufrimientos.

—¿Has manchado tus manos de sangre alguna vez, Aldo? —preguntó repentinamente el agente especial sin abrir los ojos—. ¿Disparaste contra los agentes anoche, en lo del Banco?

—¡No! Y cállese, le digo —casi gritó Aldo, con voz alterada—. Soy un hombre y sé lo que me hago, se lo advierto...

—Eres un niño, Aldo. Un niño bueno. Ya me figuraba que nunca has matado a nadie —siguió Mannion, con voz segura, suave, casi con ternura—. Mejor para ti, muchacho. Evítalo mientras puedas, te

lo aconsejo. Yo te creo, ya ves... Sé que eres bueno en el fondo. Pero quizá no te han enseñado a serlo en la práctica, a pensar en que Dios nunca abandona a quien pone en Él sus ojos...

—¡Calle! —exclamó Aldo, levantándose, apretados los puños rabiosamente—. ¡Déjeme de monsergas y duerma, o calle!

—No quiero, Aldo. Creerás que soy un enemigo tuyo, ¿verdad? Porque soy un agente de Policía... Porque os perseguimos, os metemos en la cárcel u os llevamos a la «silla» o a la cámara de gas. ¿No sabes la diferencia que hay entre tú y yo, muchacho? ¿Crees que sería imposible que tú lograses verte en libertad, sin temor a nada ni a nadie, trabajando honradamente? Contesta, Aldo...

—Lo dice para que le ayude a escapar —repuso Aldo, con el rostro contraído por la angustia—. Después volvería y nos acribillaría a balazos a todos. O me llevaría preso, sin acordarse de lo que dice ahora. Y me vería metido en la cámara de gas, ahogándome. Usted no puede hacer nada por mí, aunque ahora me quiera prometer muchas cosas...

—No te quiero engañar, Aldo —repuso serenamente Mannion—. Si no has asesinado, no te ejecutarán. Bien lo sabes. Y creo que no lo has hecho. Te conozco muy bien ya. Veo en tu mirada que no eres un asesino, como lo es Bert, por ejemplo. Pagarás tus culpas, pero te aseguro que después yo te ayudaré. Tus pobres, padres te perdonarán todo...

—¡No tengo padres! Ellos me enseñaron a ser lo que soy. Murieron violentamente, llenos de sangre. Por eso nunca he querido matar, ni herir a nadie. ¡Nunca he matado! —Aldo sollozaba como lo que era: un niño viejo, maltratado, desconocedor de todo lo que no fuera el estar fuera de la ley.

Mannion le miraba escrutadoramente, sin aspereza, sin pretender ofenderlo, pero comprendiendo perfectamente lo que era el alma de aquel muchacho y el porqué de que estuviese a punto de caer en la sima de la que jamás se sale. No ponía en duda de que nunca hubiera vertido sangre de sus semejantes. Esto era lo que le podía salvar, si conseguía quitarle el terror a rendir cuenta de sus fechorías pasadas, que no juzgaba graves. Aldo no parecía un malhechor sin redención. La cara, de muchacho inteligente, de rasgos finos, bondadosos incluso, lo acreditaban así. Era muy sensible, impresionable... y lloraba fácilmente. Esto era lo mejor.

—¿Cuándo regresarán los otros? —preguntó al muchacho, después.

—No sé. Han ido a...

—Lo sé. Ya le oí a ese otro que se marchó. Iban a dejar un muerto por ahí. ¿Quién es, Aldo?

El joven apretó los labios. Se daba cuenta de que Mannion le estaba ganando la partida. De que se sentía irresistiblemente atraído por él, no sabía bien por qué. Tal vez porque había resistido sin un gemido un suplicio tremendo. Porque demostraba ser un hombre, no un pelele como era él, Aldo. Porque representaba algo que él temía mucho, pero, por otra parte, si le perdonaba, podría ser algo bueno en adelante. Podría volver a ver a Giovanna y pedirla que fuese su novia «de verdad», dejando al «cara de Idiota» plantado. Podría trabajar honradamente...

—Creo, Aldo, que si van a volver pronto, debieras hacer una cosa —siguió Mannion, que no dejaba de mirarle fijamente—. ¿Tú estás conforme con que me asesinen mañana por la mañana? Ya ves lo que soy, lo que he hecho... Si mañana me matan, mucha culpa tendrás tú en ello. Serás cómplice del asesinato de un agente especial del

F. B. I.

Si van a volver pronto, muchacho, tu deber es ayudarme a salir de aquí.

—Sí... Y después usted me acusará de asesino —replicó, desfallecidamente, Aldo, los ojos llenos de lágrimas—. Usted no sabe más que lo que le he dicho, y es verdad; pero no le importará lo que me pase. Lo que quiere es salvarse, nada más que salvarse. Querrá vengarse de lo que le han hecho..., y a todos nos acusará igual.

—No, no, Aldo —contestó Mannion, con voz emocionada—. Ya te lo dije antes. No soy un juez que pueda prometerte el perdón absoluto de todas tus culpas, pero soy testigo de que eres diferente a ellos, de que no me has tratado mal, sino todo lo contrario: amenazaste con tu pistola a ese otro, Bert que quería pincharme en los ojos, ¡maldita sea su estampa! Yo declararé en tu favor, haré cuanto pueda por ti. Me interesa más de lo que crees que puedas salvarte, ser un hombre digno. Te podré colocar para que trabajes honradamente. Seremos siempre amigos.

—Me meterán en la cárcel por muchos años —murmuró Aldo, como si monologase—. Pero yo no he hecho muy malas cosas. Hasta he devuelto cosas que robé, porque qué me daba lástima. Pregúnteselo al relojero de Bay Street, Maturani. Le devolví mi parte de lo robado y lo de mi amigo, que murió. He robado fruta, pan, leche, carteras. Tenía hambre y todos mis amigos decían que eso no era muy malo. Yo, comprendía que sí lo era, pero... Lo menos, cinco años estaré en la cárcel... —Miró a Mannion, como si buscara su afirmación a tan pesimista suposición.

—Te ayudaré en lo que pueda, Aldo. Piensa que si permites que me asesinen, si no me ayudas, será mucho peor. Vendrás ahora conmigo y estarás bajo mi custodia hasta que este «gang» sea destruido. Después, yo haré lo que pueda por ti. Ya eres mi amigo, si me ayudas. Amigo del
F. B. I.

Aldo tragaba saliva, encogido en la silla, luchando ferozmente en su cabeza ideas contrapuestas. Mannion no negaba que tendría que ir a la cárcel. Tal vez mucho tiempo. «Yo te ayudaré», le decía; pero eso era tan vago... Cinco, seis, tal vez diez años de cárcel. A la salida, convertido en un amargado, seguramente más delincuente que cuando entrara. Odiado de todos y sintiendo odio por todos. Cuando fuese a verle, Mannion le diría que fuese bueno, que esperaba lo sería, me daría una palmadita en un hombro..., y allá él. La Policía no le dejaría en paz. Cada robo o delito que cometiesen otros, él sería sometido a interrogatorios, y acabaría por volver a aquella vida en la que había nacido. Robar, delinquir, matar...

Se levantó agitadamente, resuelto a librar a Mannion de sus ligaduras; correr la suerte que el agente especial le describiera.

—Voy a desatarle —dijo, con voz ronca—. Después, se marcha...

—Tú conmigo. Si vienen y ven que me has dejado escapar lo pasarías mal. Aldo: bendigamos a Dios que te ha hecho ver claro cuál es tu deber. No te pese esto que haces. ¡Desátame pronto! ¡Con el cuchillo!

El ruido de un coche en el silencio de la noche, que pasaba cerca, le hizo erguirse a Aldo. El coche se había detenido ante la casa después de hacer sonar su «claxon» tres veces.

—¡Son ellos, que han vuelto! —exclamó, aterrorizado, Aldo, con

el cuchillo en la mano.

—¡Corta, muchacho, corta! ¡Aprisa! —dijo Mannion, nerviosamente—. Podremos escapar por la ventana, y si no, lucharemos juntos. ¿Tienes muchas balas para tu pistola?

Cortó las cuerdas que sujetaban las muñecas, y pies de Mannion. Éste parecía dotado repentinamente de una gran agilidad, no haciendo caso de los agudos dolores que sentía en todo su cuerpo.

—Tres cargadores. Pero yo no quisiera matar... —contestó Aldo, poniéndose lívido—. ¡No quiero matar, verter sangre!

Alguien abrió la puerta del «*hall*», que daba a la calle. Era Eddie.

Mannion se vistió apresuradamente, poniéndose los calzoncillos y pantalones, así como los zapatos. La camisa, después.

—¡Cierra la puerta! ¡Con el pestillo y la llave! —ordenó Mannion—. ¡Dame tu pistola y las balas!

Aldo le entregó el arma y los cargadores. Temblaba todo él, aunque no era de pánico. Pensaba qué sería de él cuando Mannion le entregase a la Policía. La cárcel, la isla de Alcatraz, durante cinco, seis, diez años...

—Váyase usted, señor Mannion. Salte por la ventana. Vaya con la Policía —murmuró, con voz llena de angustia el muchacho—. Yo les entretendré, negándome a abrir... ¡Váyase!

Mannion miró compasivamente. Comprendía que una lucha terrible se entablaba en la mente de Aldo. Sabía que le esperaba la cárcel, ignorando por cuánto tiempo, y, al fin, un niño casi, el terror le impedía actuar sensatamente.

Unos golpes en la puerta sobrecogieron a ambos.

—¿Qué hay, Aldo? —preguntó la voz de Tony—. Abre...

—¡No me da la gana! —gritó histéricamente Aldo, apoyándose en la mesa para no caer al suelo desvanecido por el horror—. Marchaos a dormir, que aquí no pasa nada.

Mannion, en silencio, con la pistola en la mano, esperaba no sabía qué. Se dirigió a la ventana y forcejeó con la falleba, queriendo abrirla.

—¡Abre, te digo! —rugió Tony—. ¿Qué haces ahí, encerrado?

—¡Está dejando escapar a Mannion! —gritó Bert—. ¡Quieren abrir la ventana! ¿No lo oyes, Tony?

—¡Maldito traidor! —gritó Tony, aporreando la puerta—. ¡Con tu cara de santito, ayudando a ese canalla

«G-Men»!

¡Bert, díles a Burns y Eddie que vayan corriendo al solar y no dejen salir a estos canallas!

La falleba no funcionaba, debido a estar oxidada la barra que hacía el juego. Mannion se puso en pie en la cama, y con la pistola rompió los cristales. Afuera, Tony y Bert daban empujones a la puerta, pretendiendo hacerla saltar. No intentaban disparar, por miedo a que la Policía se presentase.

—¡Vamos, Aldo! —gritó Mannion—. ¡Antes de que éstos vengan al solar!

En la semioscuridad, dos bultos que corrían aparecieron tras las derruidas tapias de ladrillo y madera del solar.

—¡Nos han cortado el paso! —gritó Aldo desfallecidamente—. ¡Váyase usted! A mí me es ya todo igual...

—¡Tú vienes conmigo! ¡Quiero salvarte, Aldo, para siempre! —exclamó Mannion con gran emoción—. ¡Salta detrás de mí!

Pese a que el solo roce de la ropa le hacía casi gritar al agente especial, debido a tener todo el cuerpo lleno de heridas y llagas, se puso en pie en el alféizar de la ventana, esgrimiendo la pistola. Aldo se subió a la cama, tras él.

—¡Bajad si os atrevéis! —gritó Burns, apuntándoles con una pistola. Tras él estaba Eddie, con un cuchillo.

Mannion no lo pensó. Si ellos tenían miedo a disparar, por no atraerse a la Policía, él deseaba precisamente lo que ellos no querían. Así, disparó con la pistola de Aldo sobre los dos bultos, no bien visibles.

La puerta de la alcoba se estaba viniendo abajo, después que Tony y Bert la emprendieron con ella a bazos. Y Burns y Eddie, al verse acometidos tiros, dispararon también, ocultos tras unos montones de escombros.

—Reza para que salgamos con bien de ésta, muchacho —murmuró Mannion, más preocupado por Aldo que por él. Se volvió y disparó sobre la puerta para contener a Tony y a Bert en su ímpetu para derribar la puerta del todo—. ¡Vamos, afuera! ¡Pégate a mí y no temas!

Apagó la luz de la estancia y cogió de una mano a Aldo, que la estrechó con angustiada fuerza, sintiéndose muy poca cosa al lado de aquel hombre, el más valiente que viera en su vida.

Saltó Mannion al otro lado. Pero Burns y Eddie dispararon inmediatamente. Aldo también saltó. Ni Tony ni Bert golpeaban ahora en la puerta, temerosos quizá de recibir un balazo.

Mannion se acurrucó debajo de la ventana, buscando con la mirada a los dos «gangsters». La noche era bastante oscura, aunque a ratos la luna esparciese un poco de claridad.

—¡Túmbate en el suelo! —le dijo quedamente—. Vamos a salir como si nos persiguiera el mismo diablo, rectos a aquel agujero —señaló el agente especial, con la mano, al otro lado del amplio solar—. ¿Podrás correr tanto como yo? ¡Maldita sea...!

Tony y Bert habían entrado ya en la alcoba, echando abajo la puerta. Estaban precisamente encima de ellos, maldiciendo soezmente al encontrar vacía la habitación.

—Pegado a la pared... —susurró Mannion, oprimiendo a Aldo contra el muro, bajo el alféizar. Como asomen la cabeza...

—¡Burns, Eddie! —gritó Tony rabiosamente—. ¿Están ahí? ¿Los habéis visto?

—¡No! ¡Disparad bajo la ventana! —gritó Eddie.

Mannion disparó hacia arriba cuando una cabeza asomó por la ventana, y un grito espantoso fue la contestación.

Bert estaba con medio cuerpo fuera del alféizar, con los brazos colgando. De su mano derecha se desprendió la pistola.

Aldo sintió que sobre su cara caía como una lluvia de algo espeso y caliente. Se tapó la boca para no gritar de terror. Mannion le apartó y después cogió la pistola de Bert, entregándosela a Aldo, que la cogió con temblorosa mano.

—¡Disparad, Burns! ¡Han matado a Bert! —aullaba Tony, sin osar asomarse al exterior—. ¡Disparad pronto, malditos cobardes!

Burns y Eddie obedecieron, ocultos tras los escombros. Las balas se estrellaban sobre el muro, con restallante sonido, muy cerca de Mannion y Aldo.

—¡Corramos o nos asan! —dijo el agente especial, pasando una mano sobre el rostro de Aldo, que sollozaba—. Tienes que defenderte, muchacho, y ayudarme. Si matas... ahora será por una causa justa. ¿Lo harás?

—Vamos, señor —contestó el muchacho, tratando de hacer firme su voz.

Mannion cogió de una mano a Aldo y le fué guiando

silenciosamente para apartarse de debajo del alféizar de la ventana, donde gritaba Tony a Burns y Eddie que disparasen.

El cadáver de Bert seguía en aquella extraña postura, con medio cuerpo asomando fuera de la ventana y los brazos colgando. Se oía el caer de la sangre sobre la tierra.

Burns y Eddie se habían separado. Mannion los vio durante un segundo, como buscando mejor sitio para envolverle a él y al muchacho sin correr peligro. Disparaban con más precisión cada vez, quizá porque vieran al agente y a Aldo mejor.

—Dispara, Aldo —dijo Mannion—. No lo hagas sin fijar bien la puntería. Debes tener nada más que las balas del cargador. Vamos a escurrirnos alrededor del muro mientras podamos. No te alces, que te darán.

Tony estaba ahora sobre el alféizar, buscándoles. Burns y Eddie le habían advertido que podía bajar y que disparara como ellos.

Mannion consideró que la situación era muy delicada. Estaban acorralados, sin poder correr hacia la salida, porque, de intentarlo, serían muertos. Burns y Eddie lo habían sabido hacer.

—Si viniese la Policía... —murmuró, mientras oprimía suavemente la mano izquierda de Aldo, que temblaba—. No sé cómo no han oído aún los disparos...

—¡Váyase usted! Yo los entretendré mientras tanto —dijo el muchacho con ternura—. Si a mí me es igual todo, de veras... Ya he vivido bastante y para estar entre rejas si me salvo de ésta... ¡Ande, váyase! Deme un cargador más y váyase.

—Eso es de hombres, Aldo —dijo Mannion, con emoción—. De esta hecha sales convertido en un hombre. Pero o morimos los, dos o nos salvamos. No dispaes ahora. Que gasten ellos las municiones. A ver si viene la Policía.

Tony parecía haberse vuelto loco, disparando velozmente sobre un sitio alejado de donde ellos estaban. No había duda que no se atrevía a bajar del alféizar para encararse con el agente especial y el muchacho.

Repentinamente, Aldo se incorporó y dio un terrible salto, saliendo de la sombra que proyectaba el muro, emprendiendo una carrera de ciervo por el solar.

—¡Aldo! —gritó Mannion, levantándose a su vez y saliendo tras él—. ¡Al suelo, Aldo!

Burns, Tony y Eddie comenzaron a disparar sobre él a toda velocidad, siguiendo la marcha de Aldo con verdadero asombro. Éste corría hacia Eddie y Burns, haciendo regates a las balas, pero de forma suicida, ya que al acercarse a ellos más fácil sería para los «gangsters» precisar su puntería.

Mannion comprendió que el muchacho hacía todo aquello para atraerse el fuego de sus enemigos, dándole al agente especial en libertad de huir. Sacrificio que al par que le ponía los pelos de punta, le conmovió profundamente. No se había equivocado al juzgar a Aldo. Era una sima hermosa, aunque recubierta de fango. Merecía la pena tenderle la mano y hacerle salir del laberinto en que se había metido.

Protegió como pudo la acción de Aldo, que había conseguido distanciar aún más a Burns de Eddie, haciéndoles salir de sus refugios. El muchacho no disparaba, debido a que disponía de pocas balas en su pistola. Pero con su agilidad notable estaba logrando inquietar y hacerse mover a los dos «gangsters», embistiéndoles literalmente.

—¡Tírad a matar! —gritaba Tony, hasta enronquecen pero sin moverse de su sitio, bajo la ventana—. ¡Que no escape!

Mannion disparaba sobre los bultos de Burns y Eddie, pero sin perder de vista a Tony. Temía más la cobardía del «boss», artero, que los disparos de los otros dos, muy ocupados en repeler las acometidas de Aldo, asombroso en su osadía y valor.

La Policía no aparecía por parte alguna. Sonaban las detonaciones de las pistolas con bastante estruendo en el amplio solar, haciendo eco las paredes de los edificios. Parecía increíble que ningún agente las oyese en los alrededores y no acudiera a investigar qué ocurría.

Aldo había conseguido colocarse justamente a espaldas de Burns y Eddie, y aunque no disparaba su pistola, quizá por su horror a verter sangre, era evidente que les había puesto en un serio compromiso, ya que se encontraban entre él y Mannion, que les hostilizaba. El agente especial había, a su vez de dar cara a Tony, que disparaba sobre él, aunque sin éxito.

Tony se decidió a salir de su escondite privilegiado. Eddie y Burns le instaban a ello, insultándole por su cobardía. Ellos estaban apurados, con Aldo a sus espaldas, impidiéndoles la salida del solar.

Y al «boss» le pareció mucho mejor acometer a Mannion, que estaba en un rincón del solar, escurriéndose lentamente hacia la tapia que daba a la calle, para ayudar así a Aldo a huir, dejando a los «gangsters» dentro.

Marchando a gatas, sin disparar, el irlandés siguió el camino de Mannion, pegado a las tapias de los edificios que circundaban el solar, procurando pasar inadvertido. Si conseguía matar al agente especial, el aniquilar a Aldo sería muy fácil.

La situación era hartó comprometida para todos los combatientes, imposibilitados de deshacerse de sus enemigos sin exponerse a ser aniquilados a su vez. Mannion, que hasta entonces pudo ocuparse de Aldo, protegiéndole, vio que Tony iba hacia él sigilosamente. Burns y Eddie, al ver que el muchacho no disparaba sobre ellos, debieron suponer que estaba herido o que no disparaba por falta de municiones. Y se ocuparon más de Mannion.

El agente especial comprendió aquello. No se explicaba qué hacía Aldo allí, acurrucado. Si tenía balas con qué disparar, ¿por qué demonios no lo hacía? Si estuviese herido, o quizá muerto...

Esperó con firme resolución a Tony. Tampoco él tenía ya muchas balas que emplear. Menos de la mitad, y rondándole tres enemigos que no escatimaban los disparos. Y la Policía sin acudir...

Tendido en tierra, sus miradas iban de Burns y Eddie a Tony, aquéllos más audaces por momentos al no verse acosados por Aldo. Tony reptaba, caminando a gatas o de rodillas, deteniéndose de vez en cuando para disparar sobre él. Mannion no contestaba todavía. La visibilidad no era completa y no podía disparar sino sobre seguro.

—¡A él, muchachos! —gritó de repente Tony, incorporándose un poco y animando a Eddie y Burns a cerrar el cerco. No se acordaban de Aldo, por lo visto, o lo creían herido o muerto—. ¡Duro con él!

Todos quedaron en silencio, como inmovilizados, al oír, lejano, el ruido de una sirena de automóvil policíaco. Mannion lanzó un suspiro de alivio.

—¡Aprisa, aprisa con él! —aulló Tony con voz angustiada—. ¡Que vienen! ¡Que vienen!

Aldo se levantó repentinamente, tras su escondite. Y Mannion se volvió y fué derecho, a rastras, sobre Tony, que disparaba como si la pistola se hubiese convertido en una «Thompson», lleno de rabia

y pánico.

Aldo disparó tres veces cuando Burns y Eddie se decidieron a levantarse, yendo sobre Mannion. Sonaron los disparos, veloces, de unos y otros, mientras la sirena sonaba más cerca. En algunas ventanas y azoteas de los edificios contiguos algunas personas gritaban excitadamente, encendiéndose y apagándose luces.

Mannion disparó sobre Tony dos veces, ya muy cerca de él. Oyó un gemido apagado, delatando que había tenido buena puntería. Se volvió entonces y volvió: a hacer fuego sobre Burns y Eddie, que daban cara a Aldo.

—¡Allá voy, Aldo! —gritó con voz tonante—. ¡Arriba las manos!

Los dos «gangsters», desesperados, maldiciendo, buscaron un lugar por donde escapar, sin dejar de disparar. Sabían lo que les esperaba si se rendían. Era anuncio de ello el ulular de la sirena que se acercaba.

La lucha terminó prontamente cuando, en aquel instante, las nubes blancas que ocultaran a la luna se desflecaban, dejando un jirón amplio, por donde el astro nocturno asomó, en cuarto creciente.

Mannion afinó la puntería con aquel auxilio inesperado. Burns y Eddie corrían vergonzosamente hacia la salida. Aldo les acosaba a tiros. Y para el agente especial fué fácil, dada su experiencia, cortar en seco su carrera haciendo dos disparos solamente. Cayeron pesadamente a tierra los «gangsters», quedando inmóviles.

—¡Quieto, quieto, Aldo! —gritó al muchacho, cuando éste quiso acercarse a los caídos sin adoptar ninguna precaución—. ¡Espera!

Apuntando con su arma, Mannion fue el que se aproximó lentamente, desconfiado. Instantes como aquél eran los más peligrosos. Cuando no se sabía si el caído estaba o no en condiciones de revolverse como una víbora que se hiciese la muerta.

—Bueno... —dijo, después de observarlos, el agente especial, moviéndoles con un pie—. Los maté.

—O yo... —murmuró Aldo con gran ansiedad.

—No. He sido yo —contestó Mannion con seguridad, aunque en realidad no lo sabía aún, dado que Aldo había, disparado al mismo tiempo que él.

Por el hueco del solar aparecieron varios agentes de la

Metropolitana a toda velocidad, empuñando sus armas. Los gritos en las ventanas arreciaron, señalando a Mannion y a Aldo como autores de aquellas muertes.

—¡Arriba las manos! —gritó un sargento, en tanto que los agentes, precavidos, les rodeaban, apuntándoles con sus armas.

—Llegan a los postres, amigos —dijo Mannion en tono irónico, pero levantando los brazos como se la ordenaba. Aldo le imitó, tembloroso. Ya sabía lo que le iba a suceder después. A la cárcel, a cumplir una pena de varios años.

Mannion se dio a conocer, aunque no tenía el carnet del F. B. I.

—¿Y este muchacho? —preguntó el sargento, señalando a Aldo.

—Un colaborador, un amigo, que me ha ayudado a escapar —respondió Mannion, poniendo una mano sobre la cabeza de Aldo.

—Está bien. Lo aclararemos en la Estación, si le parece. Mis hombres van a buscar su carnet ahí dentro.

Varios agentes recogían ya los cadáveres de Eddie y Burns. Otros, encontraron el de Tony, con un balazo en el corazón. Aquel «gang» había sido aniquilado totalmente, como casi siempre, a balazos.

Aldo pasó dos días detenido en la Estación de Policía del distrito. Esto no le sorprendió nada al muchacho. Mannion le había prometido ayuda, pero ya creía saber que, pasado el primer instante de efusión y agradecimiento, el agente especial no haría sino dejar que la Justicia se cumpliera con él. Ya lo había dicho: «Tendrás que pagar tus culpas». Y con eso, él, Aldo, no esperaba nada de nadie. Tal vez una reducción del tiempo en el correccional, pero nada más.

Al tercer día, el agente le hizo salir del calabozo, ordenándole pasase a un cuarto de aseo.

—Ponte guapo, chico, que vas a hablar con el juez del distrito —le dijo sonriendo burlonamente—. Hoy te juzgan.

Aldo se acicaló. Más que nada, porque era limpio. Sus facciones habían adquirido una extraña serenidad. Ya no tenía cara de niño, ni de inocente, por ser un niño realmente. Su mirada había adquirido una dureza que parecía revelar fatalismo, rencor. Se consideraba como injustamente abandonado, tratado con crueldad por aquellas personas que no sabían ver en él lo que de bueno tenía. La honradez que, a pesar de ser un delincuente, presidió casi todos

sus actos. El negarse a ser un asesino; el devolver todo cuanto pudo de lo que robó; la ayuda prestada a Mannion, sin la cual el agente especial hubiera sido asesinado. Todo aquello, pensaba, era olvidado, despreciado. Solamente veían en él al ladrón, al hombre fuera de la Ley, peligroso en la humana convivencia, y por eso le encerraban. Había declarado todos sus delitos, a instancias de Mannion, así como aquello de que devolviera lo que robó al joyero de Bay Street, su negativa a combatir cuando el intento de robo en el Federal Reserve Bank. El sargento que le tomó declaración sonrió, y sonrieron también los agentes que le rodeaban, como burlándose, tal que si no le creyeran o pensasen que, pese a todo, ello no le libraría de ir al correccional durante varios años. Muy bien... Si la Justicia quedaba satisfecha con condenarle, sin tener en cuenta que desde que naciera se había criado en un ambiente infernal de depravación, rodeado de maleantes, aconsejado e impelido a serlo por ellos, desdeñando su repugnancia a hundirse totalmente en el abismo del crimen, él no podía evitarlo.

Cuando estuvo limpio, el agente le hizo pasar a una gran sala de actos, en formación de juicios contra delincuentes menores. Había varios bancos y un estrado, donde estaba sentado el juez, un hombre joven aún, de rostro inteligente, aunque severo. El secretario estaba a su lado, y un escribiente.

Aldo vio en uno de los bancos a Mannion, aún con el labio superior hinchado, pero sonriente, que le miró amistosamente. Y Giovanna, a su lado, un poco azorada, brillantes los ojos de emoción. Entre los agentes que presenciaban el acto estaba también aquel agente Weston, de la Metropolitana, que le ofreciera aquella colocación como listero hacía unos días.

El muchacho quedó en pie ante el estrado, baja la vista. Hubiera preferido que ni Mannion ni mucho menos Giovanna estuviesen presentes. Era doble humillación para él el que el juez le acusase de ser un maldito delincuente, digno de ser exterminado como bestia dañina, en presencia de aquellas dos personas. Quería con toda su alma a Giovanna, lo veía ahora, cuando la consideraba totalmente perdida para él. Ella se casaría con «cara de idiota», muy formalito y honrado, y él... a la cárcel.

El secretario dio lectura, muy rápidamente, al pliego de cargos contra Aldo Grandi, basado en sus propias declaraciones. El juez,

cuando acabó la lectura, le preguntó al muchacho si estaba conforme con todo cuanto se decía. Aldo afirmó con voz muy baja que sí. Después, el secretario dio lectura al pliego de descargos y atenuantes, basado en las propias declaraciones de Aldo y los testimonios de Mannion, el joyero de Bay Street y unos individuos que fueron robados por el muchacho y que recibieron sus carteras, aunque sin el dinero, o solamente una parte.

Aquellas vistas solían ser muy rápidas. El juez sentenciaba inmediatamente, a la vista de los cargos y atenuantes que recaían sobre el encartado. Esta vez lo hizo con la misma rapidez.

—Considerándole culpable de catorce delitos contra la propiedad, Aldo Granel, considero igualmente en su justo valor aquellas acciones que revelan en usted un no decidido propósito de delinquir. Considero igualmente las circunstancias en que de siempre ha vivido, y por todo ello decido condenarle a permanecer de uno a cinco años en un establecimiento penitenciario, dada su edad inferior a dieciocho años.

Aldo sintió que sus piernas se doblaban. Cinco años de cárcel... Lo que suponía.

—Pero considerando que —siguió el juez, con asombro de Aldo— está usted comprendido en la Ley de amparo a los menores de dieciocho años, mediante la cual el cumplimiento de la pena de ingreso en un correccional puede ser permutada por la libertad condicionada, siempre que una o varias personas honorables garanticen que usted hará una vida igualmente honorable, decente, acepto las propuestas de aquellas personas que deseen avalar su futura conducta en libertad condicionada. ¿Alguno de ustedes —se dirigió al público de los bancos— se considera con fuerzas para educar y guiar por el buen camino de la honradez y procurar que el acusado sea en adelante un ciudadano digno y cristiano?

Mannion se levantó inmediatamente. Y Giovanna. El agente Weston salió de entre sus compañeros y se cuadró ante el juez; una anciana, del Ejército de Salvación, también se levantó.

Aldo los miró a todos con infinito asombro. ¿Qué hacían aquellas personas? ¿Era posible que alguien creyese en él, después de haber sido motejado de ladrón, maleante, escoria de la sociedad, casi asesino?

—Bernard Mannion, agente especial del

F. B. I.

—dijo el joven, levantando una mano solemnemente— solicita de vuestra señoría ser el que en adelante se encargue de hacer de Aldo Grandi la persona digna y decente que debe ser. Me comprometo a tenerlo a disposición de vuestra señoría y respondo de todo acto del encartado con mi propia libertad y como agente del Gobierno.

—Aceptado. Que Dios le ayude, señor Mannion. Usted, Aldo Grandi, sabe que debe obediencia, respeto y lealtad absolutas a esta honorable persona que se digna tenderle su mano. Queda en libertad condicionada durante un año. Pasado este plazo, su conducta nos indicará si la libertad ha de ser absoluta, como cumple a un ciudadano digno, o ha de ser juzgado como desleal. Gracias a los demás ofertantes de amparo por el encartado. La causa ha terminado.

Aldo quedó solo con Mannion, Giovanna, el agente Weston y la anciana del Ejército de Salvación, que llorada silenciosamente.

—No era antipatía la que te tenía, muchacho —dijo el agente Weston, sonriendo y dando un manotazo en la espalda del muchacho—. Me daba rabia que, siendo un diamante... en bruto, te empeñases en hundirte.

—Lástima que no me haya sido permitido ayudarle, hijo mío —dijo la anciana del Ejército de Salvación—. Con usted hubieran sido doce... Todos ellos son hoy hombres honrados.

—Vamos, Aldo —dijo Mannion, cogiendo de un brazo al muchacho, que no sabía lo que le pasaba, sollozando como un niño—. Vamos...

—Digo, Aldo. —Giovanna se inclinó y le besó en la frente— que... podemos ser... eso que tú querías. Ya eres un hombre. El milagro se ha hecho en pocos días. ¿Quieres que te quiera mucho? Yo desearía que tú también me quisieras mucho, mucho... Ya tienes una colocación. Mi amigo, aquel que viste conmigo el otro día, te la ha buscado.

—¿El cara de...? —preguntó Aldo con asombro.

—El cara de bueno, Aldo. No empieces. Nunca me ha pretendido, ¿sabes? Ganarás lo que él, ya ves.

—Está bien. Todo esto me tiene..., no sé cómo —reflexionó en alta voz el muchacho, temblando de emoción—. Como si viviera en otro mundo.

—Es realmente otro mundo, Aldo —dijo sonriendo Mannion—. Es lo mejor que se puede ser y por lo que merece la pena de vivir. Dios no te desamparaba, como creías. Deber tuyo es ahora pagarle lo que ha hecho por ti y lo que seguirá haciendo.



ALF MANZ

el autor de la inolvidable ¡CULPABLE!, nos ha enviado para su publicación su mejor obra, titulada

Crimen y Justicia

Entre el hampa y en los bajos fondos de la gran ciudad, se comete un delito que atrae la atención pública. Los servidores del F. B. I. investigan, interrogan, escudriñan hasta en la última taberna, pero no aparece la misteriosa persona que.. ¡El F. B. I., desorientado, no puede hacer justicia!..

ALF MANZ

Con la maestría a que nos tiene acostumbrados, reanuda su producción novelística y logra emocionar al lector porque conoce los resortes del corazón humano. Junto a escenas tensas, de odio y venganza, existen pasajes de acción trepidante, en los que se paladea, línea a línea, la emoción del protagonista al....

Crimen y Justicia

CONSTITUIRA OTRO GRAN EXITO DE

ALF MANZ

Y DE LA

Colección F. B. I.

